

Enragés y situacionistas en el movimiento de las ocupaciones

René Viénet

1968

ÍNDICE

Advertencia	6
Capítulo 1: El regreso de la revolución social	8
Capítulo 2: Los orígenes de la agitación en Francia	16
Capítulo 3: La lucha en la calle	24
Capítulo 4: La ocupación de la Soborna	32
Capítulo 5: La huelga general salvaje	47
Capítulo 6: Profundidad y límite de la crisis revolucionaria	51
Capítulo 7: El punto culminante	64
Capítulo 8: El “Consejo para el Mantenimiento de las Ocupaciones” y las tendencias consejistas	67
Capítulo 9: El restablecimiento del Estado	74
Capítulo 10: La perspectiva de la revolución mundial después del movimiento de las ocupaciones	81
Apéndice: El comienzo de una época	86

ADVERTENCIA

El autor no trata de disimular a donde van sus simpatías. Así, pues, no resultará inútil entenderle precisar qué garantiza, y lo que puede probar, la exactitud de todos los sucesos relatados en este libro, *a fortiori*, de todos los textos citados. Sin embargo, si todo lo que escribe es verídico, seguramente no pretende hacer un informe satisfactorio que diese cuenta del conjunto histórico del movimiento de las ocupaciones. Por el momento, faltan la mayor parte de las informaciones relativas a la casi totalidad de las provincias y a la mayoría de las fábricas, incluidas las de la región parisina. Por otra parte, incluso limitándose al aspecto aquí estudiado, esencial, pero, sin embargo, circunscrito, del movimiento de las ocupaciones, el autor no ha creído conveniente dar cuenta de ciertas partes del acontecimiento del más alto interés para el historiador, sin duda, pero cuya divulgación podría ser utilizada contra diversas personas, como se puede comprender sin esfuerzo, teniendo en cuenta el momento preciso en que se ha terminado la redacción de este libro.

El autor ha tenido la dicha de poder disponer de la colaboración de varios miembros de la Internacional Situacionista, entre los cuales dos habían formado parte del ex "Grupo de los *Enragés*". Quisiera precisar que sin ellos, por todos los conceptos, no hubiera podido escribir este libro.

R.V. Bruselas, 26 de julio de 1968

En lo que concierne a la historia original... el contenido de estas historias es necesariamente limitado: su materia esencial consiste en lo que está vivo en la propia experiencia de la historia y en los intereses de los hombres; lo que está vivo y actual en su medio. El autor describe lo que él más o menos ha participado, al menos todo lo que ha vivido: épocas poco extensas, figuras individuales de los hombres y de los sucesos... No es suficiente haber sido contemporáneo de los acontecimientos que se relatan o estar bien informado. El autor debe pertenecer a la clase y al medio social de los actores que describe; sus opiniones, su manera de pensar y su cultura deben de ser las mismas que las suyas. Para conocer bien los hechos y verles en su verdadero lugar, es necesario situarse en la cumbre -no mirarlo desde abajo, por el agujero de la cerradura de la moralidad u otra sensatez.

HEGEL: La razón en la Historia

CAPÍTULO 1

El regreso de la revolución social

Por supuesto, el situacionismo no es el espectro que obsesiona a la civilización industrial, así como en 1848, el comunismo tampoco era el espectro que obsesionaba a Europa.

FRANÇOIS CHATELET

"Nouvelle Observateur", 3 de enero de 1968

La historia presenta pocos ejemplos de un movimiento social de la profundidad del que estalló en Francia en la primavera de 1968; al menos no ha habido ninguno en el que tantos cronistas se han puesto de acuerdo para decir que era imprevisible. Esta explosión ha sido una de las menos imprevisibles de todas. Resulta, sencillamente, que jamás el conocimiento y la conciencia histórica habían sido tan mistificados.

Los situacionistas, por ejemplo, que habían denunciado y combatido la "organización de las apariencias" en la fase espectacular de la sociedad mercantil, habían previsto muy exactamente desde hace muchos años la explosión actual y sus consecuencias. La teoría crítica, elaborada y difundida por la Internacional Situacionista hacía constar fácilmente, como condición previa a todo programa revolucionario, que el proletariado no había sido abolido, que el capitalismo continuaba desarrollando sus alienaciones; que en todas partes donde existe este antagonismo permanece el problema social planteado desde hace más de un siglo; que este antagonismo existe en toda la superficie del planeta. La I.S. explicaba el análisis y la concentración de las alienaciones por el retraso de la revolución. Este retraso derivaba de una forma manifiesta de la derrota internacional del proletariado desde la contrarrevolución rusa y de la continuación complementaria del desarrollo de la economía capitalista. La I.S. sabía muy bien, como tantos obreros privados de la palabra, que la emancipación de los trabajadores tropieza en todas partes y siempre con las

organizaciones burocráticas que son su representación autonomizada: burocracia constituida en clase, en Rusia y, subsiguientemente, en otros países, por su apropiación del poder estatal-totalitario; o bien, estrato social de cuadros privilegiados, sindicalistas o dirigentes de partidos al servicio de la burguesía moderna que trabajan para integrar en la gestión racional de la economía, la fuerza de trabajo de los que ellos erigen como agentes. Los situacionistas hacían constar que la falsificación permanente necesaria para la supervivencia de los aparatos burocráticos, falsificación dirigida en primer lugar contra todos los actos y todas las teorías revolucionarias era una pieza maestra de la falsificación generalizada en la sociedad moderna. También habían reconocido y se habían ocupado en alcanzar las nuevas formas de subversión, cuyos primeros signos se acumulaban, y que comenzaban confusamente a poner en claro, de las condiciones opresivas unificadas, la perspectiva de una crítica total. Así los situacionistas sabían y demostraban la posibilidad y la inmanencia de un nuevo comienzo de la revolución. Estas perspectivas a muchos les parecían paradoxales, incluso dementes. Ahora lo hemos visto.

En la presente vuelta de la revolución, es lo *histórico mismo* que es lo *inesperado* para los pensadores del Estado, como es natural, y para toda la canalla de la pseudo-crítica. Es cierto que el análisis sólo alcanza lo real, participando en el movimiento real que suprime las condiciones existentes. La carencia organizada a este respecto es la que hace que el proceso vivido por todos no sea legible por todos. Es en este sentido que lo *familiar* de la vida alienada, y del rechazo de esta vida alienada, no es por ello *conocido*. Pero para la crítica revolucionaria que devuelve al movimiento práctico su propia teoría, deducida de él y llevada a la coherencia que persigue, seguramente no había nada tan previsible, nada tan previsto¹ como la nueva época de las luchas de clases que inaugura el movimiento de las ocupaciones. Los estalinianos, ideólogos de la forma burocrático-totalitaria de explotación, en Francia como en otros países estaban reducidos a un rol estrictamente conservador. Desde hacía mucho tiempo les era imposible tomar

¹ PHILIPPE LABRO, describiendo la atmósfera francesa antes de la crisis en su libro *Ce n'est qu'un debut* (E.P.P. Denoël) se aventura a anotar que "los situacionistas creían hablar en el vacío" (página 8). He aquí una audaz inversión de lo real. Por supuesto, era Labro -como tantos otros- quien creía que los situacionistas hablaban en el vacío.

el poder, y la dislocación internacional del monolitismo burocrático que es su referencia obligada les cierra éste para siempre. Al mismo tiempo, esta referencia y la práctica que se deriva hacen también imposible su reconversión en aparato de tipo reformista burgués. La variante maoísta, que reproduce ilusoriamente, por la contemplación religiosa de un Oriente revolucionario de fantasía, el período conquistador del estalinismo, recitaba sus traducciones en un perfecto vacío. Las tres o cuatro sectas trotskistas se disputaban ávidamente la gloria de comenzar de nuevo 1917, tan pronto como hubiesen reconstruido al fin el partido idóneo. Estos "bolcheviques resucitados" eran demasiado fanáticos del pasado revolucionario, y de sus peores errores para solamente mirar la sociedad histórica. Algunos mezclaban a este exotismo histórico el exotismo geográfico de un revolucionarismo de subdesarrollo, más o menos guevarista. Si todos recogían desde hacía poco algunos militantes, no era de ningún modo el producto de alguna actualidad de sus análisis, sino solamente el de la descomposición de las burocracias llamadas comunistas.

En cuanto a los pseudo-pensadores modernistas de la protesta al detalle, los desperdicios del militantismo que habían ascendido en las pseudo-ciencias llamadas humanas, y que pensaban para todos los semanarios, es muy evidente que eran incapaces de comprender y *a fortiori* de prever sea lo que fuere. Efectivamente, se encontraban sometidos eclécticamente a casi todos los aspectos de los efectos especiales del viejo mundo estaban ligados al mismo tiempo al Estado burgués, al estalinismo jadeante, al castro-bolchevismo rejuvenecido, a la psicociología e incluso a su propia vida miserable. Respetaban todo. Mentían sobre todo. Aún se les encuentra hoy, todavía dispuestos a explicarnos todo.

Al contrario de esta mayor parte de las masas que, puestas en movimiento por la crisis revolucionaria de mayo, ha comenzado a comprender lo que estaba viviendo exactamente igual que lo que había vivido hasta entonces -y los que han podido desarrollar la conciencia más claramente han reconocido la teoría total de la revolución como la suya-, todos los especialistas de la ideología o del activismo supuestos contestatarios y subversivos, de la misma manera que no habían previsto nada, nada comprendieron. En estas condiciones, ¿qué pueden hacer? Piedad. Han vuelto a tocar serenamente su música habitual en el naufragio de este tiempo muerto donde

habían podido creerse la futura élite de la revolución. El aire previsto desde hace mucho tiempo para su bautismo resonaba para su entierro.

De hecho, el proceso de reaparición de la crítica teórica y de la crítica en actos constituía históricamente una unidad objetiva. Las nuevas necesidades de la época creaban su propia teoría, y sus teóricos. El diálogo que así se presentaba, aunque limitado y alienado por las condiciones ambientales de la separación, iba hacia su organización subjetiva consciente, y por el mismo movimiento cada una de estas críticas comienza a descubrir la totalidad de sus tareas. Una y otra han surgido primero como lucha contra los nuevos aspectos de la explotación en la sociedad de clases. Por una parte, las huelgas salvajes del Oeste, y las insurrecciones obreras del Este, han inaugurado en la práctica la lucha contra las burocracias de estatutos diferentes. Por otra, la presente teoría revolucionaria ha comenzado por una crítica de las condiciones de existencia inherentes al capitalismo superdesarrollado: la pseudo-abundancia de la mercadería y la reducción de la vida al *espectáculo*, el urbanismo opresivo y la ideología, comprendida como estando siempre al servicio de especialistas de la dominación. Cuando la Internacional Situacionista formuló una teoría coherente de esta realidad, demostró al mismo tiempo la negación en la realización conjunta del arte y de la filosofía, en la liberación de la vida cotidiana². Lo que así era radicalmente nuevo encontraba también la vieja verdad del movimiento proletario provisionalmente reprimido. El programa actual vuelve a descubrir a un nivel superior el proyecto de la abolición de las clases, del acceso a la historia consciente, de la construcción libre de la vida; y vuelve a descubrir la forma de los *Consejos Obreros* como medio.

² La palabra "situacionismo" jamás empleada por la I.S., que es radicalmente hostil a todo establecimiento doctrinal de una ideología, ha sido constantemente manejada por la prensa y combinada por las más fantásticas definiciones: "vanguardia del movimiento estudiante", *20 Ans* de junio de 1968, técnica del "terrorismo intelectual" para *Le Journal de Dimanche* del 19 de mayo, etc. A pesar de la evidencia de un desarrollo por parte de la I.S. del pensamiento histórico procedente del método de Hegel y Marx, la prensa se ha ocupado en asimilar los situacionistas al anarquismo. La definición de *Carrefour* del 8 de mayo, "más anarquistas que los anarquistas, que ellos encuentran demasiado burocráticos", es el modelo del género.

El nuevo desarrollo revolucionario en los países industrializados, que están en el centro de toda la historia moderna, puede ser fechado por el sublevamiento obrero de 1953, Berlín-Este, oponiendo a la impostura burocrática en el poder su exigencia de "un gobierno de metalurgistas". La revolución húngara de octubre de 1956 inició la realización del poder de los Consejos: aunque sobre la base de un país insuficientemente industrializado y en las condiciones específicas de una sublevación nacional contra una opresión extranjera, el empobrecimiento y el terror generalizados.

El desencadenamiento de la agitación de los estudiantes, en Berkeley en 1964, denunciaba la organización de la vida en el país capitalista más desarrollado, comenzando por la naturaleza de su enseñanza, y daba la señal de una revuelta que se extendió después a casi todos los países europeos³. Sin embargo, esta revuelta, aunque avanzada por algunos de sus temas principales, resultaba *parcial* en la medida que se limitaba al "medio estudiantil" -él mismo objeto de rápidas transformaciones siguiendo las exigencias del capitalismo moderno- y en la medida en que su reciente conciencia política se quedaba muy fragmentaria, y sometido a diversas ilusiones neo-leninistas, incluido con frecuencia el imbécil respeto a la farsa maoísta de "revolución cultural". El problema negro, la guerra del Vietnam y Cuba ocupaban un lugar desproporcionado, y mistificante, en la lucha, aunque real, de los estudiantes norteamericanos. Este "anti-imperialismo", reducido a una aprobación netamente contemplativa, ha dominado casi siempre los movimientos de estudiantes de Europa. Desde el verano de 1967, las manifestaciones de los estudiantes de Berlín-Oeste tomaron un cariz violento; se extendieron por toda Alemania como respuesta al atentado contra Dutschke. Los italianos fueron más lejos a partir de diciembre de 1967, particularmente en Turín, ocupando sus facultades, provocando al comienzo del año de 1968 el cierre de las principales universidades del país.

³ Conviene señalar, sin embargo, la persistencia de la lucha en la calle llevada a cabo por los estudiantes radicales japoneses de la *Zengakuren*, desde 1960. Su ejemplo era cada vez más citado en Francia en los últimos años. La posición política de su "Liga Comunista Revolucionaria", a la izquierda del trotskismo, y opuesta al mismo tiempo al imperialismo y a la burocracia, era menos conocida que sus técnicas de combate.

En la crisis actual del poder burocrático en Checoslovaquia, único país avanzado industrialmente, jamás conquistado por el estalinismo, se trata esencialmente de una arriesgada tentativa de la clase dominante para corregir el funcionamiento de su economía seriamente debilitada, fue bajo la presión de una agitación llevada a cabo al final de 1967 por los estudiantes y la intelligentsia, que la burocracia se decidió a correr ese riesgo. Los obreros, poniéndose en huelga y comenzando a reivindicar la gestión directa de las fábricas, son desde ahora la principal amenaza que pesa sobre un orden burocrático obligado a fingir una liberación.

La apropiación burocrática de la sociedad es inseparable de una posesión totalitaria del Estado, y del reino absoluto de su ideología. La ausencia de censura, la garantía de libertad de expresión, el derecho de asociación, plantean a corto plazo en Checoslovaquia esta alternativa: bien una represión, declarando el carácter ficticio de estas concesiones; o bien el asalto proletario contra la propiedad burocrática del estado y de la economía, que se encontraría desenmascarado desde el momento en que la ideología dominante debiera privarse por algún tiempo de la omnipresencia de su policía. La resultante de semejante conflicto⁴ interesa enormemente a la burocracia rusa, cuya supervivencia incluso se encontraría afectada por una victoria de los trabajadores checos.

En el mes de marzo, el importante movimiento de los estudiantes polacos ha estremecido también al régimen de Gomunlka, procedente de la reforma burocrática lograda después de la crisis de 1956 y el aplastamiento de los obreros húngaros. El plazo conseguido en esta época llega a su vencimiento. Pero la clase obrera no se ha unido esta vez a los estudiantes, quienes han sido reprimidos en el aislamiento. Únicamente los pseudo-obreros, activistas del partido y policías paralelas, han intervenido en el momento de la crisis.

⁴ Tres semanas después de que este libro fuese enviado al editor, la intervención del ejército ruso en Checoslovaquia, el 21 de agosto, ha demostrado que la burocracia debía impedir a cualquier precio el proceso en curso. Todos los "compañeros de viaje" occidentales de la burocracia, que fingen asombro y disgusto, son naturalmente menos lúcidos que sus amos, respecto a los intereses vitales de éstos últimos. (Nota añadida en octubre de 1968. R.V.)

En Francia, donde un paso decisivo acaba de ser franqueado, es donde el movimiento encuentra todos sus fines profundos. Los obreros de un país capitalista moderno han regresado masivamente a la lucha radical. Se plantea todo de nuevo. Las mentiras de una época se derrumban. Ya nada puede existir como antes. Europa puede dar saltos de alegría gritando: ¡Muy bien socavado, vieja topo!

El escándalo situacionista de Estrasburgo, en diciembre de 1966, había doblado las campanas por el sindicalismo estudiantil en Francia. El buró local de la U.N.E.F. se había declarado súbitamente a favor de las tesis de la I.S. publicando el folleto de Mustapha Khayati *De la Misère en milieu étudiant*. El método empleado, las causas que se derivaron, la implacable coherencia del informe, fueron el gran suceso de este libelo. A este respecto se puede hablar de una primera tentativa acertada para comenzar a comunicar la teoría revolucionaria a las corrientes que la justifican. Una decena de traducciones extendieron particularmente la audiencia de este texto, sobre todo en Estados Unidos y en Italia. Si su efecto práctico fue muy escaso en Francia en lo inmediato fue debido a que este país no se encontraba comprometido por el momento en las luchas ya comenzadas en otras partes. No obstante, es posible que sus argumentos no hayan sido extraños al desprecio que una facción de los "estudiantes" franceses, mucho más categóricamente que en cualquier otro país, debía afirmar poco tiempo después por el conjunto del medio estudiantil, de sus reglas y de sus finalidades.

La riqueza de la situación revolucionaria en Francia, que ha asestado al estalinismo el golpe más duro que jamás haya sufrido en Occidente, se expresa por el simple hecho de que la clase obrera se ha hecho cargo espontáneamente de una gran parte del movimiento que contenía explícitamente una crítica de la jerarquía, de la mercancía, de la ideología, de la supervivencia y del espectáculo. Por lo demás, es significativo comprobar que las posiciones, o las frases, de los dos libros de teoría situacionista aparecidos en Francia en los últimos días de 1967⁵ se encuentran trasladados sobre los muros de París y de varias ciudades de provincia por la corriente más avanzada de la

⁵ *La sociedad del espectáculo*, de GUY DEBORD (traducido al español, Castellote editor) y *Tratado del saber vivir para el uso de nuevas generaciones*, de RAOUL VANEIGEM (Anagrama).

revuelta de mayo; la mayoría de estas tesis ocupaba la mayoría de los muros. Como se podía esperar la teoría situacionista se ha convertido en una fuerza práctica que capta a las masas.

CAPÍTULO 2

Los orígenes de la agitación en Francia

"Por supuesto, los utopistas también pueden ver correctamente la situación de hecho de la cual hay que partir. Si se quedan en simples utopistas es que no están en condiciones de verla más que como un hecho visto, a lo sumo, como un problema a resolver, sin llegar a comprender que es concretamente ahí, en el mismo problema, donde se encuentran los datos, la solución y el camino que conduce a la solución."

LUCKACS

Historia y conciencia de clase

El rechazo que abarcaba ya en varios países considerables estratos de la juventud, todavía no significaba en Francia más que una mínima franja de grupos avanzados. No se podía observar ninguna tendencia a la "crisis" económica, ni siquiera política. La agitación iniciada en enero de 1968 en Nanterre por cuatro o cinco revolucionarios que iban a construir el grupo de los *Enragés*, debía ocasionar dentro de cinco meses la casi liquidación del Estado. Esto hace reflexionar. La profunda crisis que entonces estaba latente en Francia existe igualmente en todas las demás sociedades burguesas modernas. Lo que faltaba, era una perspectiva revolucionaria real y su organización práctica. Jamás una agitación emprendida por un número tan pequeño de individuos ha ocasionado en tan poco tiempo tales consecuencias.

El mismo régimen gaullista no tenía ninguna importancia particular en el origen de esta crisis. El gaullismo no es otra cosa más que un régimen burgués que trabaja en la modernización del capitalismo, exactamente como el laborismo de Wilson. Su principal característica, y su éxito, residen en el hecho de que la oposición en Francia se encuentra aún más en condiciones de inferioridad que en otras partes para hacerse atractiva con el fin de hacer lo mismo. Sin embargo, hay que tener en cuenta dos aspectos específicos: el acceso al poder del gaullismo mediante

complots y pronunciamiento militar, que le ha marcado por un cierto desprecio de la legalidad; la preocupación personal de un prestigio arcaico en De Gaulle⁶

La modernización de la economía francesa y su adaptación al Mercado Común, sin presentar ningún carácter dramático, no marchaban sin ocasionar una ligera reducción de los salarios reales por el rodeo de las ordenanzas gubernamentales sobre la Seguridad Social, un crecimiento de las dificultades del empleo, principalmente para los jóvenes trabajadores. Este fue el pretexto del ejemplar motín obrero de Caen, en enero, cuando los trabajadores sobrepasaron las reivindicaciones sindicales y saquearon los comercios. En marzo, los metalurgistas de la fábrica Garnier de Redon supieron atraer en su huelga victoriosa a todas las empresas de la ciudad, creando conexión independiente de los sindicatos y organizando la autodefensa para hacer retirar las C.R.S.

Las repercusiones directas del golpe de Estrasburgo se hicieron en primer lugar sentir en la ciudad universitaria de Jussieu, cerca de Lyon, cuyos residentes, desde la primavera de 1967, habían abolido radicalmente el reglamento durante varias semanas, superando así el debate académico sobre la reforma de los estatutos anti-sexuales. En Nantes, los "estudiantes", a partir de noviembre de 1967, no se quedaron ahí. Después de haberse apoderado de la sección local de la U.N.E.F., como en Estrasburgo, decidieron el cierre del "Bureau d'Aide Psychologique Universitaire" (B.A.P.U.). Después de lo cual organizaron en varias ocasiones la invasión de las residencias universitarias: los chicos en las de las chicas y viceversa. A continuación, en febrero, ocuparon el rectorado de Nantes y se enfrentaron duramente con la policía. Como escribía *Rivarol* del 3 de mayo de 1968, "es posible que se olvide demasiado que, desde febrero, los motines de Nantes mostraban el verdadero rostro de estos "situacionistas", 1500 estudiantes detrás de las banderas rojas y negras, el Palacio de Justicia ocupado...".

⁶ La ironía del tiempo ha hecho que este prestigio, que faltaba por completo en Francia desde hace cerca de cien años, sólo comenzó a aparecer con el reciente movimiento, justamente haciendo saltar en pedazos el prestigio en estuco del gaullismo.

La formación del grupo de los *Enragés* se realiza con motivo de una lucha contra la presencia policial en el *campus* de Nanterre. Se hicieron fotos de policías de paisano. El 26 de enero, en el interior de la facultad los clichés ampliados fueron paseados sobre pancartas. Este acto ocasiona inmediatamente, a petición del Decano Grappin⁷, la intervención de unos sesenta policías en uniforme, que fueron repelidos tras un breve enfrentamiento. Todos los militantes de los grupos izquierdistas, unos cien, se habían unido al núcleo inicial. Este último se componía de los *Enragés* propiamente dichos y una docena de anarquistas. Los *Enragés* figuraban todos entre los elementos inasimilables en el actual sistema universitario. Además, estos "gamberros del *campus*" habían encontrado su acuerdo teórico en la plataforma de la Internacional Situacionista. Se proponían perturbar sistemáticamente el insoportable orden de cosas, comenzando por la universidad.

El terreno era particularmente escandaloso. Nanterre era moderna en la elección de los titulares de cátedra exactamente como en su arquitectura. Aquí es donde pontificaban los pedantes del pensamiento sometido, los bribones de la recuperación, los patanes modernistas de la integración social, los Lefebvre y los Touraine⁸. El decorado estaba en armonía: con los "conjuntos urbanísticos" y con las chabolas que les son complementarias, el urbanismo del aislamiento había injertado un centro universitario, como microcosmo de las condiciones generales de la opresión, como alma de un mundo sin alma. El programa, pues, de no dejar hablar *ex cathedra* a los especialistas de la falsificación y de disponer de los muros para un vandalismo crítico, debía hacer el máximo efecto. Esto fue un hueco para escapar de la estéril protesta harta desde hacía años contra las molestias de los internos en las residencias o la reforma Fouchet, tartas de merengue de la U.N.E.F. y de todos los que condiaban su dirección.

Cuando los *Enragés* comenzaron a interrumpir los cursos de los sociólogos, y de algunos otros, la U.N.E.F. y sus infiltrados izquierdistas reaccionaron con indignación. En varias ocasiones

⁷ Llamado, a partir de esta fecha, Grappin-la-Matraque.

⁸ Touraine había descubierto a finales de los años cincuenta que el proletariado había desaparecido. Aún insiste, en julio de 1968: "Lo digo yo, la clase obrera en tanto que clase ya no es en su conjunto una clase revolucionaria en Francia." (*In* Libro *Ce n'est pas qu'un debut.*)

trataron de proteger ellos mismos a los profesores. Los anarquistas, aunque tenían algunas aspiraciones al buró local de la U.N.E.F., permanecieron neutrales. Entre ellos Daniel Cohn-Bendit, que ya se había tallado una especie de reputación excusándose de haber insultado a un ministro, también fue amenazado de ser excluido de la U.N.E.F. -pues formaba parte por una moción de los trotskistas de la futura "Federación de los estudiantes revolucionarios" (entonces C.L.E.R.). Al final, el C.L.E.R. retiró su moción debido a que Cohn-Bendit, de nacionalidad alemana, se encontraba en este momento citado ante la comisión de expulsión de la Prefectura de Policía. Una cierta agitación política hacía ya eco a los escándalos de los *Enragés*. Se instauró la costumbre de repartir octavillas en el interior de los locales. La canción de los *Enragés* sobre Grappin - la célebre Grappignol-, su primer cartel en forma de comic, aparecieron con ocasión de la "jornada nacional" de ocupación de las residencias universitarias, el 14 de febrero. Por todas partes, el tono subía.

El 21 de febrero, *Le Nouvelle Observateur* lloraba sobre Nanterre: "La izquierda ha explotado"; e incluso "grupo de los *Enragés* que no los constituyen más que tres o cuatro representantes de la Internacional Situacionista". El mismo día, una octavilla de los *Enragés* precisaba que ellos "nunca han pertenecido a la Internacional Situacionista, y que en consecuencia no podían representarla. A la represión le sería muy fácil si cualquier manifestación un poco radical en un *campus* fuese el hecho de un complot situacionista. (...) Dicho esto, aprovechamos la ocasión para volver a afirmar nuestra simpatía con respecto a la crítica situacionista. Nuestro acuerdo con la teoría radical se podrá juzgar por nuestros actos".

El 22 de marzo, los grupos izquierdistas, como protesta contra la interpelación en París de seis "militantes anti-imperialistas", invadieron el edificio administrativo y tuvieron una asamblea en la sala del Consejo de la facultad. En nombre de los *Enragés*, René Riesel exigió que fuesen expulsados inmediatamente dos observadores de la administración y los pocos estalinianos presentes. Un responsable anarquista, colaborador habitual de Cohn-Bendit, al sostener entonces que "los estalinianos que están esta noche aquí ya no son estalinianos", los *Enragés* abandonaron inmediatamente la asamblea, como protesta por esta cobarde alusión. Además se les había acusado de querer saquear los locales. Se vieron obligados a escribir sus

slogans⁹ en todos los muros, inaugurando así una forma de agitación cuyo éxito fue fulminante, y que iba a devenir una de las características originales del período de las ocupaciones. La concentración de elementos izquierdistas de diversas pertenencias, que debía en las próximas semanas, recibir de la prensa sus nombres sucesivos -"Movimiento de los 142", luego "Movimiento del 22 de marzo"- comenzó, pues, a constituirse esta noche sin los *Enragés* y contra ellos.

"El Movimiento del 22 de marzo" era desde el principio un conglomerado ecléctico de individuos adherentes a título personal. Todos estaban de acuerdo en el hecho de que les era imposible entenderse sobre ningún punto teórico y contaban con "la acción común" para superar esta carencia. Sin embargo, había un *consensus* obre dos sujetos, una trivialidad irrisoria y una nueva exigencia. La trivialidad era la "lucha" anti-imperialista, herencia del período grupuscular contemplativo que se iba a acabar: Nanterre, Vietnam de la periferia, al sostener decididamente el justo combate de la Bolivia insurrecta. La novedad era la democracia directa de la organización. Es verdad que esta intención sólo ha sido muy parcialmente realizada en el "22 de mayo" por el hecho de la doble pertenencia, discretamente silenciada o nunca tomada en consideración, de la mayoría de sus miembros. había de todo, maoístas, J.C.R., anarquistas de toda índole -desde ruinas de la "Federación Anarquista" hasta activistas de la "Federación Ibérica de Juventudes Libertarias"- y hasta sospechosos o cómicos de los "grupos de investigación institucional" (F.G.E.R.I.)¹⁰.

El mismo Cohn-Bendit pertenecía al grupo anarquista independiente, y semi-teórico, de la revista *Noir et Rouge*. Tanto por este hecho como por sus cualidades personales, Cohn-Bendit se situaba en la tendencia más radical del "22 de marzo"; incluso resultaba ser más realmente revolucionario que todo el resto del movimiento del que se convirtió en portavoz y que tuvo,

⁹ "Tomad vuestros deseos por la realidad"; "El aburrimiento es contrarrevolucionario"; "Los sindicatos son burdeles"; "No trabajéis jamás".

¹⁰ No ha habido jamás, en este desván, un solo situacionista, contrariamente a la mentira de Emile Cofermann en su presentación del libro de necedades publicado por el "22 de marzo" bajo el título *Ce n'est pas qu'un debut, continuons le combat*, (Ediciones Maspéro)

pues, que soportar¹¹. Insuficientemente inteligente, informado confusamente por personas interpuestas de los problemas teóricos de la época, hábil para divertir a un público de estudiantes, bastante franco para extenderse como una mancha de aceite sobre el fórum de las maniobras políticas izquierdistas, bastante flexible para arreglarse con sus responsables, era un revolucionario honesto, aunque sin genio. Sabía mucho menos de lo que hubiera debido saber; y de lo que sabía no hizo el mejor empleo. Además, al aceptar sin crítica real el rol de vedette que se exige ante el primer llegado de los reportes de la información espectacular, debía naturalmente ver sus declaraciones que siempre eran una mezcla de lucidez, y algunas tonterías, agravadas en este último sentido por las deformaciones inherentes a una comunicación de esta naturaleza. En abril, declaraba aún a quien quisiera escucharle que él era un moderador y de ninguna manera un *enragé*. Este fue el momento en que, a continuación de un ministro, la prensa comenzó a llamar *enragés* a todos los descontentos de Nanterre.

En efecto, el "22 de mayo" había obtenido en algunos días el principal éxito del que el conjunto del movimiento efectivamente le debe, y que no tiene relación alguna con sus charlatanerías sobre la "universidad crítica", plagiadas de los ejemplos alemán e italiano cuya inanidad ya estaba demostrada¹². Mientras que todos los esfuerzos de su comisión "Cultura y Creatividad" no han superado nunca un estetismo revolucionario que las huellas descuidadas del "situacionismo" no conseguían hacer interesante, el proyecto, tontamente "anti-imperialista", de mantener un mitin en Nanterre el 29 de marzo trajo al Decano Grappin a la primera y la más grave de las consecuencias de una

¹¹ Cohn-Bendit, en cantidad de interviews, ha multiplicado las concesiones al maóismo, por ejemplo en *Le Magazine Littéraire*, de mayo de 1968, "El Maóismo, yo no sé muy bien lo que es. He leído algunos "rollos" de Mao que son ciertos. Su tesis en apoyo de la gente campesina ha sido siempre una tesis anarquista."

¹² Todos los elogios sociológico-periodísticos sobre la "originalidad" del "22 de marzo" ocultan el simple hecho de que su amalgama izquierdista, nueva en Francia, es copia del S.D.S. americano igualmente ecléctico, democrático y frecuentemente infiltrado por diversas viejas sectas izquierdistas. El *Sunday Times* del 22 de julio, exponiendo con una perfecta incomprensión las tesis de la I.S. que considera como "probablemente la más avanzada de las facciones radicales", ve a pesar de todo que "Cohn-Bendit es un conservador superado" si se le compara a tales "absolutistas".

serie de errores administrativos que iban a permitir la rápida extensión de la agitación. Grappin cerró su facultad por dos días. El espectro amenazador de "una docena de *enragés*" se convertía desde entonces en una obsesión a escala nacional.

Entre los más intranquilos, *L'Humanité* de 29 de marzo denunciaba las "acciones de comando emprendidas por un grupo de anarquistas y de 'situacionistas' de los que una de las consignas mancha la fachada de la facultad: "*¡No trabajéis!*". para esta cuarentena de estudiantes la acción consistía desde hace semanas en "intervenir" en las aulas, en las reuniones de trabajos prácticos... ocupar edificios y eventualmente cubrir los muros con inscripciones gigantes. ¿Cómo una cuarentena de elementos irresponsables ha podido provocar decisiones tan graves que conciernen a 12000 estudiantes de Letras y 4000 de Derecho?

En este momento, cuando comenzó la represión ya era demasiado tarde. Sin duda, un miembro del grupo de los *Enragés*, Gérard Bogorgne, pudo ser expulsado el 1º de abril por cinco años de todos los establecimientos de enseñanza superior de Francia¹³, sin que el "22 de marzo", sus periodistas, ni evidentemente ningún otro grupo izquierdista lo mencionasen. pero las renovadas amenazas de expulsión contra Cohn-Bendit, ya bastante célebre, y seguramente más defendibles para mucha gente, la decisión anunciada de diferir al 6 de mayo, ante la comisión de instrucción del Consejo de la Universidad de París, a Cohn-Bendit, a Riesel y a otros seis agitadores de Nanterre, además del nuevo cierre *sine die* de Nanterre a partir del 2 de mayo, provocaron una extensión de la protesta entre los estudiantes de París. El "22 de marzo" y la U.N.E.F. llamaron para el viernes 3 de mayo a un mitin en el patio de la Sorbona. Al intentar la dispersión de este mitin, las autoridades descubrieron la fuerza ya acumulada por el movimiento y le dieron la ocasión de franquear el paso decisivo. Cuanto les parecía imposible un tal desarrollo a los observadores especializados, he aquí lo que atestigua a la perfección la fina profecía del ridículo Escarpit, al escribir en *Le Monde* el mismo día (fecha del 4 de mayo): "Nada es menos revolucionario, nada es más conformista que la pseudo-ira de un rompecristales,

¹³ Se le reprochaba su desprecio abierto del reglamento universitario y su actitud ante el Consejo de la Universidad fue efectivamente escandalosa.

incluso vistiendo su mandarino-clasia de un lenguaje marxista o situacionista".

CAPÍTULO 3

La lucha en la calle

"Sé que no les tiene en cuenta, porque la corte está armada; pero le suplico permitirme decirle que se les debe tener muy en cuenta, cada vez que ellos se tienen en cuenta a sí mismos para todo. Han llegado a este extremo; comienzan a no tener en cuenta vuestros ejércitos, y la desgracia es que su fuerza consiste en su imaginación; y en verdad se puede decir que al contrario de todas las demás fuerzas de poder, ellos pueden, cuando han llegado a un cierto punto, todo lo que creen poder."

CARDENAL DE RETZ
Memorias

El mitin del 3 de mayo, en sí mismo, era trivial: tres o cuatrocientos asistentes, como de costumbre, habían respondido a la consigna. Algunas decenas de fascistas del grupo "Occidente" contramanifestaron a primeras horas de la tarde en el bulevar Saint-Michel. Varios Enragés que se encontraban en la Sorbona sugirieron organizar la autodefensa. Se tuvieron que romper algunos muebles ante la falta de cachiporras. El rector Roche y sus policías creyeron oportuno aprovechar este pretexto para obrar con severidad. La policía y la gendarmería móvil invadieron la Sorbona sin encontrar resistencia. Los estudiantes fueron acorralados en el patio. Se les propuso retirarse libremente. Aceptaron, y efectivamente se dejó pasar a los primeros. La operación duró tiempo y otros estudiantes comenzaron a agruparse en el barrio, los últimos doscientos estudiantes de la Sorbona, entre los cuales todos los

responsables, fueron detenidos. El Barrio Latino se sublevó al pasar los autocares que los llevaban¹⁴.

Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que en París unos millares de manifestantes resistían a la policía tan enérgicamente y durante tanto tiempo. Cargas incesantes, recibidas con lanzamiento de adoquines, no consiguieron durante varias horas desalojar el bulevar Saint-Michel y las calles adyacentes. Fueron detenidas seiscientas personas.

Como reacción inmediata, el Sindicato Nacional de la Enseñanza Superior, después de la U.N.E.F., lanzaron la consigna de una huelga ilimitada en la enseñanza superior. La condena de cuatro estudiantes a penas de prisión, pronunciadas el domingo 5 de mayo, contribuyó mucho más a endurecer la manifestación que estaba prevista para las seis horas a fin de presionar al Consejo de la Universidad.

Naturalmente, los estalinianos hacían todo lo posible para romper el movimiento. El editorial de Georges Marchais en *L'Humanité* del 3 de mayo, que exponía esta política casi a nivel de parodia indignó a la masa de estudiantes. Fue a partir de este momento que los estalinianos se vieron rechazar la palabra en todos los centros de agitación revolucionaria que el movimiento de los estudiantes iba a crear.

Toda la mañana del 6 de mayo se distinguió por las manifestaciones que desde las primeras horas de la tarde se convirtieron en motín. Las primeras barricadas fueron levantadas en la plaza Maubert y defendidas durante tres horas simultáneamente, se desarrollaban combates en la parte de abajo del bulevar Saint-Michel, Plaza de Châtelet, y en Las Halles. A primera hora de la noche, los manifestantes, que eran más de diez mil, se mantenían principalmente en la zona de la Plaza de Saint-Germain-dés-Prés, donde se les unieron la mayor parte del cortejo organizado por la U.N.E.F. en Denfert-

¹⁴ Uno de ellos no llegó a su destino con sus cautivos. Les guardaban solamente tres policías. Fueron importunados y algunas decenas de manifestantes se escaparon.

Rochereau¹⁵. "Lo que va a suceder, escribía *Le Monde* del 8 de mayo, va a sobrepasar en violencia y en amplitud todo lo que se ha producido en esta jornada ya sorprendente en todos los conceptos. Esto será una forma de combate de calle que alcanzará a veces una especie de frenesí, en que cada golpe asestado será inmediatamente recibido, en que el terreno apenas conquistado ya es recuperado... Momentos dramáticos y no razonables durante los cuales, para el observador, parecía soplar un viento de locura". Y *L'Aurore*, del 7 de mayo, señala: "Advertimos al lado de los manifestantes bandas de *blousons noirs*, armados de barras de hierro, que han bajado de las puertas de París para echar una mano a los estudiantes." Los últimos enfrentamientos continuaron hasta la media noche, sobre todo en Montparnasse.

Por primera vez se volcaron e incendiaron coches a través de las calles; se desempedraron las calles para hacer barricadas; se saquearon comercios. La práctica de estas inscripciones subversivas experimentadas en Nanterre comenzó este día a propagarse en varios barrios de París. A medida que se reforzaban las barricadas y las facilidades de contraataque de los amotinados, las fuerzas de policía estaban obligadas a abandonar el método de las cargas directas por una lucha de posiciones, empleando principalmente la granada ofensiva y el gas lacrimógeno.

Este día se distingue por la intervención en la lucha de los primeros obreros, y alumnos de segunda enseñanza que desde la mañana temprano organizaron manifestaciones *blousons noirs* y parados. La espontaneidad y la violencia de esta serie de motines contrastaba con la simpleza de los fines y slogans de sus iniciadores universitarios¹⁶. Y ya el hecho de que los *blousons*

¹⁵ Conviene señalar a este respecto la diferencia entre la actitud de los organizadores y la lucha real que se desarrollaba desde hacía horas: "En las inmediaciones de la plaza Denfert-Rochereau, donde no se señala la presencia de ningún policía..., se levantaron barricadas a base de materiales de diversas obras de construcción a pesar de las órdenes terminantes del servicio de orden de la U.N.E.F. y de otras diversas organizaciones estudiantiles." (*Le Monde*, 8 de mayo.)

¹⁶ "Basta de represión". "Liberad a nuestros camaradas". "Roche, dimisión". "Libertad sindical". "La Sorbona para los estudiantes". El mismo tono se señala en el atraso de la declaración del buró nacional de la F.E.R. que al día siguiente

noirs hayan podido pelearse gritando "La Sorbona para los estudiantes" demuestra el fin de todo un período. Ocho días después, estos *blousons noirs* se encontraban en la Sorbona.

La U.N.E.F., que no había cesado de desaprobado las violencias durante las manifestaciones, se vio obligada desde el día siguiente a corregir verbalmente su actitud a fin de evitar el desprestigio total y así poder continuar su actividad moderadora. En cambio, los estalinianos de la C.G.T., no queriendo comprometerse, prefirieron separarse completamente de la masa de los estudiantes para preservar su control sobre los obreros mantenidos en el aislamiento. Seguy, en una conferencia de prensa en la mañana del día 7, anunciaba: "Ninguna complacencia hacia los elementos confusos y provocadores que denigran la clase obrera acusándola de haberse aburguesado y tienen la osada pretensión de querer inculcarle la teoría revolucionaria y dirigir su combate. Con otros izquierdistas, ciertos elementos se ocupan de vaciar el sindicalismo estudiante de su contenido reivindicativo, democrático y de masa en perjuicio de la U.N.E.F. Pero actúan con la plena satisfacción del poder...". Debido a este contexto preciso, Geismar, Sauvageot y Cohn-Bendit pudieron convertirse en *líderes aparentes* de un movimiento sin líderes. La prensa y la radio-televisión que buscaban jefes no encontraron más que a ellos. Se convirtieron en los inseparables personajes fotogénicos de un espectáculo adherido deprisa a la realidad revolucionaria. Aceptando este rol, hablaban en nombre de un movimiento que no comprendían. Por supuesto, por este quehacer tuvieron que aceptar, a medida que se manifestaban, la mayor parte de sus tendencias revolucionarias. (Cohn-Bendit fue el que supo reflejar un poco mejor el contenido radical). Pero esta Santa Familia de neozquierdistas improvisados, al no poder ser más que la deformación espectacular del movimiento real, presentó también su más caricaturesca imagen. Su Trinidad continuamente ofrecida a los *mass-media* representaba, de hecho, lo contrario de la verdadera *comunicación* que se buscaba y realizaba en la lucha. Evidentemente este trío de atractivo ideológico en 819 líneas no podía decir más que lo aceptable -es decir, lo deformado y lo recuperado- que tal forma de transmisión

saluda a los millares de estudiantes y jóvenes trabajadores que, al llamamiento de la U.N.E.F., se han opuesto durante todo el día del lunes a las fuerzas de represión del estado gaullista *en defensa de las libertades democráticas y sindicales.*" (Subrayado por el autor).

soporta; mientras que precisamente el sentido del momento que les había propulsado de la nada era categóricamente *lo inacceptable*.

La manifestación del 7 de mayo fue también custodiada por la U.N.E.F. y sus dirigentes infiltrados que se limitó a un interminable paseo permitido sobre un itinerario aberrante: de Denfert a L'Etoile, ida y vuelta. Los organizadores únicamente pedían la reapertura de la Sorbona, la retirada de la policía del Barrio Latino y la liberación de los estudiantes condenados. Continuaron divirtiendo la alfombra durante los dos días siguientes en los que no hubo más que escaramuzas sin importancia. Pero el gobierno tardó en satisfacer sus modestas exigencias. Prometía volver a abrir la Sorbona, pero Sauvageot y Geismar, ya acusados de traición por la base impaciente, tuvieron que anunciar que el edificio sería ocupado día y noche para permitir un *sit-in* consagrado a "discusiones sobre los problemas de la universidad". En estas condiciones el ministro Peyrefitte mantuvo la guardia policiaca de la Sorbona, abriendo Nanterre como test para medir la "buena voluntad" de los estudiantes.

El viernes 10 de mayo¹⁷ más de veinte mil personas se reunieron otra vez en la plaza Denfert-Rochereau. Los mismos organizadores discutieron sobre el lugar donde podrían conducir la manifestación. Después de un largo debate se decidieron por la O.R.T.F., pero con un rodeo previo por el ministerio de Justicia. Al llegar al Barrio Latino los manifestantes encontraron interceptadas todas las salidas hacia el Sena, lo que daba el remate a este itinerario tan absurdo. Decidieron permanecer en el Barrio hasta que no les fuera entregada la Sorbona. Hacia las 21 horas comenzaron espontáneamente a levantar barricadas. Cada uno reconoció ahí la realidad de sus deseos. Jamás la pasión por la destrucción se había mostrado más creadora. Todos se precipitaron a las barricadas.

¹⁷ El Consejo de la Universidad que debía celebrar sesión para juzgar el asunto de Nanterre decidió aplazarla considerando que no se reunía las condiciones de serenidad requeridas. Una octavilla anónima repartida a partir del 6, *Consejo de la Universidad, modo de empleo*, había revelado las direcciones personales y los números de teléfono de todos sus miembros. La declaración de RENÉ RIESEL, *¡El castillo arde!* no pudo ser leída a los jueces: fue distribuida solamente a los manifestantes.

Los líderes ya no tenían la palabra. Tuvieron que aceptar el hecho consumado, tratando tontamente de quitarle importancia. Creyeron que las barricadas solamente serían defensivas; *-que no se provocase a la policía!* Sin duda las fuerzas del mantenimiento del orden cometieron una grave falta técnica dejando levantar las barricadas, sin tomar inmediatamente el riesgo de un asalto para retirarlas. Pero la instalación de un sistema de barricadas que tiene sólidamente todo un barrio *era ya* un paso imperdonable hacia la negación del Estado: cualquier forma de poder estatal estaba obligado a reconquistar a corto plazo la zona de las barricadas que se le había ido de las manos o si no desaparecer¹⁸.

El barrio de las barricadas delimitaba por el bulevar Saint-Michel al oeste, la calle Claude-Bernard al sur, la calle Mouffetard al este, la calle Soufflot y la plaza del Panthéon al norte, líneas que sus defensas cercaban, pero sin controlarlas. Sus principales arterias eran la calle Gay-Lussac, Lhomond y Tournefort, orientadas noroeste-sudeste; y la calle d'Ulm en la dirección norte-sur. Las calles Pierre-Curie y Ursulines-Thuillier, constituían sus únicas comunicaciones de este a oeste. El barrio en manos de los insurrectos conoció una existencia independiente entre las 22 horas y las 2 horas de la mañana. Atacado a las 2 horas 15 por las fuerzas que lo rodeaban por todas partes, consiguió defenderse más de tres horas, perdiendo siempre terreno en el oeste y resistiendo hasta las 5 horas 30 en las inmediaciones de la calle Mouffetard.

Unos 1500 a 2000 barricadores se habían quedado dentro del perímetro en el momento del ataque. Estudiantes se podían contar por algo menos de la mitad. Estaban presentes una mayoría de alumnos de segunda enseñanza y *blousons noirs* y algunas centenas de obreros¹⁹. Era la élite: era el hampa. Muchos extranjeros y muchas chicas participaron en la lucha. Allí coincidieron los elementos revolucionarios de casi todos los grupos izquierdistas; particularmente una gran proporción de anarquistas -algunos de ellos pertenecientes a la F.A.- llevando las banderas negras que comenzaron a aparecer en la calle el 6 de mayo y defendiendo con ardor su plaza fuerte en la

¹⁸ A causa de este exceso de distorsión ideológica sostenida por sus abusivos portavoces muchas gentes creyeron, en las barricadas, que la policía podría renunciar al ataque.

¹⁹ No solamente *jóvenes* obreros.

encrucijada de las calles de la Estrapade, Blainville y Thouin. La población del barrio mostró su simpatía incluso por los amotinados que quemaban sus coches: ofreciéndoles víveres, echándoles agua para combatir el efecto del gas, en fin dándoles asilo.

Las sesenta barricadas, de las cuales veinte eran muy sólidas, permitían una defensa bastante prolongada y una retirada combatiendo, pero en el interior de un perímetro limitado. El débil armamento improvisado y sobre todo la inorganización que no permitía lanzar contra-ataques o maniobrar con el fin de ensanchar la zona de los combates, dejaban a los amotinados en una ratonera.

Las últimas pretensiones de aquellos que aspiraban a situarse a la cabeza del movimiento se desvanecieron aquella noche con la dimisión vergonzosa, o bien por pura impotencia. La F.E.R., que tenía la tropa mejor encuadrada, hizo desfilar sus quinientos militantes hasta las barricadas para declararles que se trataba de una provocación y que había que irse. Lo que hicieron con la bandera roja en cabeza. Durante este tiempo Cohn-Bendit y Sauvageot, siempre prisioneros de sus obligaciones de Vedettes, fueron a advertir al rector Roche que, "para evitar cualquier efusión de sangre" era necesario que la policía se retirase del barrio. Esta extravagante petición, presentada en semejante momento a un subalterno, estaba de tal forma superada por los acontecimientos que solo podía entretener por una hora las ilusiones de los más ingenuos. Roche aconsejó sencillamente a los que habían venido a hablarle que enviasen a "los estudiantes" a sus casas.

La batalla fue muy dura. Las C.R.S., la policía, la gendarmería móvil consiguieron hacer insostenibles las barricadas por un intenso bombardeo de granadas incendiarias, granadas ofensivas y gas "de cloro", antes de arriesgarse a tomarlas al asalto. Los amotinados replicaban lanzando adoquines y cocktails Molotov. Prendieron fuego a los coches volcados en zig-zag para retrasar el avance de su enemigo; algunos se apostaron en los tejados para lanzar toda clase de proyectiles. En muchas ocasiones la policía tuvo que retroceder. Los revolucionarios, frecuentemente, prendían fuego a las barricadas en las que ya no podían mantenerse. Hubo varios centenares de heridos y quinientos detenidos. Cuatrocientos o quinientos amotinados

fueron recibidos en los edificios de la Escuela Normal Superior, calle d'Ulm, que la policía no osó invadir. Doscientos o trescientos pudieron retirarse hacia la calle Monge, donde encontraron refugio en casa de los habitantes del barrio, o huyendo por los tejados. Hasta el final de mañana la policía rastreó el barrio, aporreando y llevándose todo lo que parecía sospechoso.

CAPÍTULO 4

La ocupación de la Sorbona

En él se reúnen las condiciones objetivas de la conciencia histórica, la realización de la comunicación directa activa, donde terminan la especialización, la jerarquía y la separación, donde las condiciones existentes han sido transformadas en "condiciones de unidad"... únicamente ahí la organización espectacular de la vida es negada a su vez. La aparición de los Consejos fue la realidad más elevada del movimiento proletario en el primer cuarto de siglo, realidad que pasó inadvertida o camuflada porque desaparecía con el resto del movimiento que el conjunto de la experiencia histórica de entonces desmentía y eliminaba. En el nuevo momento de la crítica proletaria, este resultado vuelve como el único punto invicto del movimiento vencido. La conciencia histórica, sabiendo que en él tiene su único medio de existencia puede ahora reconocerlo, no ya en la periferia de lo que refluye, sino en el centro de lo que asciende.

DEBORD,
"La sociedad del espectáculo"

La noche de la batalla de la calle Gay-Lussac causó gran estupor en todo el país. La indignación de una gran parte de la población que se implicó inmediatamente, no se volvió contra los amotinados, a pesar de la importancia de las destrucciones que cometieron, sino contra las excesivas violencias de las fuerzas del orden. Durante toda la noche la radio describió a cada momento las condiciones en que era defendido y tomado el campo atrincherado. Especialmente se sabía que numerosos heridos graves no pudieron ser atendidos durante horas porque los sitiadores impidieron su evacuación. Se les reprochaba también haber utilizado un nuevo y peligroso gas aunque las autoridades desmintieron su empleo. En fin, se propagó la

convicción de que había habido algunos muertos y que la policía dueña del terreno había hecho desaparecer²⁰.

A partir del sábado 11 de mayo, todas las direcciones sindicales hicieron un llamamiento a una *jornada de huelga* general para el 13. Para ellos se trataba de poner un punto final al movimiento, aprovechándose al máximo de una solidaridad superficialmente llamada "contra la represión". Los sindicatos tuvieron que hacer también este gesto porque se daban cuenta de la profunda impresión causada entre los obreros por la lucha directa que transcurría desde hacía una semana. Tal ejemplo amenazaba su autoridad. Su huelga de recuperación no respetó el tiempo legal previsto: esto es todo lo que tenía de subversivo.

El gobierno, que primero había reaccionado por la mañana temprano, en el momento de la caída del barrio de las barricadas, con un comunicado amenazador que invocaba un complot y sanciones, ante la importancia de las protestas, se decidió a dar una vuelta completa. El primer ministro Pompidou que regresó de Afganistán el sábado por la tarde, jugó apresuradamente la carta del apaciguamiento. Anunció, haciendo caso omiso de cualquier consideración hipócrita en cuanto a la independencia por principio de la magistratura, que los estudiantes condenados iban a ser liberados después de un nuevo juicio inmediato, lo cual efectivamente ocurrió. Cedió el domingo los locales del anexo Censier de la Facultad de Letras, para que se mantuviese legalmente el *sit-in* ya reivindicado sobre una reforma de la Universidad. En fin, Pompidou prometió retirar, a partir del lunes, todas las fuerzas de policía del Barrio Latino, y en consecuencia los cordones que guardaban la Sorbona. En la mañana del 13 de mayo la policía se había largado y la Sorbona se encontraba, pues, *para tomar*. Durante la jornada del 13 de mayo la consigna de huelga general fue

²⁰ El hecho no ha sido demostrado. La probabilidad de la hipótesis deriva: por una parte, es poco probable que entre tantos heridos graves, y no socorridos rápidamente, no fuera nadie; por otra, tampoco es probable que el Gobierno se hubiera resignado al retroceso considerable y grave de consecuencias, que debía intentar esa misma noche, sin tener en cuenta las informaciones particulares sobre la gravedad de los enfrentamientos. No cabe duda que los servicios de un Estado moderno tienen la posibilidad de disimular algunos muertos. Claro que no haciéndoles constar entre las "personas desaparecidas", sino, por ejemplo, como algunos lo han anticipado, presentándoles como víctimas de accidentes de la carretera ocurridos fuera de París.

ampliamente seguida. En un desfile pacífico, cerca de un millón de trabajadores, con los estudiantes y profesores, atravesaron París, de la República a Denfert-Rechereau, encontrando en su recorrido la simpatía general. Los slogans se referían a la solidaridad de los obreros y de los estudiantes y reclamaban, por el décimo aniversario de su llegada al poder, la partida de De Gaulle. Más de cien banderas negras se habían sumado a la multitud de banderas rojas, realizando por primera vez esta conjunción de dos banderas que pronto se convertiría en la marca de la corriente más radical del movimiento de las ocupaciones, no tanto como una afirmación de una presencia anarquista autónoma sino como signo de la democracia obrera.

Los sindicalistas obtuvieron fácilmente la dispersión en Denfort; algunos millares de manifestantes, estudiantes en su mayor parte, replicaron hasta el Campo de Marte donde se improvisó un mitin. Durante este tiempo otros comenzaron a ocupar la Sorbona. Fue ahí donde se produjo espontáneamente un fenómeno de una importancia decisiva: todos los que estaban presentes decidieron abrir la Sorbona a los trabajadores. Era coger la palabra al slogan abstracto de la manifestación: solidaridad obreros-estudiantes. Este pasaje se hallaba favorecido por el encuentro de los obreros este día y sobre todo por el diálogo directo entablado entre estudiantes y los obreros más avanzados, llegados de la manifestación para decir que estaban de acuerdo, desde el primer día, con la lucha de los estudiantes y para denunciar el sucio trabajo de los estalinianos. Un cierto obrerismo, cultivado por los especialistas sub-burocráticos del revolucionarismo, no estaba, por supuesto, ausente en las motivaciones de esta decisión. Pero lo que estos líderes habían dicho, sin creer verdaderamente en ello y sin medir las consecuencias, tomó un sentido revolucionario a causa de la atmósfera de *libertad total* del debate abierto en la Sorbona, que anuló completamente el paternalismo implícito en su proyecto. En fin, vinieron poco obreros a la Sorbona. Pero como la Sorbona había sido declarada abierta a la población, los límites del problema estudiantil y del público convencido se habían roto. Y como la Sorbona comenzaba a realizar una discusión democrática donde se discutía de todo y consideraba como ejecutorias las decisiones tomadas, se volvió un faro para los obreros en todo el país: les mostró sus propias posibilidades.

La completa libertad de expresión se manifestó por la toma de posesión de los muros, así como por la libre discusión de todas

las asambleas. Carteles de todas las tendencias, hasta maoístas, cohabitaban en los muros sin ser lacerados ni recubiertos: únicamente los estalinianos del P.C.F. prefirieron abstenerse. Las pintadas sólo aparecieron un poco más tarde. Esta primera noche, la primera pintada revolucionaria insertada, bajo la forma de un filacter, sobre uno de los frescos -"la famosa fórmula: La humanidad no será feliz más que el día en que el último burócrata haya sido colgado con las tripas del último capitalista"- levantó algunas protestas. Después de un debate público la mayoría decidió borrarla. Lo que se hizo.²¹

El Comité *Enragés*-Internacional Situacionista se fundó el 14 de mayo.²² En seguida comenzó a fijar en los muros de la Sorbona algunos carteles que decían lo que querían decir. Uno ponía en guardia contra la ilusión de una democracia directa acantonada en la Sorbona. Otro apelaba a la vigilancia: "Los recuperadores se encuentran entre nosotros". Otro aún se pronunciaba "contra toda supervivencia del arte" y "el reino de la separación". Otra, en fin -"descristianicemos inmediatamente la Sorbona"- se indignaba por la tolerancia culpable manifestada por los ocupantes a la capilla, que se había preservado: "Desenterremos, decía, y devolvamos al Eliseo y al Vaticano los restos del inmundo Richelieu, hombre de Estado y cardenal". Hay que señalar que este cartel fue el primero en la Sorbona que se laceró subrepticamente por personas que desaprobaban su contenido. Por otra parte, la "Comisión Cultura y Creatividad" del "22 de marzo" tiró este día sus últimos cartuchos fijando en el edificio ciertos carteles citando a la I.S., particularmente del libro de Vaneigem.

También el 14 de mayo tuvo lugar la primera asamblea general de los ocupantes, que confirman su estatuto de único poder y organizan el funcionamiento de la ocupación. En el debate aparecieron tres tendencias: una parte bastante considerable de

²¹ El autor de este libro se vanagloria de haber trazado esta inscripción, por el momento controvertida, pero que abrió la vía a una actividad tan fértil (ver a este respecto la revista *Internacional Situacionista*, núm. 11).

²² Los contactos entre la I.S. y los *Enragés* tuvieron lugar al día siguiente de la octavilla publicada el 22 de febrero por estos últimos. Habiendo probado su autonomía los *Enragés* podían normalmente entenderse con la I.S., la cual siempre había hecho de una tal autonomía el prealable para cualquier acuerdo. Al final del período de las ocupaciones en Comité *Enragés*-I.S. decidieron proseguir esta unidad en la I.S.

la asistencia, que se expresaba poco, pero revelaba su moderación aplaudiendo algunos discursos débiles, quería sencillamente una reforma de la Universidad, un arreglo sobre los exámenes, una especie de frente universitario con la izquierda del profesorado. Una corriente más poderosa, que reunía a todos los grupos izquierdistas y su clientela, quería continuar la lucha hasta la caída del gaullismo, incluso la del capitalismo. Una tercera posición, muy minoritaria, pero comprendida, exigía la abolición de las clases, del salariado, del espectáculo y de la supervivencia. Fue claramente expresada en una declaración de René Riesel, en nombre de los *Enragés*. Dijo que el problema universitario estaba superado a partir de ahora y que los "exámenes habían sido anulados por las barricadas". Pidió a la asamblea un pronunciamiento por la liberación de todos los amotinados, comprendidos los saqueadores detenidos el 6 de mayo. Demostró que el único porvenir del movimiento estaba con los trabajadores, no "a su servicio" sino a su lado; y que los trabajadores no eran en absoluto sus organizaciones burocráticas. Afirmó que no se podía combatir la alienación presente ignorando las del pasado -"basta de capillas"-, ni aquellas que se preparan para mañana: "los sociólogos y los psicólogos son otros pasmas". Denunció una autoridad policial de la misma clase en las relaciones jerárquicas con los profesores. Puso en guardia contra la recuperación del movimiento por los líderes izquierdistas y su previsible liquidación de los estalinianos. Concluyó a favor de los Consejos Obreros. Esta intervención suscitó diversos movimientos. La proposición sobre los saqueadores fue más abucheada que aplaudida. Chocó el ataque contra los profesores. La primera denuncia contra los estalinianos extrañó. Sin embargo, cuando un poco más tarde la asamblea procedió a la elección del primer "Comité de Ocupación", su órgano ejecutivo, Riesel fue elegido. El único en indicar su pertenencia, fue también el único en definir un programa: tomando de nuevo la palabra, precisó que defendería "la democracia directa en la Sorbona" y la perspectiva del poder internacional de los Consejos Obreros.

Comenzaron en París la ocupación de las facultades y escuelas de enseñanza superior: Bellas Artes, Nanterre, Conservatorio de Arte Dramático, Medicina. A continuación, todas las demás.

Al final del mismo día 14 de mayo, los obreros de Sub-Aviation, de Nantes, ocuparon su fábrica y se atrincheraron, después de encerrar al director Duvochel y al personal de la administración

en las oficinas cuyas puertas soldaron. Aparte del ejemplo de la ocupación de la Sorbona, los obreros se prendieron la lección de los incidentes ocurridos la víspera en Nantes. El llamamiento del buró nantés de la U.N.E.F. que, como se ha visto más arriba, estaba en manos de los revolucionarios, los estudiantes no se contentaron con desfilar con los sindicalistas. Se encaminaron hacia la prefectura para exigir la anulación de las diligencias precedentemente entabladas contra ellos y la restitución de una subvención anual de 10000 F. Que les había sido suprimida a causa de sus posiciones radicales. Construyeron dos barricadas que las C.R.S. trataron de asaltar. Por mediación de algunos universitarios se aceptó una tregua, que aprovechó el prefecto para recibir una delegación. Cedió en toda la línea: el rector retiró su denuncia y pagó. Muchos obreros de la ciudad habían participado en este combate. Pudieron comprobar la eficacia de esta forma de reivindicación. Los de Sub-Aviation debieron acordarse al día siguiente. Los estudiantes de Nantes acudieron enseguida para sostener el piquete de huelga.

Conocida el día 15 de mayo, la ocupación de Sub-Aviation fue comprendida en todas partes como un acto de una importancia capital: si las demás fábricas según la huelga salvaje, el movimiento se convertiría irreversiblemente en esta crisis histórica tan esperada por los demás lúcidos. Al final de la mañana, el Comité de Ocupación durante la mayor parte de la jornada y además se le debía a Riesel. En efecto, desde la primera reunión del Comité apareció un estupefaciente contraste entre la función que, en principio, asumía por delegación expresa de la asamblea general y las condiciones que se le permitían. El Comité de Ocupación estaba compuesto por quince miembros elegidos y revocables cada día por la asamblea general, responsables ante ella, encargados de organizar y mantener la ocupación de la Sorbona. Todos los servicios improvisados, o que debían organizarse, para el funcionamiento y la defensa del edificio y lo que allí se hacía estaban bajo su control. Se trataba de hacer posible permanentemente la discusión libre, de asegurar y facilitar la continuación de las actividades en curso, desde la distribución de salas a la organización del abastecimiento; de la difusión democrática escrita u oral, al mantenimiento de la seguridad. La realidad era muy distinta: burócratas fracasados de la U.N.E.F., el viejo tándem Kravetz y Peninou, resurgido del olvido que le había justamente enterrado, se habían deslizado por los pasillos que conocían muy bien para instalarse en cualquier sótano, desde

donde se ocupaban de recuperar todos los hilos del *poder real* y coordinar la acción de los técnicos benévolos de toda especie, que resultaban ser amigos suyos. Este era el caso de un "Comité de Coordinación" que se había elegido a sí mismo. El "Comité de Enlace inter-facultades" trabajaba por su propia cuenta. El servicio de orden, completamente autónomo, no obedecía más que a su jefe, buen chico por cierto, que se nombró él sólo y que sólo discutía a partir de esta posición de fuerza. El "Comité de Prensa" compuesto por jóvenes o futuros periodistas, no estaba a disposición de la Sorbona, sino de la prensa francesa en general. En cuanto a la sonorización, se encontraba en manos de elementos de derechas, pero especialistas de la radio.

En este sorprendente contexto, el Comité de Ocupación tenía incluso algunas dificultades para disponer de una sala: cada feudalidad ya instalada tenía pretensiones sobre la totalidad de los locales. Desanimados, sin duda, la mayoría de los miembros desaparecieron para introducirse, como último recurso, en los distintos comités subordinados, pero rebeldes, ya que les reconocían el mérito de existir. Estaba muy claro que los manipuladores anteriormente citados habían pensado eternizar su poder colocando en una posición casi decorativa como simples jarrones al único comité elegido.²³ Los manipuladores debían estar satisfechos del resultado de sus maniobras en la jornada del 15 ya que en la asamblea general que se reunió por la noche, propusieron la renovación en bloque, por veinticuatro horas, del fantasmal Comité de Ocupación. Los ocho miembros del "Comité de Coordinación" fueron también confirmados, como simples auxiliares del "Comité de Ocupación". Ya poderoso con los mecanismos prácticos que tenía en sus manos el comité de Coordinación pensó rematar su toma de poder notificando directamente al Comité de Ocupación que ya no existía. Casi todos los miembros de este último, que justamente acababan de aparecer de nuevo esperando ser reelegidos por la asamblea general, por esta jugada se resignaron a disolverse. Solamente dos miembros del Comité de Ocupación, apoyado por los elementos que se habían incorporado a él, comenzó realmente a existir. Durante el mismo día 15, los obreros de la fábrica Renault de Cléon, en Seine Maritime, se pudieron en huelga y

²³ Poco tiempo después, Peninou, consternado, no se avergonzaba quejándose ante testigos: "Estábamos todos de acuerdo, se lamentaba, para que ningún grupo participase en el Comité de Ocupación. Teníamos el acuerdo de la F.E.R., de la J.C.R., de los "Chinos", etcétera. Se había olvidado a los situacionistas."

decidieron ocupar su fábrica, encerrando ellos también a los directores. También pararon las fábricas Lockheed, de Beauvais y Unelec de Orleans. Al final de la noche, doscientas o trescientas personas se trasladaron al "Teatro Odeón" de Francia a la hora de la salida de los espectadores y se instalaron como ocupantes. Si el contenido de esta "liberación" fue siempre limitado -dominado por gentes y problemas de la cultura- el hecho en sí de apoderarse de un edificio exterior a toda coartada universitaria no significa por eso menos una expansión del movimiento: constituía una escenografía bufona de la descomposición del poder estatal. En la noche siguiente surgieron por todas partes en la Sorbona las más bellas inscripciones de la época.

El 16 de mayo por la mañana se conoció la ocupación de Renault-Cléon, y una parte de los trabajadores de las "Nouvelles Messageries de la Presse Parisienne" comenzaron también una huelga salvaje, tratando de bloquear la distribución de los periódicos. El Comité de Ocupación de la Sorbona, que celebraba sesión en la sala Jules-Bonnot (antiguamente Cavallés), lanzó a las 15 horas el siguiente comunicado:

"Camaradas, la fábrica Sud-Aviation de Nantes está ocupada desde hace dos días por los obreros y estudiantes de esta ciudad; el movimiento se extiende hoy a numerosas fábricas (N.M.P.P.-París, Renault-Cléon, etc.) *el Comité de Ocupación de la Sorbona* llama a la ocupación inmediatamente de todas las fábricas en Francia y a la formación de Consejos Obreros, difundid y reproducid lo más rápido posible este llamamiento."

El Comité de Ocupación, como ya se ha dicho, se encontraba desprovisto de cualquier medio material para ejercer la mínima actividad. Para difundir su llamamiento se vio, pues, obligado a recobrar estos medios. Podía contar con el apoyo de los *Enragés*, de los situacionistas y una quincena de otros revolucionarios. Desde las ventanas de la sala Jules-Bonnot se pidió en el patio, por medio de un megáfono, voluntarios que se presentaron muchos. Copiaron el texto, que aún no se había tirado, y fueron a leerlo en todas las aulas y en las otras facultades. Como la tirada era voluntariamente retrasada por los servicios del C.L.I.F., el Comité de Ocupación tuvo que requisar máquinas para la impresión y organizar su propio servicio de difusión. También se incautó de la sonorización, ya que ponía mala

voluntad de pasar el texto de este llamamiento a intervalos regulares: los especialistas, por despecho, sabotearon la instalación o se fueron; partidarios del Comité de Ocupación la sintieron en marcha. Se apoderaron de los teléfonos para pasar el comunicado a las agencias de prensa, a la provincia, al extranjero. A partir de las 15,30 horas comenzaba a difundirse de una manera satisfactoria. Este llamamiento a la ocupación inmediata de las fábricas armó un escándalo. No, por supuesto, en la masa de los ocupantes de la Sorbona, donde tantas nuevas voluntades se manifestaban inmediatamente para asegurar la difusión, sino entre los cuadros de los pequeños partidos izquierdistas que vinieron, enloquecidos, a hablar de aventurismo y de locura. Fueron despedidos secamente: el Comité de Ocupación no tenía que dar cuentas a los diversos grupúsculos. Así a Krivine, el líder de la J.C.R., se le expulsó sucesivamente de la sonorización y de la sala Jules-Bonnot, donde había venido corriendo a expresar su desaprobación, su angustia, e incluso su idiota pretensión de anular el comunicado. Aunque lo hubiesen deseado, los sabotadores ya no tenían fuerzas suficientes para atentar contra la soberanía de la asamblea general, aun lanzando un raíd contra la sala Jules-Bonnot. Efectivamente, el Comité de Ocupación había puesto desde el principio su propio servicio de seguridad, para evitar cualquier utilización irresponsable de un servicio de orden poco seguro. A continuación se ocupó en organizar este servicio de orden para una discusión política con sus elementos de base, persuadiéndoles fácilmente del rol anti-democrático que algunos habían querido hacerles interpretar.

Todo el trabajo de recuperar la Sorbona se apoyó con una serie de octavillas, que salían a un ritmo muy rápido y ampliamente difundidas. También se leían en la sonorización, que anunciaba al mismo tiempo las nuevas ocupaciones de las fábricas, desde el momento en que se conocían. A las 16,30 horas la octavilla titulada *¡Vigilancia!* ponía en guardia: "La soberanía de la asamblea revolucionaria sólo tiene sentido si ejerce su poder. Desde hace cuarenta y ocho horas se está discutiendo sobre la capacidad y decisión de la asamblea general por una obstrucción sistemática... La exigencia de la democracia directa es el apoyo mínimo que los estudiantes revolucionarios pueden aportar a los obreros revolucionarios que ocupan las fábricas. Es inadmisibles que no sean sancionados los incidentes de ayer noche en la asamblea general." Los curas la traen de nuevo cuando se rompen los carteles anticlericales... "A las 17 horas la

octavilla: *¡Atención!* denunciaba al Comité de Prensa que "rehúsa transmitir los comunicados de las instancias regularmente elegidas por la asamblea general" y que es un *comité de censura*. Incitaba a "los diferentes grupos de trabajo" a dirigirse sin intermediarios a la prensa de la que proporcionaba algunos números de teléfono. A las 18,30 horas la octavilla *¡Atención a los manipuladores! ¡Atención a los burócratas!* denunciaba al servicio de orden incontrolado. Subrayaba la importancia decisiva de la asamblea general que debía mantenerse en la noche: "a la hora en que los obreros comienzan a ocupar varias fábricas en Francia por nuestro ejemplo y con el mismo derecho que nosotros, el Comité de Ocupación de la Sorbona ha aprobado hoy a las 15 horas el movimiento. El problema central de la reciente asamblea general es, pues, pronunciarse por un voto claro para sostener o desaprobado el llamamiento del Comité de Ocupación. Es caso de desaprobación esta asamblea tomará, pues, la responsabilidad de reservar a los estudiantes un derecho que rechaza a la clase obrera y, en este caso, está claro que no quiere hablar de otra cosa más que de una reforma gaullista de la Universidad". A las 19 horas proponía una lista de consignas radicales para difundir: "El poder a los Consejos de trabajadores." "Abajo la sociedad espectacular-mercantil." "Fin de la Universidad", etc.

El conjunto de esta actividad que acrecentaba de hora en hora el número de partidarios del Comité de Ocupación, ha sido cínicamente falsificado por la prensa burguesa, a continuación de *Le Monde* de fecha 18 de mayo, que daba cuenta en estos términos: "Ya nadie sabe muy bien quiénes dirigen el Comité de Ocupación de la Sorbona. Efectivamente, la sala en que se reúne este organismo, elegido cada noche a las 20 horas en asamblea general, ha sido invadida al final de la tarde por los estudiantes "enragés" de la "Internacional Situacionista". Estos "dominan" en particular los micros de la Sorbona, lo que les ha permitido durante la noche lanzar numerosas consignas que muchos estudiantes han considerado aventuradas: "Si encontráis un pasma, partírla la cara", "impedid por la fuerza que tomen fotos en el interior de la Sorbona". Por otra parte, los estudiantes de la Internacional Situacionista han "disuelto todas las estructuras burocráticas" establecidas precedentemente, tales como el Comité de Prensa, el servicio de orden. Las decisiones de este Comité podrían ser denunciadas por la asamblea general que

debe reunirse el viernes a las 14 horas".²⁴ Esta tarde del 16 señala el momento en que la clase obrera comienza a declararse de una manera irreversible por el movimiento. A las 14 horas es ocupada la fábrica Renault de Flins. Entre las 15 y las 17 horas la huelga salvaje se impone en Renault-Billancourt. De todos los lados, las ocupaciones de fábricas comienzan en la provincia. La ocupación de los edificios públicos que continúa extendiéndose por todas partes, llega al Hospital psiquiátrico de Sainte-Anne, tomado por su personal. Ante la acumulación de estas noticias, todos los grupos izquierdistas de la Sorbona se incorporaron una marcha inmediata a Billancourt a las 20 horas. El Comité de Ocupación acordó que era necesario aplazar la asamblea general, a pesar de que estaba impaciente de ponerla frente a sus responsabilidades. Su comunicado, poco antes de las 20 horas, declaraba: "De acuerdo con los diferentes grupos políticos, el movimiento del 22 de marzo, la U.N.E.F., el Comité de Ocupación decide diferir la asamblea general del 16 de mayo a las 20 horas al 17 de mayo a las 14 horas. Todos en la plaza de la Sorbona a las 20 horas para ir a Billancourt".

La entrada en la lucha de Renault-Billancourt, la fábrica más grande de Francia, que con tanta frecuencia había tenido un rol determinante en los conflictos sociales, y sobre todo la amenaza de una unión entre los obreros y las ocupaciones revolucionarias que se habían desarrollado a partir de las luchas de los estudiantes horrorizaron al partido llamado comunista y al gobierno. Incluso antes de conocer el proyecto de la marcha a

²⁴ Estas calumnias tienen site vidas como los gatos. En *Paris Match* del 6 de julio, se podía leer: "Esta anarquía poética no dura mucho. Un grupo que se intitula "situacionistas *enragés*" se ampara del poder, es decir, de lo que podría llamarse la "legalidad grupuscular" y sobre todo de su instrumento esencial, necesario y suficiente: "la sono". La sono, es decir, la sonorización, el sistema de altavoces por el cual se puede derramar día y noche una lluvia de "slogans" en el patio y en los pasillos de la nave. El que tiene la sono posee el verbo y la autoridad. Por la sono, los situacionistas difunden mensajes completamente chiflados. Por ejemplo, apelan a todos los estudiantes "a sostener los enfermos de Sante-Anne en su lucha de liberación contra los psiquiatras". De un género diferente, el libro del fascista FRANÇOIS DUPRAT, *Las jornadas de mayo del 68*(Nouvelles Editions Latines), que denuncia "al origen del 22 de marzo la agitación mantenida en Nanterre por los cuarenta estudiantes miembros de la *Internacional Situacionista* pretende ver "la mano de la H.V.A. (Servicio de seguridad y espionaje de la Alemania del Este)" en las actividades de la I.S. Y continúa aún mezclando los situacionistas al "22 de marzo" y designando a Cohn-Bendit como "su antiguo amigo".

Billancourt reaccionaron de una forma casi idéntica a las malas noticias que ya conocían. A las 10,30 horas, un comunicado del buró político estaliniano "pone en guardia a los trabajadores y a los estudiantes contra toda consigna aventurera". Poco después de las 19 horas se difundía un comunicado del gobierno: "En presencia de diversas tentativas anunciadas o estimuladas por grupos de extremistas para provocar una agitación generalizada, el Primer Ministro recuerda... que el gobierno no podrá tolerar que el orden republicano sea alterado... Puesto que la reforma universitaria no era más que un pretexto para sumergir el país en el desorden, el gobierno tiene el deber de mantener la paz pública..." El gobierno decidió inmediatamente el llamamiento de 10000 reservistas de la gendarmería.

Tres o cuatro mil ocupantes de la Sorbona fueron en cortejos hasta Billancourt, siempre con las banderas rojas y negras. La C.G.T. que guardaba todas las puertas de la fábrica, consiguió impedir el encuentro de los obreros. En cuanto al proyecto de una marcha a la O.R.T.F. que el Comité *Enragés* Internacional Situacionista había tratado de hacer adoptar por la asamblea general desde las 14 horas y defendido aún a las 15 horas el "22 de marzo", la U.N.E.F. y el S.N.E. sup. Estaban determinados a realizarlo al día siguiente 17 de mayo. Tan pronto como fue conocida esta decisión, la C.G.T., el 16 a las 21 horas, declaró que esto tomaba el aspecto de una provocación que solo puede servir al poder personal". A las 22,30 horas el partido estaliniano dijo lo mismo. A media noche el S.N.E. sup. Y la U.N.E.F. obedecieron, haciendo saber que anulaban su llamamiento.

Por la noche, en la Sorbona, comenzaba la contraofensiva de los manipuladores. Aprovechándose de la ausencia de los elementos revolucionarios que se encontraban alrededor de las fábricas Renault, intentaron improvisar una asamblea general con lo que quedaba sobre el terreno. El Comité de Ocupación envió a dos delegados que denunciaron el carácter ficticio de una asamblea procedente de esta maniobra. Al comprender que se les había engañado la asamblea se dispersó rápidamente.

Al amanecer, los obreros de la N.M.P.P. pidieron ocupantes de la Sorbona para reforzar sus piquetes de huelga, los cuales no habían logrado aún imponer el paro del trabajo. El Comité de Ocupación envió voluntarios. En la línea número 2 del metro, un comité de acción anti-sindical trató de poner en huelga a la

R.A.T.P. Un centenar de fábricas iban a ser ocupadas en la jornada. Desde la mañana temprano, los obreros de las empresas parisinas en huelga, comenzando por Renault, llegaban a la Sorbona para establecer un contacto que los sindicalistas impedían en las puertas de las fábricas.

La asamblea general de 14 horas discutió con preferencia una segunda marcha a Billancourt y re-expidió para la sesión de la noche el arreglo de todos los demás problemas. La F.E.R. intentó sin resultado invadir la tribuna y su líder habló, igualmente sin resultado, para impedir esta segunda marcha; o al menos si a pesar de todo tenía lugar, que enarbolase un solo slogan -para-estaliniano-: "Frente único obrero". Sin duda, la F.E.R. se veía ya reconocida en un tal "Frente", con la S.F.I.O. y el P.C. Durante toda la crisis la F.E.R. fue al partido estaliniano lo que el partido estaliniano es al Gaullismo. El apoyo pasó antes que la rivalidad y evidentemente los mismos buenos servicios tuvieron, a sus respectivos niveles, el mismo salario de ingratitud. Acababa de aparecer un comunicado de la C.G.T.-Renault desaconsejando "a los iniciadores de esta marcha mantener esta iniciativa". La marcha tuvo lugar, fue recibida como la víspera. La C.G.T. se había desacreditado todavía más ante los obreros, fijando carteles en el interior y en el exterior de la fábrica con la ridícula calumnia: "Jóvenes trabajadores, elementos revolucionarios tratan de suscitar la división en nuestras filas para debilitarnos. Estos extremistas no son más que agentes de la burguesía que cobran incluso grandes recompensas del empresariado."

El Comité de Ocupación había aún editado, a las 13 horas, una octavilla procedente de los obreros que habían lanzado la huelga en Renault, explicando cómo jóvenes trabajadores habían atraído a la base de algunas secciones, obligando a los sindicatos a aprobar más tarde el movimiento que habían tratado de evitar: "Los obreros esperan que cada noche vengan a las puertas gentes para sostener en masa un movimiento de masa." A la misma hora se enviaron telegramas varios países que explicaban la posición revolucionaria de la Sorbona ocupada. Cuando por fin la asamblea se reunió a las 20 horas, las condiciones que habían alterado su funcionamiento en sus comienzos no se habían mejorado en absoluto. La sonorización no funcionaba más que el tiempo exacto que duraban algunas intervenciones y se paraba para otras. La dirección de los debates y sobre todo la puesta a votación de una moción dependía técnicamente de un grotesco desconocido,

evidentemente testafarro de la U.N.E.F., que se había elegido desde el primer momento de la ocupación presidente permanente de las asambleas generales y que, refractario a cualquier desaprobación y humillación, se aferró a este puesto hasta el final. La F.E.R. que ingenuamente había publicado por la mañana su intención de "restablecer la situación" del movimiento, trató aún de invadir la tribuna. Los manipuladores de todas las sectas cooperan para impedir que la asamblea general se pronunciase sobre las actividades del Comité de Ocupación, que acababa de restituir su mandato, y principalmente sobre el llamamiento a la ocupación de las fábricas. Esta obstrucción se acompañó con una campaña de denigración, que se fijaba más bien en los detalles destinados a ahogar al pez: un "aspecto Sainé-Germain-des-Prés", desorden en el edificio, el desprecio demostrado a los pequeños partidos de izquierdistas y a la U.N.E.F., un comentario sobre la ocupación de Sainte-Anne en la que algunos pretendieron haber comprendido un llamamiento a la "liberación de los locos", otras miserias. La asamblea demostró ser incapaz de hacerse respetar. El ex-Comité de Ocupación, al no poder obtener el voto sobre su gestión y al no querer de ninguna forma representar un rol en las luchas de influencia y los compromisos que se hacían entre bastidores para el nombramiento del Comité siguiente, anunció su retirada de la Sorbona donde a partir de ahora la democracia directa estaba estrangulada por los burócratas. Todos sus partidarios salieron al mismo tiempo y el servicio de orden se disolvió, mientras que la F.E.R., que desde hacía más de una hora amenazaba la tribuna, aprovechó esto para abalanzarse sobre ella. No obstante, no pudo anexionarse la gestión de la Sorbona, donde deberían seguir hasta el final los mismos repartos de influencia. Por todos estos hechos, el veredicto del Comité de Ocupación fue desgraciadamente confirmado.

Si el fracaso de un esbozo de democracia de consejo en la Sorbona fue sin duda perjudicial para la continuación del movimiento de las ocupaciones, que precisamente debía conocer en este terreno su principal fallo, del que se deriva su fracaso general, de todas formas es cierto que al punto en que se llegó en este momento por la crisis, ningún grupo tenía fuerza suficiente para intervenir en un sentido revolucionario con un notable efecto. Efectivamente, todas las organizaciones que tenían un cierto peso en el desarrollo ulterior eran enemigas de la autonomía obrera. Todo dependería de las relaciones de fuerza

en las fábricas entre los obreros, aislados y separados en todas partes, y la potencia conjunta del Estado y de los sindicatos.

CAPÍTULO 5

La huelga general salvaje

En Francia, es suficiente que uno sea algo, para querer serlo todo.

MARX,
Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel

Durante la jornada del 17 de mayo, la huelga se extendió a casi toda la industria metalúrgica y química. Después de los de Renault, los obreros de Berliet, Rhodiaceta, Rhône-Poulenc y S.N.E.C.M.A. decidieron ocupar las fábricas. Varias estaciones estaban en manos de los ferroviarios y quedaban pocos trenes en circulación. Los empleados de correos ocupaban ya los centros de clasificación. El 18 la huelga ganó Air-France y la R.A.T.P. Comenzada por algunas ocupaciones ejemplares en provincias, la huelga se había extendido a la región parisina para afectar el conjunto del país. Desde este momento incluso los sindicatos ya no podían dudar que esta reacción en cadena llevaría la huelga general. Espontáneamente iniciado, el movimiento de las ocupaciones se había afirmado desde el principio contra todas las consignas y todo control de los sindicatos. "En la dirección de la Regie, señalaba *Le Monde* del 18 de mayo, se subraya el carácter salvaje del desencadenamiento del movimiento después de la huelga del 13 de mayo, que se había seguido moderadamente en provincias. Igualmente se estima paradójico que el foco de protesta se sitúe en una empresa donde precisamente sobre el plan social no existían más que conflictos de rutina relativamente sin importancia." La amplitud de la huelga forzó a los sindicatos a una contraofensiva rápida que iba a demostrar con una evidencia particularmente brutal su función natural de guardianes del orden capitalista en las fábricas. La estrategia sindical perseguía su fin principal: destruir la huelga. Para hacer esto, los sindicatos que tenían una considerable tradición de esquirolas de huelgas salvajes, se ocuparon en reducir este vasto movimiento de huelga general en una serie de huelgas de empresa yuxtapuestas. La C.G.T. se

puso a la cabeza de esta contra-ofensiva. El 17 de mayo, su Consejo confederal se reunía y declaraba: "La acción comenzada por la *iniciativa de la C.G.T.* y con otras organizaciones sindicales²⁵ crea una nueva situación y reviste una importancia excepcional." La huelga se aceptaba así, pero rechazando toda consigna de huelga general. Sin embargo, los obreros votaron en todas partes la huelga ilimitada con ocupación. Para convertirse en los amos de un movimiento que les amenazaba directamente, las organizaciones burocráticas debían primero frenar las iniciativas de los trabajadores y hacer frente a la naciente autonomía del proletariado. Se apoderaron, pues, de los Comités de huelga, que se convirtieron en seguida en un verdadero poder policíaco encargado de *aislar* a los obreros en las fábricas y de formular en su nombre sus propias reivindicaciones. Mientras que en las puertas de casi todas las fábricas los piquetes de huelga, siempre a las órdenes de los sindicatos, impedían a los obreros hablar por sí mismos, hablar a los demás y oír hablar a las corrientes más radicales que se manifestaban entonces, las direcciones sindicales se encargaban de reducir el conjunto del movimiento a un programa de reivindicaciones estrictamente profesionales. El espectáculo de la disputa burocrática alcanzó su fase de parodia cuando se vio a la C.F.D.T., recientemente descristianizada, atacar a la C.G.T., acusada -con mucha razón- de atenerse a las "reivindicaciones alimenticias", proclamar: "Por encima de las reivindicaciones materiales, lo que se plantea es el problema de la gestión y de la dirección de la empresa." Esta demagogia electoral de un sindicato con vocación modernista llegó hasta a proponer la "autogestión" como forma del "poder obrero en la empresa". Se pudo ver entonces a los dos grandes falsificadores tirarse a la cabeza la verdad de su propia mentira: el estaliniano Seguy calificando la autogestión de "fórmula hueca", el cura Descamps vaciándola de su contenido real. De hecho esta disputa de antiguos y de modernos en relación con las mejores formas de defensa del capitalismo burocrático, preludiaba a su acuerdo fundamental sobre la necesidad de negociar con el Estado y el empresariado.

El lunes 20 de mayo, aparte de algunos sectores que no iban a tardar en unirse al movimiento, la huelga con ocupación era general. Había seis millones de huelguistas; había más de diez en los días siguientes. La C.G.T. y el P.C., desbordados por todas

²⁵ La espantosa mentira la hemos subrayado nosotros con esmero.

partes, denunciaban cualquier idea de "huelga insurreccional" haciendo como si endurecieran sus posiciones reivindicativas. Seguy declaraba que sus "expedientes estaban listos para una eventual negociación". Para los sindicatos, toda la fuerza revolucionaria sólo debía servir para hacerles presentables a los ojos de un gobierno inexistente y de un empresariado efectivamente desposeído.

La misma comedia se representaba al nivel político. El 22 de mayo la moción de censura se aplazó ante la indiferencia general. Había más cosas de interés en las fábricas y en las calles que en todas las asambleas del Parlamento y de los partidos reunidos. La C.G.T. llamó a una "jornada de reivindicación" para el viernes 24. Pero, entre tanto, la interdicción de residencia notificada a Cohn-Bendit iba a reactivar la lucha en la calle. El mismo día se improvisó una manifestación de protesta para preparar la del día siguiente, viernes. El desfile de los cegetistas comenzado a las 14 horas se clausuró tranquilamente por un discurso particularmente senil de De Gaulle.

Sin embargo, a la misma hora millares de manifestantes habían decidido, una vez más, desafiar simultáneamente a la policía y al servicio de orden estudiantil. La participación masiva de los obreros en esta manifestación condenada por el P.C. y la C.G.T. demostraba negativamente hasta qué punto estos últimos podían ofrecer el espectáculo de una fuerza que ya no les pertenecía.

Unos treinta mil manifestantes se habían concentrado entre la estación de Lyon y la Bastilla. Se propusieron ir al Ayuntamiento, pero evidentemente la policía ya había cerrado todas las salidas; inmediatamente se levantó la primera barricada. Esto dio la señal a una serie de enfrentamientos que se prolongaron hasta el amanecer. Una parte de los manifestantes consiguieron llegar y saquear la Bolsa. El incendio, que hubiera respondido al deseo de varias generaciones de revolucionarios, sólo destruyó superficialmente este "templo del capital". Varios grupos se habían diseminado en los barrios de la Bolsa, Halles y la Bastilla hasta la Nation; otros llegaron a la *rive gauche* y se mantuvieron en el Barrio Latino y St. Germain-des-Prés, antes de retroceder hasta Debfert-

Rochereau. La violencia alcanzó su punto culminante,²⁶ había dejado de ser el monopolio de los "estudiantes"; era el privilegio del proletariado. Dos comisarías fueron saqueadas en pleno entusiasmo: las de Odeon y de la calle Beaubourg. Ante las narices de los policías impotentes, dos autocares y un coche de policía fueron incendiados a base de cocktails Molotov delante de la comisaría del Pantheon.

En el mismo momento, varios millares de amotinados lyoneses combatían a la policía atropellando a un comisario al lanzarle un camión lleno de piedras y llegaron más lejos que sus camaradas de París al organizar el saqueo de unos grandes almacenes. Se luchaba en Burdeos, donde la policía escogió la tregua, en Nantes e incluso en Estrasburgo. Así, pues, los obreros habían entrado en lucha no solamente contra sus sindicatos, sino además simpatizando con un movimiento de estudiantes y aún mejor, con gamberros, con vándalos que defendían slogans absolutamente escandalosos que iban del "Yo gozo en los adoquines" hasta "No trabajéis jamás". Ninguno de los que vinieron al encuentro de los revolucionarios fuera de las fábricas para buscar con ellos una base de acuerdo puso ninguna reserva sobre este aspecto extremo del movimiento. Al contrario, los trabajadores no dudaron en construir las barricadas, quemar coches o saquear comisarías y hacer del bulevar St. Michel un vasto jardín, codo a codo con los que, desde el día siguiente, Fouchet y el partido llamado Comunista llamaban el "hampa". El día 25, el gobierno y las organizaciones burocráticas respondían conjuntamente a este preludio insurreccional que les había hecho temblar. Sus respuestas fueron complementarias: los dos deseaban la prohibición de las manifestaciones y la negociación inmediata; cada uno tomó la decisión deseada por el otro.

²⁶ Se declaró que había un muerto entre los manifestantes. A la desgraciada víctima se la utilizó mucho: dijeron que se había caído de un tejado; después que la habían apuñalado al oponerse al hampa que manifestaba, en fin, el informe del médico forense divulgado varias semanas después concluyó en muerte provocada por un casco de granada.

CAPÍTULO 6

Profundidad y límite de la crisis revolucionaria

Era una fiesta sin comienzo ni fin; yo veía a todo el mundo y no veía a nadie; porque cada individuo se perdía en la misma muchedumbre incontrolada y errante; hablaba a todo el mundo sin recordar ni mis palabras ni las de los demás, ya que la atención estaba absorbida en cada momento por los acontecimientos y objetos nuevos, por noticias inesperadas.

BAKUNIN
Confesiones

El movimiento de las ocupaciones, que se había apoderado de las zonas-claves de la economía, alcanzó muy rápidamente a todos los sectores de la vida social, tomó todos los puntos de control de la economía del capitalismo y de la burocracia. El hecho de que la huelga se extendía ahora a actividades que siempre habían escapado a la subversión hacía más evidentes aún dos de las antiguas pruebas del análisis situacionista: la creciente modernización del capitalismo lleva consigo la proletarización de un estrato más grande de la población; a medida que el mundo de la mercancía extiende su poder a todos los aspectos de la vida produce en todas partes la extensión y el estudio de las fuerzas que le niegan.

La violencia de lo negativo fue tal que, no solamente movilizó las reservas al lado de las fuerzas de choque, sino que además permitió a la canalla que se ocupaba en reforzar lo positivo del mundo dominante de pagarse una forma de protesta. Así hemos visto desarrollarse paralelamente las luchas reales y su caricatura, a todos los niveles y en todos los momentos. Desde el principio, la acción iniciada por los estudiantes en las universidades y en la calle había encontrado su repercusión en los institutos. A pesar de ciertas ilusiones sindicalistas en los Comités d'Action Lycéens (C.A-L-), los alumnos de segunda

enseñanza probaron, por su combatividad y su conciencia, que se pronosticaban menos como futuros estudiantes que como los futuros enterradores de la sociedad. Mucho más que los universitarios los profesores de instituto supieron hacerse educar por sus alumnos. Fueron masivamente a la huelga a la que a su turno los maestros tomaron una posición muy dura. Ocupando los sitios de trabajo, los empleados de banco, de sociedades de seguro, de grandes almacenes, protestaron a la vez contra su condición de proletario y contra un sistema de servicio que hace de cada uno el servidor del sistema. Lo mismo los huelguistas de la O.R.T.F. a pesar de la creencia en una "información objetiva" habían entrevisto confusamente su reificación y sentido el carácter fundamentalmente falso de cualquier comunicación asidua en la jerarquía. La ola de solidaridad que arrastraba el entusiasmo de los explotados no conoció límites. Los estudiantes del Conservatorio de Arte Dramático se instalaron en los locales y participaron masivamente a las fases más dinámicas del movimiento. Los del Conservatorio de Música reclamaban una "música salvaje y efímera" en una octavilla donde proclamaban "será necesario que nuestras reivindicaciones sean aceptadas en un tiempo determinado, si no esto será la revolución"; encontraron ese *tono congolés* que lumumbistas y muletistas hicieron popular en el mismo momento en que el proletariado de los países industrializados comenzaba a experimentar su posible independencia y que expresa también lo que temen todos los poderes, la ingenua espontaneidad a la conciencia política. Aparente la fórmula irrisoria en sí, "todos somos judíos alemanes" tomaba en boca de los árabes, que la acompañaban el 24 en la Bastilla, una resonancia verdaderamente inquietante, ya que cada uno pensaba que haría falta vengar la masacre de octubre de 1961, y que ninguna diversión sobre este tema de la guerra israelo-árabe podría impedirlo. La toma del trasatlántico *France* por su equipaje a lo largo del Havre tuvo, a pesar de su mínima consecuencia, el mérito de recordar a los que reflexionaban ahora por las posibilidades de la revolución que el gesto de los marinos de Odesa, de Cronstadt y de Kiel no pertenecía al pasado. Lo insólito se convertía en cotidiano a medida que lo cotidiano se abría a asombrosas posibilidades de cambio. Los investigadores del Observatorio de Medun pusieron en autogestión el observatorio astronómico. La Imprenta Nacional estaba en huelga. Los enterradores ocuparon los cementerios. Los futbolistas echaron a los dirigentes de su federación y redactaron una octavilla en la que reclamaban "el

fútbol para los futbolistas". La vieja topo no escatimaba nada, ni los antiguos privilegios ni los nuevos. Los internos y los jóvenes médicos habían liquidado la feudalidad que reinaba en su facultad, habían escupido sobre los "patrones" antes de expulsarlos, se pusieron en contra de la Orden de Medicina e hicieron el proceso de las concepciones médicas. Los "cuadros contestatarios" llegaron hasta denunciar su propio derecho a la autoridad como privilegio negativo para consumir más y, por consiguiente, de vivir menos. No faltó más que los agentes publicitarios que siguieran el modelo de los proletarios que exigían el fin del proletariado, deseando la liquidación de la publicidad.

Esta voluntad, claramente manifestada, de un cambio real ponía mejor en evidencia las maniobras irrisorias y repugnantes de los falsificadores, de los que hacían oficio de vestir al viejo mundo de cambios aparentes. Si los curas la han podido traer de nuevo sin que las iglesias se les caigan en la cabeza, es porque la espontaneidad revolucionaria - la que prescribió en la España de 1936 el buen empleo de los edificios religiosos - sufría todavía el yugo del estalino-guevarismo. Desde entonces no tenía nada de extraño que sinagogas, templos, iglesias, se convirtiesen en "centros de protesta" para servir la vieja mistificación al gusto del día y con la bendición de aquellos que se alimentaban con la sopa modernista desde hacía medio siglo. Puesto que se toleraban los consistorios ocupados y los teólogos leninistas se volvía difícil asfixiar en su propia insuficiencia a los directores de museos que reclamaban el saneamiento de sus almacenes, a los escritores que reservaban el Hotel de Massa, que estaba curado de espanto, a los poceros de élite de la cultura, a los cineastas que recuperaron en película lo que la violencia insurreccional no tenía tiempo de destruir, en fin, a los artistas que relamían la vieja hostia del arte revolucionario.

Sin embargo, en el espacio de una semana millones de gentes habían roto con el peso de las condiciones alienantes, con la rutina de la supervivencia, con la falsificación ideológica, con el mundo al revés del espectáculo. Por primera vez desde la Comuna de 1871, y con mejor porvenir, el hombre individual real absorbía al ciudadano abstracto; en tanto que hombre individual en su vida empírica, en su trabajo individual, en sus relaciones individuales, se volvía un ser genérico y reconocía así sus propias fuerzas como fuerzas sociales. La fiesta concedía por fin verdaderas vacaciones a quienes no conocían más que días

de salario y de permiso. La pirámide jerárquica se había fundido como un pan de azúcar al sol de mayo. Ya no había ni intelectuales ni obreros, sino revolucionarios dialogando por todas partes, generalizando una comunicación en la que sólo los intelectuales obreristas y otros candidatos a dirigentes se sentían excluidos. En este contexto la palabra "camarada" había encontrado su sentido auténtico, señalaba verdaderamente el fin de las separaciones; y los que la empleaban a la estaliniana comprendieron rápidamente que hablar la lengua de los lobos les denunciaba más bien como perros guardianes. Las calles pertenecían a quienes las desadoquinaban. La vida cotidiana, redescubierta de repente, se convertía en el centro de todas las conquistas posibles. Gentes que habían trabajado siempre en oficinas ocupadas ahora declaraban que ya no podrían vivir nunca como antes, ni siquiera un poco mejor que antes. Se sentía muy bien en la revolución naciente que sólo habría retrocesos tácticos y ya no renunciamentos. Cuando la ropación del Odeon, el director administrativo se retiró al fondo de la escena, después, pasado el momento de sorpresa dio unos pasos hacia delante y exclamó: "Ahora que le habéis tomado, guardadlo, no lo devolváis jamás, quemadlo más bien" - y que el Odeon momentáneamente devuelto a su chusma cultural no haya sido quemado demuestra que sólo estábamos en el estreno. El tiempo capitalizado se había parado. Sin tren, sin metro, sin coche, sin trabajo, los huelguistas recuperaron el tiempo tan tristemente perdido en las fábricas, en la carretera, ante la televisión. Se vagaba por la calle, se soñaba, se aprendía a vivir. Por primera vez hubo verdaderamente una juventud. No la categoría social inventada para las necesidades de la causa mercantil por los sociólogos y los economistas, sino la única juventud real, la del tiempo vivido sin tiempo muerto, la que rechaza la referencia policiaca de la edad en provecho de la intensidad ("viva la efímera juventud marxista-pesimista", decía una inscripción). La teoría radical reputada difícil por los intelectuales incapaces de vivirla, se volvía tangible para todos aquellos que la sentían en sus mínimos gestos de rechazo y es por lo que no tenían ninguna dificultad en exponer en los muros la formulación teórica de lo que deseaban vivir. Era suficiente una noche de barricadas para que los *blousons noirs* se politicen y se encuentren en perfecto acuerdo con la fracción más avanzada del movimiento de las ocupaciones. A las condiciones objetivas, previstas por la I.S. y que naturalmente llegaban a reforzar y propagar sus tesis, se añadió la ayuda técnica de las imprentas ocupadas, Algunos impresores fueron entre los raros

huelguistas²⁷ que, superando la fase estéril de la ocupación pasiva, decidieron sostener prácticamente a aquellos que se mantenían en la punta del combate. Octavillas y carteles que apelaban a la constitución de los Consejos Obreros obtuvieron de esta forma grandes tiradas. La acción de los impresores obedecía a una conciencia clara de la necesidad en que el movimiento se encontraba de poner al servicio de todos los huelguistas los instrumentos de producción y los centros de consumo, pero también a una solidaridad de clase que tomó en otros trabajadores una forma ejemplar. El personal de la fábrica Scumberger precisó que su reivindicación "no se refería de ninguna manera a los salarios" y entró en huelga para sostener a los obreros particularmente explotados de Danone, la fábrica vecina. Los empleados de la F.N.A.C. declararon igualmente en una octavilla que: "Nosotros, trabajadores de los almacenes de la F.N.A.C., no nos hemos puesto en huelga por la satisfacción de nuestras necesidades particulares, sino para participar en el movimiento que moviliza actualmente diez millones de trabajadores manuales e intelectuales..."

El reflejo del internacionalismo, que los especialistas de las coexistencias pacíficas y de las guerrillas exóticas habían enterrado prematuramente en el olvido o en las oraciones fúnebres del estúpido Regis Debray, reapareció con una fuerza que parece augurar la próxima vuelta de las Brigadas Internacionales. Al mismo tiempo, todo el espectáculo de la política extranjera, Vietnam en cabeza, se disolvió súbitamente revelando lo que nunca había dejado de ser: falsos problemas para falsas protestas. Se aclamó la toma de Bumidon por los Antillese, las ocupaciones de residencias universitarias internacionales. Raramente fueron quemadas tantas banderas nacionales por tantos extranjeros resueltos a terminar de una vez para siempre con el símbolo del Estado, antes de terminar con los mismo Estados. El gobierno francés supo responder a este internacionalismo entregando a la prisión de todos los países a los españoles, iraníes, tunecinos, portugueses, africanos y a todos aquellos que soñaban en Francia una libertad prohibida en su país.

²⁷ Una empresa de la periferia oeste fabricó *walkie-talkies* para uso de los manifestantes. Los empleados de correos de varias ciudades aseguraron las comunicaciones para los huelguistas.

Toda la charlatanería sobre las reivindicaciones parciales no bastaba para borrar un solo momento de libertad vivida. En algunos días, la certeza del cambio total posible había llegado a un punto sin retorno. La organización jerárquica, tocada en sus fundamentos económicos, dejaba de aparecer como una fatalidad. El rechazo de los jefes y de las fuerzas de orden, como la lucha contra el Estado y sus policías, se había convertido primeramente en una realidad en los lugares de trabajo, donde empresarios y dirigentes de todas clases habían sido expulsados. Incluso la presencia de aprendices a dirigentes, hombres de los sindicatos y de los partidos, no podía borrar del ánimo de los revolucionarios que lo que se había hecho más apasionadamente se había operado sin dirigentes y además contra ellos. El término "estalinismo" fue así reconocido por todos como el peor insulto en la jauría política.

El paro del trabajo, como fase esencial de un movimiento que apenas ignoraba su carácter insurreccional, metía en la mente de cada uno esta evidencia primordial de que el trabajo alienado produce la alienación. El derecho a la pereza se confirmaba, no solamente en pintadas populares como "No trabajéis jamás" o "Vivir sin tiempo muerto, gozar sin trabas", sino sobre todo en el desencadenamiento de la actividad lúdica. Fourier ya señalaba que serían necesarias varias horas de trabajo a obreros para construir una barricada que los amotinados levantan en unos minutos. La desaparición del trabajo forzado coincidía necesariamente con la rienda suelta a la creatividad en todos los dominios: pintadas, lenguaje, comportamiento, táctica, técnica de combate, agitación, canciones, carteles y comics. Cada uno podía medir así la suma de energía creativa prostituida en los periodos de supervivencia, en los días condenados al rendimiento, al shopping, a la tele, a la pasividad erigida en principio. Se podía estimar con el contador Geiger la tristeza de las fábricas de ocio donde se paga para consumir con aburrimiento las mercancías que se producen en el hastío que hace los ocios deseables. "Bajo los adoquines, la playa". Hacía constar alegremente un poeta de muralla, mientras que una carta aparentemente firmada por el C.N.P.F. aconsejaba cínicamente a los trabajadores olvidar las ocupaciones de fábricas y aprovechar sus aumentos de sueldo para pasar sus vacaciones en el "Club Mediterráneo".

Con la agresividad que pusieron las masas era indiscutible que a quien se apuntaba era al sistema de la mercancía. Si hubo pocos

saqueos, muchos escaparates sufrieron la crítica del adoquín. Hace mucho tiempo que los situacionistas preveían que la incitación permanente para aprovechar los más diversos objetos, a cambio de una insidiosa contrapartida en dinero, provocaría la ira de las masas engañadas y tratadas como agentes consumidores. Los coches automóviles que acumulan en ellos mismos la alienación del trabajo y del ocio, el aburrimiento mecánico, la dificultad para desplazarse y la rabia permanente de su propietario atrajeron principalmente la cerilla (uno tiene el derecho de extrañarse de que los humanistas, de ordinario dispuestos a denunciar la violencia, no hayan aplaudido a un gesto saludable que salva de la muerte a gran cantidad de personas prometidas cada día a los accidentes de carretera). La falta de dinero, ocasionada por el cierre de los bancos, no fue sentida como una molestia, sino como un aligeramiento de las relaciones humanas. Hacia el final de mayo, comenzaba a hacerse a la idea de la desaparición de la moneda. La solidaridad efectiva mitigaba a las deficiencias del mantenimiento individual. La comida era distribuida gratuitamente en muchos sitios ocupados por los huelguistas. Por otra parte, nadie ignoraba que en caso de prolongación de la huelga hubiese sido necesario recurrir a las requisiciones y así inaugurar un verdadero período de abundancia.

Esta forma de coger las cosas por la raíz era verdaderamente la teoría realizada, el rechazo práctico de la ideología. De modo que los que actuaban así radicalmente se encontraban doblemente capacitados para denunciar la distorsión de lo real que efectuaban, en su palacio de espejos, los aparatos burocráticos en lucha para imponer en todas partes su propio reflejo: combatían por los objetivos más avanzados del proyecto revolucionario y del que podían hablar en nombre de todos y con conocimiento de causa. Medían mejor la distancia que existe entre la práctica de la base y las ideas de los dirigentes. Desde las primeras asambleas de la Sorbona, aquellos que pretendieron hablar en nombre de un grupo tradicional y de una política especializada fueron abucheados y puestos en la imposibilidad de tomar la palabra. Los barricadores nunca juzgaron necesario hacerse explicar por los burócratas confirmados o en potencia, por quien combatían. Sabían muy bien, por el placer que tomaban, que combatían por ellos mismos y esto les bastaba. Este fue el elemento motor de una revolución que ningún aparato podía tolerar. Ahí se ejercieron principalmente los frenazos.

La crítica de la vida cotidiana comenzó a modificar con éxito el decorado de la alienación. La calle Gay Lussac se llamó calle del 11 de mayo, las banderas rojas y negras prestaron una apariencia humana a las fachadas de los edificios públicos. La perspectiva haussmaniana de los bulevares fue corregida, las zonas verdes repartidas de nuevo y prohibidas a la circulación rápida. Cada uno hizo a su manera la crítica del urbanismo. En cuanto a la crítica del proyecto artístico, no era entre los viajantes del happening ni entre los palizas de vanguardia donde había que buscarla, sino en la calle, en los muros y en el movimiento general de emancipación que llevaba en él la misma realización del arte. Los médicos, tan frecuentemente apegados a la defensa de intereses corporativistas, pasaron al campo de la revolución denunciando la función policiaca que se les imponía. "La sociedad capitalista, bajo el pretexto de una aparente neutralidad (liberalismo, vocación médica, humanismo no-combatiente...), ha colocado al médico al lado de las fuerzas de represión: está obligado a mantener a la gente en estado de trabajo y de consumo (ejemplo: medicina del trabajo), está encargado de hacer aceptar a las gentes una sociedad que les pone enfermos (ejemplo: psiquiatría)." (*Medicina y represión*), octavilla editada por el Centro nacional de los jóvenes médicos). Esto les honra a los internos y a los enfermeros del hospital psiquiátrico de Saint-Anne por denunciar prácticamente este universo concentracional ocupando los lugares, expulsando a las inmundicias que Breton deseaba ver reventar y aceptando en el comité de ocupación a representantes de los supuestos enfermos.

Raramente se ha visto tanta gente denunciar tantas cosas normales y sin duda un día será necesario comprobar que en mayo de 1968 el sentimiento de profundos trastornos procedió a la transformación real del mundo y de ella vida. La actitud *manifiestamente consejista* ha precedido así a la aparición de los Consejos. Ahora bien, lo que los recientes reclutas del nuevo proletariado puedan realizar, los obreros lo harán mejor desde el momento en que salgan de las jaulas donde los mantienen los monos del sindicalismo; es decir, muy pronto, si nos remitimos a slogans como "linchemos a Seguy".

La formación de los Comités de acción de base fue un signo particular y positivo del movimiento; sin embargo, contenía en ella la mayoría de los obstáculos que los iban a destrozar. Al principio procedía de una profunda voluntad de librarse de las

manipulaciones burocráticas y de comenzar una acción autónoma en la base, en el marco de la subversión general. Así los Comités de acción organizados en las fábricas Rhone-Poulenc en la N.M.P.P. y en ciertos almacenes, por no citar más que estos, pudieron desde el principio lanzar y endurecer la huelga contra todas las maniobras sindicales. Igualmente éste fue el caso de los Comités de acción "estudiantes-obreros" que lograron acelerar la extensión y el fortalecimiento de la huelga. Sin embargo, lanzada por "militantes", la fórmula de los Comités de base sufrió por este pobre origen. La mayoría eran una presa fácil para los profesionales de la infiltración, se dejaban paralizar por las disputas sectarias, sólo podían animar a las buenas voluntades ingenuas. Así, muchos desaparecieron. Otros, por su eclecticismo y su ideología hastiaron a los trabajadores. Sin una toma directa sobre las luchas reales, la fórmula favoreció a todas las caricaturas, a todas las recuperaciones (C.A. Odeon. C.A. Escritores, etc.).

La clase obrera había realizado espontáneamente lo que ningún sindicato, ningún partido podía ni quería hacer en su lugar: la iniciación de la huelga y la ocupación de las fábricas. Había hecho lo esencial, sin lo cual nada hubiera sido posible, pero no hizo nada más y dejó entonces la ocasión a las fuerzas exteriores de desposeerla de su victoria y hablar en su lugar. El estalinismo interpretó ahí su mejor rol después de Budapest. El partido comunista y su apéndice sindical constituían la principal fuerza contra-revolucionaria que puso trabas al movimiento. Ni la burguesía ni la socialdemocracia hubieran podido combatirlo tan eficazmente. Debido a que era la central más potente y sustentaba la mayor dosis de ilusiones, la C.G.T. apareció sin duda como el peor enemigo de la huelga. De hecho, todos los demás sindicatos perseguían el mismo fin. Por lo tanto, nadie encontró tan bella frase como *l'Humanité* al titular con indignación: "El gobierno y el empresariado prolongan la huelga".²⁸

²⁸ Una octavilla del 2 de junio, citada en el I.G.O., núm. 72, firmada por el delegado de un comité de obreros y estudiantes suecos de Gotemburgo, relata que Tomasi, representante de la C.G.T.-Renault, rehusó la suma recolectada alegando "que la huelga actual es un *asunto francés* y no atañe a los demás países; que los obreros franceses eran 'obreros evolucionados' y no les faltaba de nada, particularmente dinero... que *la huelga presente no era de ningún modo revolucionaria*, que se trataba únicamente de 'reivindicaciones', que la

En la sociedad capitalista moderna, los sindicatos no son una organización obrera degenerada, ni organización revolucionaria traicionada por sus dirigentes burocráticos, sino un mecanismo de integración del proletariado en el sistema de explotación. Reformista por esencia, el sindicato - cualquiera que sea el contenido político de la burocracia que lo dirige - sostiene la mejor defensa del empresariado devenido reformista a su vez (se vio bien en el sabotaje de la gran huelga salvaje belga de 1960-61 por el sindicato socialista). Constituye el freno a cualquier voluntad de emancipación total del proletariado. A partir de ahora cualquier revuelta de la clase obrera se hará en primer lugar contra sus propios sindicatos. Es la verdad elemental que los neo-bolcheviques rehúsan reconocer.

Mientras lanzaban la consigna "revolución" se quedaron en la esfera de la contra-revolución: trotskistas y maoístas de todas las salsas se han definido siempre en relación al estalinismo oficial. Por esto mismo han contribuido a alimentar ilusiones del proletariado sobre el P.C.F. y los sindicatos. No tiene nada de extraño que una vez más griten contra la traición allí donde no se trataba más que de una conducta burocrática natural. Defendiendo a sindicatos más "revolucionarios" todos sueñan infiltrarse un día. No solamente no ven lo moderno, sino que se obstinan en reproducir los errores del pasado: constituyen la mala memoria del proletariado resucitando todas las revoluciones fracasadas de nuestra época desde 1917 hasta las revoluciones campesinas-burocráticas china y cubana. Su fuerza de inercia antihistórica ha pesado mucho en el platillo de la contrarevolución y su prosa ideológica ha contribuido a falsificar estos diálogos reales que se entablaban un poco por todas partes.

Pero todos estos obstáculos objetivos, exteriores a la acción y a la conciencia de clase obrera, no hubieran resistido el espacio de una ocupación de fábrica, si los obstáculos subjetivos propios del proletariado no estuviesen aún ahí. Es que la corriente revolucionaria que movilizó en algunos días a millones de

puesta en marcha de las fábricas por cuenta de los propios obreros era una idea romántica, inadaptada a la situación francesa, que esta huelga era el resultado de la labor paciente y ordenada hecha por los sindicatos durante largos años y que desgraciadamente pequeños grupos de *infiltrados* trataban de oponer a los obreros a los dirigentes sindicales haciendo creer que los sindicatos habían seguido a los obreros en la huelga y no lo contrario."

trabajadores arrancó desde muy abajo. No se soportan impunemente varios decenios de historia contrarevolucionaria. Siempre queda algo y esta vez fue el retraso de la conciencia teórica la más grave de las consecuencias. La alienación mercante, la pasividad espectacular y la separación organizada son los principales triunfos de la abundancia moderna: son en primer lugar estos aspectos a los que se ha acusado por la sublevación de mayo, pero es su parte escondida en la conciencia de las gentes la que ha salvado el viejo mundo. Los proletarios han entrado en lucha espontáneamente armados con su única subjetividad rebelde; la profundidad y violencia de lo que han hecho es la réplica inmediata al insoportable orden dominante; pero finalmente la masa revolucionaria no tuvo tiempo de tener una conciencia exacta y real de lo que hacía. Y es esta inadecuación entre la conciencia y la praxis que queda como marca fundamental de las revoluciones sin acabar. La conciencia histórica es la condición *sine qua non* de la revolución social. Por supuesto, grupos conscientes entrevieron el sentido profundo del movimiento y comprendieron su desarrollo; son ellos los que actuaron con más radicalismo y consecuencia. Pues no son las ideas radicales las que han faltado, sino sobre todo la teoría coherente y organizada.

Aquellos que han hablado de Marcuse como "teórico" del movimiento no sabían de lo que hablaban. No han comprendido ni a Marcuse ni, *a fortiori* el mismo movimiento. La *ideología* marcusiana, ya irrisoria en sí, fue adherida al movimiento como Geismar, Sauvageot y Cohn Bendit fueron "nombrados" para representarlo. Ahora bien, incluso estos confiesan que no conocían a Marcuse.²⁹ En realidad, si la crisis revolucionaria de mayo ha demostrado algo, es exactamente lo

²⁹ Bien que efectivamente hayan leído poco, estos intelectuales recuperadores no se privan a pesar de todo de esconder sus pocas lecturas a fin de servir de modelo a los puros hombres de acción. Postulando una independencia que les vendría de la acción, esperan hacer olvidar que no fueron más que marionetas publicitarias de esta acción representada. Qué pensar, en efecto, de la cínica declaración de GEISMAR en *La Révolte étudiant* (Editions du Seuil: "*Es posible que dentro de veinte años, si conseguimos construir una nueva sociedad y una Universidad nueva dentro de esta sociedad, se encontrarán historiadores e ideólogos para descubrir en un cierto número de opúsculos o de panfletos de filósofos u otros, las fuentes creatrices de lo que va a pasar; pero yo creo que actualmente esas fuentes son informales.*" (¿Subrayado por el autor?) El torpe Geismar se puede quitar el bigote, lo hemos reconocido.

contrario de las tesis marcusianas: a saber, que el proletariado no está integrado y que es la principal fuerza revolucionaria en la sociedad moderna. Pesimistas y sociólogos deben rehacer sus cálculos. Los subdesarrollados, el Poder Negro y los dutschkistas también.

Este retraso histórico también ha engendrado todas las insuficiencias prácticas que han contribuido a paralizar la lucha. Si el principio de la propiedad privada, base de la sociedad burguesa, ha sido pisoteado en todas partes, muy raros son los que han osado ir hasta el final. El rechazo del saqueo no fue más que un detalle: en ninguna parte los obreros procedieron a la distribución de las existencias de mercancías en los grandes almacenes. Casi nunca se decidió la puesta en marcha de ciertos sectores de la producción o de la distribución al servicio de los huelguistas, a pesar de algunos llamamientos aislados en favor de tales perspectivas. De hecho, tal tentativa supone ya otra forma de organización del proletariado distinta de la policía sindical. Y es esta forma autónoma la que más cruelmente ha faltado.

Si el proletariado no llega a organizarse revolucionariamente, no puede vencer. Las lamentaciones trotskistas sobre la ausencia de una "organización de vanguardia" son lo contrario del proyecto histórico de emancipación del proletariado. El acceso de la clase obrera a la conciencia histórica será obra de los mismos trabajadores y es únicamente a través de una organización autónoma como pueden hacerlo. La forma consejista sigue siendo el medio y el fin de esta emancipación total.

Son estos obstáculos subjetivos los que han hecho que el proletariado no haya podido tomar la palabra por él mismo y que a su vez han permitido a los especialistas de la frase, que figuran entre los primeros responsables de estos obstáculos, poder aún pontificar. Pero han sufrido en todas partes donde tropezaron con la teoría radical. Jamás tantas gentes, que tanto lo habían merecido, han sido tratadas *como canalla*: después de los portavoces oficiales del estalinismo, fueron los Axelos, los Godard, los Chatélet, los Morin,³⁰ los Lapassade que se vieron

³⁰ Este cerdo exagera. En su libro idiota, *Mayo 1968: la brecha*, no tiene miedo de acusar a los situacionistas de haber cometido agresiones físicas "de varios contra uno". Decididamente la mentira es un oficio en el ex argumentista. Por

insultados y expulsados de las aulas de la Sorbona, como en las calles, cuando venían a proseguir sus buenos oficios y su carrera. Seguramente que estos reptiles no se arriesgaban por esto a morir de vergüenza. Han esperado su hora, la derrota del movimiento de las ocupaciones, para recomenzar su trabajo al gusto del día. ¿No se veían enunciados en el programa de la imbécil "Universidad de Verano" (en *Le Monde* del 3 de julio) a Lapassade para la autogestión, Lyotard con Chatélet para la filosofía contemporánea, y Godard, Sartre y Butor en su "Comité de Apoyo"?

Evidentemente, todos aquellos que obstaculizaron la transformación revolucionaria del mundo no se han transformado ellos mismos ni un pelo. Tan inquebrantables como los estalinianos que han caracterizado suficientemente este nefasto movimiento por el simple hecho de que les ha hecho perder las elecciones, los leninistas de los partidos trotskistas no han encontrado más que la confirmación de su tesis sobre la falta de un partido dirigente de vanguardia. En cuanto al primer llegado de los espectadores, ha coleccionado o vendido las publicaciones revolucionarias y ha corrido comprar las fotos de ellas barricadas reveladas en *posters*.

tanto, debe saber que un solo situacionista le haría correr hasta Versalles, e incluso hasta Plomedet.

CAPÍTULO 7

El punto culminante

Concluamos: aquellos que no saben cambiar de método, cuando los tiempos lo exigen, sin duda prosperan tanto que su marcha se concuerda con la de la Fortuna; pero se pierden cuando esta llega a cambiar. Por lo demás, pienso que más vale ser demasiado atrevido que demasiado circunspecto...

MAQUIAVELO:
El Príncipe

En la mañana del 27 de mayo, Seguy fue a exponer a los obreros de Renault-Billancourt los acuerdos concluidos entre los sindicatos, el gobierno y el empresariado. Unánimemente los trabajadores abuchearon al burócrata que - todo su discurso lo atestiguaba - había venido con la esperanza de hacerse plebiscitar por este resultado. Ante la ira de la base, el estaliniano se resguardó detrás de un detalle callado hasta entonces y efectivamente esencial: no sería firmado nada sin la ratificación de los obreros. Estos al rechazar los acuerdos, la huelga y la negociación tenían que continuar. A continuación de Renault todas las empresas rechazaron las migajas con que la burguesía y sus auxiliares habían contado pagar la reanudación del trabajo.

El contenido de los "acuerdos de Grenelle" no contenía, por supuesto, nada como para levantar el entusiasmo de las masas obreras, que se sabían virtualmente dueñas de la producción que paralizaban desde hacía seis días. Estos acuerdos mejoraban los salarios en un 7 % y fijaban el salario horario mínimo garantizado por la ley (S.M.I.G.) de 2,22 a 3 francos; es decir, que el sector más explotado de la clase obrera, particularmente en provincias, que ganaba 348,80 francos al mes, tenía en adelante un poder adquisitivo más adaptado a la "sociedad de la abundancia", 520 francos al mes. Las jornadas

de huelga no serían pagadas antes de ser recuperadas con horas extraordinarias. Esta propina gravaba ya gravemente el funcionamiento normal de la economía francesa, sobre todo en sus relaciones obligadas con el Mercado Común y los demás aspectos de la competición capitalista internacional. Todos los obreros sabían que tales "ventajas" serían superadas, y, mucho más, por un inminente aumento de los precios. Ellos *sentían* que sería mucho más expeditivo barrer el sistema, que había llegado hasta el máximo de sus concesiones, y organizar la sociedad sobre otra base. La caída del régimen gaullista era necesariamente la condición previa para esta inversión de la perspectiva.

Los estalinianos comprendieron hasta qué punto la situación era peligrosa. A pesar de su apoyo constante, el gobierno acababa de fracasar una vez más en sus esfuerzos por restablecerse. Después del fracaso de Pompidou, el 11 de mayo, para frenar la subida de la crisis sacrificando su autoridad en el dominio universitario, un discurso de De Gaulle y los acuerdos apresuradamente tomados entre Pompidou y los sindicatos habían fracasado al delimitar una crisis devenida profundamente social. Los estalinianos comenzaron a no tener esperanza en la supervivencia del gaullismo, ya que hasta entonces no habían podido salvarla, y porque el gaullismo parecía haber perdido la energía necesaria para mantenerse. Se encontraban obligados, con su mayor disgusto, a arriesgarse en el otro campo, allí donde siempre habían pretendido estar. El 28 y el 29 de mayo jugaron la caída del gaullismo. Tenían que tener en cuenta diversas presiones: esencialmente de los obreros. Y, subsidiariamente, de los elementos de la oposición que comenzaban a pretender reemplazar el gaullismo y así corrían el riesgo de encontrarse con una parte de los que primero querían la caída del régimen. Se trataba tanto de los sindicatos cristianos de la C.F.D.T. como de Mendes France, de la "Federación", del confuso Mitterand o de la concentración del estadio Charlety para una organización burocrática de la extrema izquierda.³¹ Todos estos soñadores, por lo demás, sólo levantaron la voz al nombre de la supuesta fuerza que los estalinianos ponían en juego para abrir *su* post-gaullismo.

³¹ Este fue uno de los méritos de los cohn-bendistas del "22 de marzo", rechazar las proposiciones de los estalinianos que quebrantaron el destierro de Barjonet y otros jefecillos izquierdistas ecuménicos. Ni qué decir tiene que los situacionistas, en cuanto a ellos no respondieron más que con el desprecio.

Necesades que el resultado inmediato debía sancionar. Los estalinianos eran mucho más realistas. Se resignaron pidiendo un "gobierno popular", en las grandes y numerosas manifestaciones de la C.G.T. del 29 y ya estaban dispuestos a defenderle. No ignoraban que esto no sería para ellos más que un peligroso mal menor. ¡Si pudieran contribuir aún a vencer el movimiento revolucionario antes de que éste consiguiese la caída del gaullismo! Creían justamente ya no poder vencer *después*. El 28 de mayo una editorial radiofónica anticipaba, con un prematuro pesimismo, que el P.C.F. no se levantaría jamás y que el principal peligro venía ahora de los "izquierdistas-situacionistas".

El 30 de mayo, en un discurso De Gaulle manifestó enérgicamente su intención de continuar en el poder costara lo que costara. Propuso escoger entre próximas elecciones legislativas y la guerra civil inmediatamente. Varios regimientos seguros fueron desplegados alrededor de París y abundantemente fotografiados. Los estalinianos, encantados, se guardaron muy mucho de apelar a mantener la huelga hasta la caída del régimen. Se apresuraron a incorporarse a las elecciones gaullistas, cualquiera que fuese para ellos el precio.

En tales condiciones, la alternativa era inmediatamente entre la afirmación autónoma del proletariado o la derrota completa del movimiento; entre la revolución de los Consejos y los acuerdos de Grenelle. El movimiento revolucionario no podía acabar con el P.C.F., sin haber expulsado primero a De Gaulle. La forma del poder de los trabajadores que hubiera podido desarrollarse en la fase post-gaullista de la crisis, al encontrarse bloqueada a la vez por el viejo Estado y el P.C.F., no tuvo ya ninguna posibilidad de tomar la delantera a su derrota en marcha.

CAPÍTULO 8

El "Consejo para el Mantenimiento de las Ocupaciones" y las tendencias consejistas

Esta explosión ha sido provocada por algunos grupos que se revuelven contra la sociedad moderna, contra la sociedad de consumo, contra la sociedad mecánica, sea comunista al este o capitalista al oeste. Grupos por otra parte que no saben en absoluto por qué la reemplazarán, pero que se deleitan en la negación, en la destrucción, en la violencia, en la anarquía, que enarbolan la bandera negra."

DE GAULLE

Entrevista televisada del 7 de junio de 1968

El "Consejo para el Mantenimiento de las Ocupaciones (C.M.D.O.) fue constituido la noche del 17 de mayo por aquellos partidarios del primer Comité de Ocupación de la Sorbona, que se habían retirado con él y que se proponían mantener en la continuación de la crisis el programa de la democracia de Consejos, inseparable de una extensión cuantitativa y cualitativa del movimiento de las ocupaciones.

Cuarenta personas aproximadamente estaban reunidas permanentemente en el C.M.D.O.; a las cuales se les reunían momentáneamente otros revolucionarios y huelguistas, que venían de diversas empresas del extranjero o de provincias y regresaban a sus lugares respectivos. El C.M.D.O. estuvo más o menos compuesto constantemente de una docena de situacionistas y de *Enragés* (entre ellos Debord, Khayati, Riesel, Vaneigem), otros tantos trabajadores, de una decena de alumnos de segunda enseñanza o "estudiantes" y de una docena de otros consejistas sin función social determinada.

El C.M.D.O., durante toda su existencia, logró una experiencia de democracia directa, garantizada por una participación igual

de todos en los debates, en las decisiones y en la ejecución. Era esencialmente una asamblea general ininterrumpida, deliberando día y noche. Ninguna fracción, ninguna reunión particular existieron nunca al lado del debate común. Unidad espontáneamente creada en las condiciones de un momento revolucionario, el C.M.D.O. era evidentemente menos un Consejo que una organización consejista que funcionase ella misma bajo el modelo de la *democracia sociética*. En tanto que respuesta improvisada en este preciso momento, el C.M.D.O. no podía tampoco tomarse por una organización consejista permanente, ni tender como tal a transformarse en una organización de este tipo. Sin embargo, un acuerdo casi general sobre las tesis situacionistas reforzaba su cohesión.

Se habían organizado tres comisiones en el interior de la asamblea general para permitir su actividad práctica. La Comisión de la Imprenta se encargaba de la realización y de la tirada de las publicaciones del C.M.D.O. tanto haciendo funcionar las máquinas de que disponía como colaborando con los huelguistas de ciertas imprentas. La Comisión de Enlace que disponía de una decena de coches, se ocupaba de los contactos con las fábricas ocupadas y del transporte del material a difundir. La Comisión de Suministros, que se destacó en los días más difíciles, cuidaba de nunca faltasen el papel, la gasolina, la comida, el dinero, el vino. Para asegurar la redacción rápida de los textos de los que el contenido era establecido por todos, no había comisión permanente, sino cada vez algunos miembros nombrados, que sometían el resultado a la asamblea.

El Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones ocupó él mismo los edificios del Instituto Pedagógico Nacional, calle d'Ulm, a partir del 19 de mayo. Al final del mes de mayo se trasladó a los sótanos del edificio vecino, una "Escuela de Artes Decorativas". La ocupación del I.P.N. tuvo esto de notable que, si los pedagogos de todas clases se sintieron denunciados y ridiculizados en su desdichada profesión³², muchos elementos del personal, obreros y técnicos aprovecharon la ocasión para exigir la gestión de su lugar de trabajo y tomaron con valentía partido por el movimiento en todas sus formas de lucha. El "comité paritario" de la ocupación se encontró así en manos de revolucionarios. Un *Enragé* de Nanterre fue nombrado como

³² Un cartel aconsejaba: "Ya no digáis; señor pedagogo. Decid: ¡Revienta, cerdo!" Otro recordaba que: "el mismo educador debe ser educado".

responsable del servicio de seguridad. Todo el mundo se alegró con esta elección, incluso los pedagogos. El orden democrático no fue perturbado por nadie, lo que permitió la más amplia tolerancia: se dejó incluso a un *staliniano* del personal vender *L'Humanité* delante de la puerta. La bandera roja y la bandera negra ondeaban juntas en la fachada del edificio.

La C.M.D.O. publicó un cierto número de textos. Un *Informe sobre la ocupación de la Sorbona*, el 19 de mayo, concluía: "La lucha estudiantil está ahora superada. Más aún están superadas todas las direcciones burocráticas de recambio que creen hábil fingir respecto de los estalinianos, en este momento en que la C.G.T. y el partido llamado comunista tiemblan. El resultado de la crisis está en las manos de los trabajadores, si logran realizar en la ocupación de sus fábricas lo que la ocupación universitaria solamente ha podido esbozar." El 22 de mayo la declaración por el poder de los Consejos obreros hacía constar: "En diez días, no solamente centenares de fábricas han sido ocupadas por los obreros y una huelga general espontánea ha interrumpido totalmente la actividad del país, sino que además diversos edificios pertenecientes al Estado están ocupados por comités de hecho que se han apropiado de la gestión. En presencia de semejante situación, que en ningún caso puede durar, pero que se encuentra ante la alternativa de extenderse o desaparecer (represión o negociación liquidadora), se han barrido todas las viejas ideas, se han confirmado todas las hipótesis radicales sobre el regreso del movimiento revolucionario proletario". Este texto enumeraba tres posibilidades por orden de probabilidad decreciente: un acuerdo del gobierno y del P.C.F. "sobre la desmovilización de los obreros a cambio de ventajas económicas"; entrega del poder a la izquierda "que hará la misma política, aunque a partir de una posición más debilitada"; en fin, los obreros que hablan por ellos mismos "tomando conciencia de reivindicaciones que están al nivel del radicalismo de las formas de lucha que ya han puesto en práctica". Demostraba cómo la prolongación de la situación actual podía contener una tal perspectiva: "La obligación de volver poner en marcha ciertos sectores de la economía *bajo el control obrero* puede establecer las bases de este nuevo poder, que todo lleva a desbordar a los sindicatos y a los partidos existentes. Hará falta poner en marcha el ferrocarril y las imprentas para las necesidades de la lucha obrera. También será necesario que las nuevas autoridades requisen y distribuyan los víveres..."

El 30 de mayo el *Aviso a todos los trabajadores* declaraba: "Lo que ya hemos hecho en Francia obsesiona a Europa y pronto va a amenazar a todas las clases dominantes del mundo, de los burócratas de Moscú o Pekín a los millonarios de Washington y Tokio. Tal como hemos maltratado a París, el proletariado internacional va a volver al asalto de las capitales de todos los Estados, de todas las ciudades de la alienación. La ocupación de las fábricas y de los edificios públicos de todo el país no solamente ha bloqueado el funcionamiento de la economía, sino sobre todo incitado a un planteamiento general de la sociedad. Un movimiento profundo lleva a casi todos los sectores de la población a querer un cambio de vida. En adelante es un movimiento revolucionario, al que no falta más que *la conciencia de lo que ya ha hecho* para poseer realmente esta revolución... Los que ya han rechazado los acuerdos irrisorios que satisfacían a las direcciones sindicales han descubierto que no pueden "obtener" más en el marco de la economía existente, pero que pueden *tomarlo todo* por su propia cuenta transformando todas las bases. Los empresarios casi no pueden pagar más; pero pueden desaparecer". La continuación del *aviso* rechazaba la "chapuza burocrático-revolucionaria" intentada en Charley por una cierta unificación de pequeños partidos izquierdistas y rehusaba la mano tendida sin vergüenza a los situacionistas por el staliniano disidente André Barjonet. El *aviso* demostraba que el poder de los Consejos de los trabajadores era la única solución revolucionaria, inscrita ya en las luchas de clase de este siglo. Más tarde, interviniendo en las luchas de Flins, el C.M.D.O. difundió el 8 de julio la octavilla *¡No se ha terminado!* que denunciaba los fines y los métodos de los sindicatos en el asunto: "Los sindicatos ignoran la lucha de clases, no conocen más que las leyes del mercado y en su comercio pretenden ser propietarios de los trabajadores... La vergonzosa maniobra para impedir socorrer a los obreros de Flins es sólo una de las repugnantes "victorias" de los sindicatos en su lucha contra la huelga general... Ninguna unidad con los divisores."

El C.M.D.O. publicó también un cierto número de carteles, unos cincuenta comics y algunas canciones de circunstancia. Sus principales textos conocieron tiradas que se pueden cifrar entre 150.000 y más de 200.000 ejemplares. Naturalmente ocupándose en conciliar su práctica con su teoría el C.M.D.O. se había dirigido a los obreros de las imprentas ocupadas, que aportaron con sumo agrado su colaboración poniendo en

marcha el excelente material del que disponían³³. Muy frecuentemente, estos textos fueron reproducidos también en provincias y en el extranjero, a partir del momento que les llegaban los primeros ejemplares³⁴. El C.M.D.O. se había ocupado de la traducción y una primera tirada, en inglés, alemán, español, italiano, danés y árabe. Las versiones en árabe y español fueron repartidas en primer lugar entre los trabajadores inmigrados. Una versión falsificada del *aviso* se reprodujo en *Combat* del 3 de junio: habían desaparecido simultáneamente los ataques a los estalinistas y las referencias situacionistas.

El C.M.D.O. se esforzó, con notable éxito, en establecer y conservar relaciones con las empresas, trabajadores aislados, Comités de acción y grupos de provincia: este enlace estuvo particularmente bien asegurado con Nantes. Además el C.M.D.O. estuvo presente en todos los aspectos de las luchas en París y en la periferia.

El Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones acordó disolverse el 15 de junio. El reflujó del movimiento de las ocupaciones había conducido una semana antes a varios de sus miembros al planteamiento de tal disolución; se había retrasado por el hecho de ella persistencia de las luchas de los huelguistas que rechazaban la derrota, particularmente en Flins. El C.M.D.O. no había tratado de buscar nada *para él*, ni siquiera hacer cualquier reclutamiento con vistas a una existencia permanente. Sus participantes no separaron sus fines personales con los fines generales del movimiento. Se trataba de individuos independientes, que se había agrupado para una lucha sobre bases determinadas, en un momento preciso; y que volvían a ser independientes después. Algunos de entre ellos que

³³ Es sabido que las imprentas de trabajo no están tan rigurosamente controladas por los sindicalistas estalinianos como las de la prensa.

³⁴ Entre las primeras reediciones de estos documentos se pueden citar un folleto sueco de las ediciones revolucionarias *Libertad*; un número especial de la publicación venezolana clandestina *Proletario*; un folleto editado en el Japón por la *Zengakuren* bajo el título *Lecciones de la derrota de la revuelta de mayo en Francia*.

habían reconocido en la Internacional Situacionista la continuación de su propia actividad, se encontraron en ella³⁵.

Otras tendencias "consejistas" - en el sentido de que estaban por los Consejos, pero sin querer reconocer la teoría y la verdad - se manifestaron en los edificios del Anexo Censier de la Facultad de Letras, donde tuvieron en común en tanto que "Comité de acción trabajadores-estudiantes" una discusión un poco inactiva y que casi no podía progresar hacia una clarificación práctica. Grupos como "Poder Obrero", el "Grupo de Enlace y de Acción de los Trabajadores", muchos individuos llegados de las empresas fueron culpables de aceptar en sus debates, ya confusos y repetitivos, toda clase de adversarios o saboteadores de sus posiciones: trotskistas o maoístas que paralizaban la discusión, algunos permitiéndose incluso quemar públicamente una plataforma anti-burocrática redactada por una comisión nombrada con ese fin. Estos consejistas pudieron intervenir en algunas luchas prácticas, particularmente al principio de la huelga general, enviando a algunos de los suyos para ayudar al paro y para reforzar los piquetes de huelga. Pero su intervención padecía frecuentemente de los defectos inherentes a su misma agrupación: ocurrió que varios miembros de una de sus delegaciones expusieron a los obreros perspectivas fundamentalmente opuestas. El grupo anti-sindical de "Información Correspondencia Obrera", que no llegaba a ser consejista (y que ni siquiera estaba seguro de constituir un grupo, se reunió, sin embargo, en una sala aparte. Indiferente a la situación, allí machaconó el farrago habitual de su boletín y representó su psicodrama obstruccionista: ¿había que atenerse a la información pura pasteurizada de todo germen teórico, o bien la elección de la información no era ya inseparable de presuposiciones teóricas camufladas? Generalmente el defecto de estos grupos, que sacaban su orgullosa experiencia del lejano pasado de las derrotas obreras y nunca de las modernas

³⁵ Ciertos elementos exteriores han podido reclamarse abusivamente del C.M.D.O., como sucede, con mucha más frecuencia, que individuos se presentan como si fuesen de la I.S. por tonta vanagloria o por algún fin más turbio. Dos o tres antiguos miembros nostálgicos del C.M.D.O. no han evitado explotar, sin duda, su pasado en un estilo pobremente espectacular. Esto no perjudica para nada a la casi totalidad de sus participantes que aportaron tantas excelentes capacidades sin que nadie pueda ponerse por delante. Algún día volverá el Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones, con su tiempo que también volverá.

condiciones y del nuevo modelo de lucha que ignoraban por principio, fue repetir su *ideología* habitual, con el mismo tono aburrido que habían guardado durante uno o dos decenios de inactividad. Daban la impresión de que no habían advertido nada nuevo en el movimiento de las ocupaciones. Ya lo habían visto todo. Estaban hastiados. Su desánimo sabio ya no esperaba más que la derrota para sacar las consecuencias de ella, como de las precedentes. La diferencia consistía en que no habían tenido la ocasión de tomar parte en los precedentes movimientos que analizaban; y que vivían esta vez el momento que ellos *escogían* para considerarlo ya bajo el ángulo del espectáculo histórico, incluso del *remake* poco instructivo.

Durante la crisis no aparecieron nuevas corrientes consejistas - aparte del C.M.D.O. - cuando los antiguos eran tan poca cosa, tanto en el plano de la teoría como en el de la eficacia práctica. El "22 de marzo" tuvo también algunas veleidades consejistas, como de todo, pero sin sacarlas nunca adelante en sus publicaciones ni en sus múltiples *interviews*. Sin embargo, a todo lo largo de la crisis revolucionara se manifestó una creciente audiencia a las consignas de los Consejos Obreros. Esto fue uno de sus principales efectos y queda como una de sus más seguras promesas.

CAPÍTULO 9

El restablecimiento del Estado

"Es necesario que cada uno alce la cabeza, asuma sus responsabilidades y rechace el terrorismo intelectual... No hay ninguna razón para que el Estado entregue al primer recién llegado la Administración, los establecimientos públicos, que abandone sus responsabilidades y olvide sus deberes."

ROBERT POUJADE

"Intervención en la Asamblea Nacional el 24 de julio de 1968"

La burguesía había esperado el 30 de mayo para manifestar su apoyo al Estado. Con el discurso de De Gaulle la clase dominante volvía a tomar enteramente la palabra y afirmaba masivamente su presencia, después de haberse prudentemente escondido detrás de la protección de las C.R.S. durante varias semanas. La manifestación de la Concordia y de los Campos Elíseos fue la versión subversallesca de los desfiles cegetistas que reclamaban un "gobierno popular". Se dio rienda suelta a la histeria reaccionaria, del miedo al "rojo" hasta slogans reveladores: "¡Cohn-Bendit a Dachau!" Allí comulgaban juntos los Antiguos Combatientes, los supervivientes de todas las guerras coloniales, los ministros, los mercenarios, los tenderos, las *minets* del XVI distrito y sus chulos de los barrios elegantes, los vejestorios y todos aquellos que el interés y el gusto por lo senil inducían a defender e ilustrar la República. El Estadio encontraba así su base y la policía sus auxiliares. La U.D.R. y los Comités de Acción Cívica. Desde el instante en que el gaullismo decidió quedarse en el poder, la violencia sin frases daba permiso a la represión estaliniana, que se había encargado hasta entonces de taponar cualquier apertura revolucionaria, principalmente en las fábricas. Después de tres semanas de ausencia casi total el estado podía tomar el relevo de sus cómplices del P.C.F. Iba a poner tanta obstinación en expulsar a los obreros de las fábricas, como los sindicatos en mantenerlos

encerrados. De Gaulle acababa de ahorrarse a los estalinianos la perspectiva de un "gobierno popular" donde su rol abierto de últimos enemigos del proletariado hubiese sido tan peligroso. Le iban a ayudar a hacer el resto.

Para uno y otro se trataba ahora de saber terminar una huelga para permitir las elecciones. El rechazo de los acuerdos de Grenelle había enseñado a los dirigentes a desconfiar de toda negociación a escala nacional. Era necesario dismantlar la huelga de la misma forma en que se había iniciado, sector por sector, empresa por empresa. La tarea fue larga y difícil. Los huelguistas manifestaban una hostilidad declarada a la reanudación del trabajo. El 5 de junio un comunicado del buró de la C.G.T. estimaba que "en todas partes donde las reivindicaciones esenciales han sido satisfechas, el interés del asalariado es manifestarse en masa por la reanudación del trabajo en la unidad".

A partir del 6 los empleados de banca y de seguros volvieron al trabajo. La S.N.C.F., baluarte de la C.G.T., decidió también la reanudación. Se pusieron en circulación, por cuenta del Estado, los trenes que en ningún momento estuvieron al servicio de los huelguistas, lo que los ferroviarios belgas habían hecho en la huelga de 1961. Las primeras falsificaciones de voto sobre la vuelta al trabajo ocurrieron en P.&T. y en la R.A.P.T., en donde solo pudieron pronunciarse una minoría de sindicalistas; los delegados cegetistas provocaron la reanudación haciendo creer en cada estación que todas las demás habían cesado la huelga. Los empleados de la estación "Nation", apercibiéndose de esta tosca maniobra, pararon rápidamente el trabajo, pero no consiguieron reactivar el movimiento.

Las C.R.S. intervinieron de una forma complementaria para expulsar a los técnicos huelguistas de France-Inter y reemplazarlos por los técnicos del ejército. Ese mismo 6 de junio echaron a los obreros de la fábrica Renault de Flins. Era la primera tentativa para romper la huelga, que hasta entonces seguía siendo total en la metalurgia, de otra forma que por la ideología: con las armas en la mano. "El momento ya no está para paseos" escribían los huelguistas de Flins en su llamamiento del 6 de junio para la recuperación de su fábrica. Entonces sintieron cómo les era nefasto el aislamiento que habían soportado. Miles de revolucionarios respondieron al

llamamiento; pero solamente algunos centenares consiguieron unírseles para pelear a su lado. Cuando en el mitin organizado por los sindicatos en Elisabethville, los obreros obligaron al delegado de la C.G.T. a conceder la palabra a Geismar y a un miembro del "22 de marzo" no porque les reconocieran alguna importancia, sino por simple preocupación de la democracia.

A las diez horas la intervención de la gendarmería provocó los choques. Durante doce horas, 2000 obreros y "estudiantes" resistieron en los campos y en las calles de las aldeas vecinas a 4.000 gendarmes y C.R.S. En vano esperaron refuerzos de París. En efecto, los cegetistas impidieron cualquier salida de los obreros de Boulogne-Billancourt³⁶, y se opusieron, en la estación de Saint-Lazare, a que se pusieran trenes a disposición de los millares de manifestantes que habían acudido para ir a pelearse a Flins. Los organizadores de la manifestación, Geismer y Sauvageot en cabeza, estuvieron también brillantes. Cedieron ante la C.G.T. y acabaron lo que ésta había comenzado, disuadiendo a los que creían ir en ayuda de Flins de apoderarse de un tren y llamándoles a dispersarse delante de los primeros cordones de la policía. Por lo tanto, el pobre Geismar no fue recompensado. Este adormecedor fue a pesar de todo tratado de "especialista de la provocación" por un comunicado particularmente indecente de la C.G.T., que no dudó en calificar a los revolucionarios de Flins de "grupos extraños a la clase obrera", de "formaciones entrenadas casi militarmente, que ya se han señalado con motivo de operaciones de la misma naturaleza en la región parisina" y que "evidentemente actúan al servicio de los peores enemigos de la clase obrera", porque "es difícil de creer que la arrogancia del empresariado de la metalurgia, el apoyo que recibe del gobierno, las brutalidades policiales contra los trabajadores y las empresas de provocación no estén concertadas."

Los sindicatos consiguieron hacer reanudar el trabajo un poco en todas partes; ya se les había arrojado algunas migajas. Únicamente los metalurgistas continuaban resistiendo. Después

³⁶ En la noche del 9 al 10 de junio, una delegación de los obreros de Flins vino a pedir ayuda a las facultades ocupadas y a Boulogne-Billancourt. Los estudiantes salieron; pero en Billancourt los piquetes de huelga de la C.G.T. prohibieron el acceso de la delegación a la fábrica. Los herméticos tabiques que encierran a los trabajadores separaban también a los de las dos fábricas de una misma empresa.

del fracaso en Flins, el Estado iba a tentar su suerte en Sochaux, en la Peugeot. El 11 de junio las C.R.S. intervinieron contra los obreros; El enfrentamiento, muy violento, duró varias horas. Por primera vez, en el transcurso de esta larga crisis, las fuerzas del orden tiraron contra la multitud. Hubo dos obreros muertos. Era el momento en que podían hacerlo sin provocar réplica. El movimiento se encontraba vencido y comenzaba la represión política. Por lo tanto, el 12 de junio, una última noche de motines, después de la muerte de un alumno de segunda enseñanza en los combates de Flins, conoció algunas innovaciones: la multiplicación rápida de barricadas y el lanzamiento sistemático de cocktails Molotov contra el servicio de orden desde los tejados.

Al día siguiente el estado decretó la disolución de las organizaciones trotskistas y maoístas, y del "22 de marzo" en virtud de una ley del Frente Popular, originalmente dirigida contra las ligas para-militares de extrema derecha.³⁷ A esta misma derecha el gaullismo le hacía señas con el pie. Esta fue la ocasión de encontrar el 13 de mayo. Los responsables exiliados de la O.A.S. volvieron a Francia. Salan dejó Tulle, mientras que la extrema izquierda comenzaba a poblar el reducto de Gravelle.

Había algo podrido en el aire desde que las banderas tricolores aparecieron en la Concordia. Comerciantes, provocadores, curas, patriotas alzaban la cabeza y la traían de nuevo por las calles donde no habían osado aparecer algunos días antes. Truhanes a sueldo de la policía provocaron a árabes y judíos en Belleville y facilitaron así una diversión muy oportuna en el momento en que se proseguían las operaciones de despejo de las empresas y de los edificios aún ocupados. Una campaña de calumnias apuntó a los "Katanguéses de la Sorbona". Los lamentables izquierdistas no dejaron de caer en la trampa.

³⁷ Se escogió mal este pretexto, ya que estos grupos nunca habían armado milicias. Evidentemente todos los revolucionarios manifestaron su solidaridad contra esta represión. Por lo demás tales medidas policíacas son inadecuadas respecto al carácter de organización autónoma antijerárquica que ha revestido el aspecto más original del movimiento. Los numerosos comentarios sobre estas medidas de disolución ya no han asimilado las situaciones al "22 de marzo". Debido únicamente a tales circunstancias la I.S. no tenía, por supuesto, por qué desmentir esta aserción.

Después del fracaso de la experiencia de la democracia directa, la Sorbona había visto instalarse diversas feudalidades, tan irrisorias como burocráticas. Aquellos que la prensa llamó "Katangueses", ex-mercenarios, parados y desclasificados, se apresuraron a cortar la mejor tajada en una república de jefecillos. La Sorbona tuvo así los amos que entonces merecía, pero a pesar de que los "Katangueses" hayan jugado al juego de la autoridad no se merecían tan ruines compañeros. Llegados allí para participar en la fiesta sólo encontraron los pedantes proveedores del aburrimiento y de la impotencia, los Kravetz y los Peninou. Cuando los estudiantes los expulsaron era con la estúpida esperanza de obtener por esta baja que se les concediese la gestión duradera de una Sorbona desinfectada, en tanto que "Universidad de verano". Uno de los "Katangueses" hizo observar justamente: "los estudiantes puede que sean instruidos, pero no son inteligentes. Nosotros habíamos venido a ayudarles...". El repliegue de los indeseables al Odeon provocó inmediatamente la intervención de las fuerzas del orden. Los últimos ocupantes de la Sorbona tuvieron justo cuarenta y ocho horas para limpiar los muros y echar a las ratas, antes de que la policía llegase para indicarles que la broma se había terminado. Se fueron sin ni siquiera un simulacro de resistencia. Después del fracaso del movimiento no quedaban más que los imbéciles para creer que el Estado no recuperaría la Sorbona.

A fin de asegurar la campaña electoral era necesario liquidar el último islote de resistencia de la metalurgia. Los sindicatos, y no el capital, cedieron en los acuerdos. Lo que permitió a *L'Humanité* aplaudir "la reanudación victoriosa del trabajo", y a la C.G.T. apelar a los metalurgistas a "prolongar su éxito por la victoria de la verdadera unión de las fuerzas de la izquierda en el programa común de las próximas elecciones legislativas". Renault, Rhodiaceta, Citroen volvieron al trabajo el 17 y el 18. La huelga había terminado. Los obreros sabían que no habían obtenido casi nada; pero prolongando la huelga más allá del 30 de mayo y tardando tanto tiempo en ceder, habían afirmado a su forma que querían algo distinto de las ventajas económicas, sin poder decirlo, sin tener tiempo de hacerla, lo que habían deseado era la revolución.

Después de su derrota, era natural que el enfrentamiento electoral de los distintos partidos del orden terminase con la aplastante victoria de aquel que estaba mejor situado para defenderlo.

El éxito gaullista se acompañaba con las últimas operaciones para traer las cosas a su punto de partida. Todos los edificios fueron evacuados. Hay que señalar que el Estado esperó hasta la primera semana de julio para utilizar el argumento jurídico fundamental, a saber que "la ocupación de los inmuebles destinados a un servicio público cualquiera que sea es ilegal". Durante cerca de dos meses no pudo oponer este argumento al movimiento de las ocupaciones.³⁸

Los actos de vandalismo que habían marcado el comienzo del movimiento se encontraron mucho más violentos a su final, atestiguando el rechazo de la derrota y la decidida intención de continuar el combate. Por no citar más que dos actos ejemplares, se podía leer en *Le Monde* del 6 de julio: "Moquetas pegajosas de huevos, de mantequilla, de talco, de polvos para lavar, de pintura negra y de aceite; teléfonos arrancados y pintados de rojo, máquinas I.B.M. destrozadas a martillazos, cristales de las ventanas pintados de negro, medicamentos desparramados y manchados de pintura; fichas de enfermos inutilizables, cubiertas de tinta de multicopista, ficheros de tratamiento ennegrecidos de pintura con pistola; inscripciones obscenas o injuriosas, tal es el espectáculo que ofrecía el miércoles por la mañana el conjunto de las oficinas médicas (comprendidos la secretaría y el servicio social bautizado por una rabiosa inscripción, "servicio anti-social") de uno de los más importantes servicios de neuropsiquiatría del Hospital Saint-Anne. Un cuadro curiosamente análogo al que se ha podido observar en Nanterre donde se han utilizado los mismos medios de devastación y donde se encontraban por todas partes inscripciones del mismo estilo y de la misma idea... Uno se puede preguntar si no existe una relación entre los recientes traslados intervenidos en este servicio, por razones estrictamente profesionales, y estos actos de vandalismo". Y en *Combat* del 2 de julio: "Señor Jacquenod, director del Instituto-Piloto de Montgeron, escribe: "Por el interés general es mi deber darles cuenta de las actuaciones absolutamente escandalosas de las que se han reconocido culpables en la región de Essone estos últimos tiempos comandos de *Enragés* que se reclaman de una cierta "Internacional Situacionista". Contrariamente a lo que la prensa ha dado a entender, estos tristes individuos se han

³⁸ Había hecho falta pretextos más o menos falaces para justificar la recuperación, por la policía, del Odeon, de la Sorbona y de la Escuela de Bellas Artes.

revelado más perjudiciales que "folclóricos". El momento no está para la benevolencia y las vergonzosas degradaciones en monumentos a los muertos, iglesias, monasterios, edificios públicos, etcétera a las que se han dedicado son simplemente intolerables. Después de introducirse fraudulentamente en el recinto de nuestro establecimiento, en la noche del 13 al 14 de junio, se dedicaron a fijar unos 300 carteles, octavillas, canciones, comics, etc. Pero los daños sobrevenidos fueron esencialmente ocasionados por un embadurnamiento sistemático con pintura de los muros del colegio mayor y del colegio técnico. El 21 de junio, cuando la policía estaba haciendo una investigación, y como para desafiarla, nuevas degradaciones (carteles, octavillas, pintadas con tinta) se cometieron en pleno día en el interior de los edificios". El señor Jacquenod juzga que su deber es alertar a la opinión pública por estos "actos de vandalismo, muy perjudiciales en el clima de paz que recuperamos poco a poco.

CAPÍTULO 10

La perspectiva de la revolución mundial después del movimiento de las ocupaciones

La I.S. ha sembrado viento. Recogerá tempestad.

INTERNACIONAL SITUACIONISTA,
enero 1963

El movimiento de las ocupaciones ha repercutido inmediatamente en el mundo como un acontecimiento histórico de una importancia capital; como el comienzo de una época amenazadora, cuyo programa proclama la próxima muerte de todos los regímenes existentes. Al intranquilo estupor que ha creado, como en Francia entre los responsables y los portavoces de todas las clases dominantes, ha respondido enseguida un renacimiento del internacionalismo y una radicalización de las tendencias revolucionarias. La solidaridad de los obreros organizados se ha expresado de diversas maneras: los descargadores del puerto de Savons y Amberes se negaron a descargar las mercancías destinadas a Francia y los tipógrafos belgas prohibiendo el referéndum nacido muerto anunciado por De Gaulle el 24 de mayo al oponerse a la impresión de los boletines. Hacia mediados del mes de mayo, la *Radical Students Alliance* de Londres hacían llegar a Francia un aviso a los estudiantes y obreros, escrito en francés: "Nosotros también hemos soportado los bastonazos que pegaban los policías y los efectos del gas lacrimógeno; las traiciones por parte de nuestros llamados líderes no nos son desconocidas. El conjunto de todas estas experiencias nos es suficiente como prueba de la necesidad de solidarizarnos en la lucha viviente contra las estructuras a suprimir en la sociedad global, así como en las universidades... Pero, vosotros, camaradas, habéis conseguido impulsar esta lucha más allá de un examen de la universidad de clase, hasta una lucha unida a la de los obreros, una lucha que pretende la capitulación total de la sociedad capitalista... Unidos con vuestros camaradas en las fábricas, en los puertos marítimos y en las oficinas, habéis destruido el mito de la estabilidad de la

Europa capitalista y, por consiguiente hacéis temblar los regímenes, así como la burguesía. En las Bolsas de Europa los capitalistas tiemblan, los profesores y los gerontócratas envejecidos dan vueltas a las palabras para explicar la acción de las masas... Camaradas, vosotros habéis reanimado las tradiciones de 1871 y de 1917, habéis dado al socialismo mundial un nuevo impulso." El Comité de Coordinación de la huelga de estudiantes de Columbia publicaba a principios de junio una octavilla que declaraba: "Desde hace más de dos semanas doce millones de trabajadores y de estudiantes franceses llevan una huelga general de masas contra el mismo tipo de condiciones que nosotros afrontamos en América... A pesar de los esfuerzos de los burócratas sindicales, comprendida la C.G.T. de dirección comunista para moderar el movimiento y para conseguir un compromiso con el empresariado y el gobierno gaullista los trabajadores han votado la continuación de la huelga general hasta la completa satisfacción de sus exigencias... Si ganamos en Francia esto dará una nueva vida al movimiento internacional que ya se perfila en Alemania del Oeste, en Italia, en Japón y hasta incluso en Estados Unidos. Cuando libremos aquí nuestras propias batallas ayudaremos a crear las condiciones para una victoria en Francia y en todas las partes del mundo. Su combate es nuestro combate. Los trabajadores y los estudiantes de Francia buscan entre nosotros en América una respuesta a su primer paso de gigante en la batalla por una nueva sociedad."

Las barricadas y los cocktails Molotov de los estudiantes de Berkeley, los mismos que habían lanzado la agitación universitaria tres años antes, respondieron al final de junio. A mediados de mayo se formó una organización revolucionaria entre la juventud austríaca con este simple programa: "Hacer como en Francia." Al final del mes tuvieron lugar ocupaciones de locales en Alemania, Estocolmo, en Bruselas y en Londres por la Escuela de Bellas Artes de Hornsey. El 31 de mayo se levantaron barricadas en Roma. En junio, los estudiantes de Tokyo, siempre tan combativos, y dispuestos a transformar el barrio de las universidades en "Barrio Latino" ocuparon sus facultades y las defendieron contra la policía. Ni siquiera Suiza fue perdonada: los días 29 y 30 se desencadenaron motines en Zurich; centenares de manifestantes, provistos de adoquines y de cocktails Molotov, tomaban al asalto el cuartelillo principal de la policía. "Las violentas manifestaciones de Zurich, señalaba *Le Monde* del 2 de julio, han provocado un cierto estupor. Muchos

suizos creían su país al abrigo del movimiento de protesta que afluye sobre Europa han sido perturbados en su sosiego." La lucha en los países capitalistas ha reactivado naturalmente la agitación de los estudiantes contra los regímenes dictatoriales y en los países sub-desarrollados. Al final de mayo hubo enfrentamientos muy violentos en Buenos Aires, en Dakar, en Madrid y una huelga de estudiantes en el Perú. En junio los incidentes se extendieron al Brasil; en Uruguay -donde debían culminar en una huelga general-; en Argentina, en Turquía, donde las universidades de Estambul y Ankara fueron ocupadas y cerradas *sine die* y hasta en el Congo donde los alumnos de segunda enseñanza exigieron la supresión de los exámenes.

La más importante de las consecuencias inmediatas del movimiento francés fue una primera conmoción del poder de las clases burocráticas en Europa del Este, cuando los estudiantes yugoslavos, al principio de junio, ocuparon la Universidad de Belgrado. Los estudiantes formaron comités de acción; denunciaron la propiedad burocrática sobre la sociedad; reivindicaron la *autogestión auténtica* como libertad y como abolición de clases; votaron el mantenimiento de la denominación de "Universidad Karl Marx". Se dirigieron a los obreros: "Estamos indignados por las enormes diferencias sociales y económicas en nuestra sociedad... Estamos por la autogestión, pero en contra del enriquecimiento de los particulares a expensas de la clase obrera". Su movimiento encontró una gran aprobación entre los obreros. Como en la Sorbona, "varios obreros tomaron igualmente la palabra en un interminable mitin en la facultad de filosofía en donde los oradores se relevaban sin cesar en medio del entusiasmo general" (*Le Monde*, 7 de junio). El régimen se vio amenazado de muerte. La autocritica demagógica y las concesiones lacrimosas de Tito, que hablaba de irse si no llegaba a satisfacer las justas reivindicaciones enunciadas, hacen ver la debilidad de la burocracia yugoslava y su pánico. Ya que sabe muy bien que las reivindicaciones radicales del movimiento, cualquier juego momentáneo que hayan dejado al personaje de Tito, significan nada menos que su liquidación como clase dominante y la revolución proletaria que allí como en otras partes vuelve al día. Las concesiones de los burócratas se acompañaron clásicamente con la dosis de represión que podían pagarse y con las acostumbradas calumnias que traducían la realidad inversa de su ideología: la liga llamada de los comunistas denunció entonces a los "radicales de extrema

izquierda... ávidos de destruir el régimen democrático y la autogestión". Incluso *Le Monde* (del 12 de junio) percibió que se trata "de la más importante *alerta* que el régimen haya conocido en el interior después de la guerra".³⁹

Francia permanece también en la cadena volcánica de la nueva geografía de las revoluciones. No hay nada arreglado. La erupción volcánica no llegó por una crisis económica, sino al contrario, ha contribuido a crear una situación de crisis en la economía. Lo que se atacó de frente en mayo fue la economía capitalista *que funcionaba muy bien*; pero esta economía, una vez perturbada por las fuerzas negativas de su superación histórica, debe *funcionar menos bien*: se vuelve más odiosa y fortalece así "el lado malo", la lucha revolucionaria que la transforma. El medio estudiantil se ha convertido en una plaza fuerte del desorden en la sociedad francesa; y esta vez ya no se trata de un desorden de la juventud *separada*. Los grandes aparatos burocráticos de encuadramiento de la clase obrera han pagado muy caro su victoria sobre la huelga: muchos obreros les han comprendido. En cuanto a los pequeños partidos izquierdistas, aparentemente reforzados -y cuanto más por abusiva disolución policiaca- están desde ahora virtualmente condenados: el discreto nido de cangrejos que constituyen se ha propagado ante los *flahes* durante la huelga, pero siempre andando hacia atrás.

Cuando la perspectiva de la revolución mundial reapareció en Francia, no solamente recuperaba un inmenso retraso -su medio siglo de ausencia- sino que incluso tenía por este hecho ciertos aspectos *prematurados*. El movimiento de las ocupaciones ha llegado, *antes* de vencer al poder estatal al que se enfrentaba, mientras que los demás movimientos revolucionarios, excepto aquel de 1905, sólo llegaron *después*. Los destacamentos armados a disposición del gobierno no habían sido derrotados. Y por lo tanto, la incautación de ciertos edificios, su notoria distribución entre diferentes grupos subversivos no iban sin evocar algunos rasgos de Barcelona del verano de 1936. Por primera vez en Francia, el Estado ha sido *ignorado*: esto fue la primera crítica en actos del jacobinismo, que ha sido durante

³⁹ Desde entonces, la revuelta de los estudiantes mexicanos ha superado en amplitud todas las demás respuestas a nuestro movimiento de las ocupaciones. Se trata en el caso de México de un país recién salido del subdesarrollo. (Nota añadida en octubre de 1968. R.V.)

tanto tiempo el mal sueño de los movimientos revolucionarios franceses, comprendida la Comuna. Es decir, que a la repentina vuelta de la especificidad revolucionaria francesa -otra vez aún, las barricadas de París despertando a Europa- se mezclaban elementos radicalmente nuevos. Lo mismo que *no era bastante* ignorar solamente al Estado, seguramente aún no había perspectivas bastante claras. La teoría revolucionaria coherente, la poseía demasiado poca gente y su comunicación en las masas debía superar condiciones extremadamente desfavorables: al lado de poder de información espectacular del orden existente, de las burocracias contra-revolucionarias que todavía sólo habían sido desenmascaradas por muy poca gente. Tampoco hay que extrañarse de las numerosas debilidades del movimiento, sino más bien maravillarse de su fuerza.

Se ha confirmado la teoría radical. Se ha reforzado inmensamente. Ahora debe hacerse reconocer por todas partes por lo que es, romper todos los nuevos esfuerzos de los recuperadores en situación desesperada. Los que la tienen, no deben hacer ninguna concesión. Tienen que volverse más exigentes, a partir de la posición de fuerza que la historia les da. Nada de este lado del poder internacional de los consejos obreros debe satisfacerles; no podrán reconocer ninguna fuerza revolucionaria fuera de las organizaciones consejistas que se van a formar en todos los países. Las condiciones objetivas de la revolución revelaron su presencia desde que la revolución recomenzó a hablar como potencia subjetiva. Aquí se ha alumbrado un brasero que no se apagará. El movimiento de las ocupaciones ha matado el sueño de todos los amos de la mercancía y la sociedad espectacular ya no podrá dormir jamás.

1. Desde entonces, la revuelta de los estudiantes mexicanos ha superado en amplitud todas las demás respuestas a nuestro movimiento de las ocupaciones. Se trata en el caso de México de un país recién salido del subdesarrollo. (Nota añadida en octubre de 1968. R.V.)

APÉNDICE: EL COMIENZO DE UNA ÉPOCA⁴⁰

"¿Viviremos lo bastante para ver una revolución política? ¿Nosotros, los contemporáneos de estos alemanes? Amigo mío, usted cree lo que quiere creer", escribió Arnold Ruge a Marx en marzo de 1844, y cuatro años más tarde esa revolución estaba allí. Como ejemplo divertido de una inconsciencia histórica que, mantenida siempre por causas similares, produce intemporalmente los mismos efectos, la desafortunada frase de Ruge fue citada en el epígrafe de *La sociedad del espectáculo*, que apareció en diciembre de 1967, y seis meses después sobrevino el movimiento de las ocupaciones, el mayor momento revolucionario que haya conocido Francia desde la Comuna de París.

La mayor huelga general que haya paralizado nunca la economía de un país industrial avanzado y la primera huelga general salvaje de la historia, ocupaciones revolucionarias y esbozos de democracia directa, la eliminación cada vez más completa del poder estatal durante más de dos semanas, la verificación de toda la teoría revolucionaria y el principio de su realización parcial aquí o allá, la experiencia más importante del movimiento proletario moderno que está en vías de constituirse en todos los países de forma acabada y el modelo a superar a partir de entonces -todo esto fue esencialmente el movimiento francés de mayo del 68, esta fue ya su victoria.

Hablaremos más adelante de sus flaquezas y carencias, derivadas naturalmente de la ignorancia, la improvisación y el peso muerto del pasado allí donde este movimiento pudo afirmarse mejor, y ante todo de las separaciones que lograron

⁴⁰ Traducción al castellano del artículo "*Le commencement d'une époque*" publicado en *Internationale Situationniste*, # 12 (septiembre de 1969, págs. 3-4, 7-15, 28-32. Traducción de Luis Navarro incluida en *Internacional Situacionista* (textos completos en castellano de la revista *Internationale Situationniste* (1958-1969): vol. 2: La práctica de la teoría, Madrid, Literatura Gris, 2001.

defender con precisión todas las fuerzas de mantenimiento del orden capitalista asociadas, empleando para ello más y mejor que a la policía a los cuadros burocráticos político-sindicales en un momento en que era cuestión de vida o muerte para el sistema. Pero enumeremos en primer lugar los rasgos manifiestos del movimiento de las ocupaciones allí donde se hallaba su centro, donde expresaba con mayor libertad su contenido en palabras y en actos. Allí manifestó sus objetivos mucho más explícitamente que cualquier otro movimiento revolucionario espontáneo de la historia, y estos objetivos eran mucho más radicales y actuales de lo que supieron nunca enunciar en sus programas las organizaciones revolucionarias del pasado, ni siquiera en su mejor momento.

El movimiento de ocupaciones era el retorno repentino del proletariado como clase histórica, extendido a la mayoría de los asalariados de la sociedad moderna y apuntando siempre a la abolición efectiva de las clases y del salariado. Este movimiento era el redescubrimiento de la historia colectiva e individual, la asunción de una intervención posible sobre la historia y de un acontecimiento irreversible, con la sensación de que "nada sería ya como antes". La gente contemplaba divertida la existencia extrañada que había llevado ocho horas antes, su supervivencia superada. Era la crítica generalizada de todas las alienaciones, de todas las ideologías y del conjunto de la antigua organización de la vida real, la pasión por la generalización, por la unificación. En ese proceso se negaba la propiedad, cada uno se sentía en todas partes en su casa. El deseo reconocido de diálogo, de expresión integralmente libre, el placer de la verdadera comunidad habían encontrado su terreno en los edificios abiertos al encuentro y en la lucha común: el teléfono, que figuraba entre los escasos medios técnicos que aún funcionaban, y el ir y venir de tantos mensajeros y viajeros, en París y en todo el país, entre locales ocupados, fábricas y asambleas, comportaban este uso real de la comunicación. El movimiento de ocupaciones era evidentemente el rechazo del trabajo alienado; y por tanto la fiesta, el juego, la presencia real de los hombres y del tiempo. Era también el rechazo de toda autoridad, de toda especialización, de toda desposesión jerárquica; rechazo del

estado, y por tanto de los partidos y de los sindicatos, así como de los sociólogos y de los profesores, de la moral represiva y de la medicina. Todos aquellos a los que el movimiento había despertado con una cadena fulminante de acontecimientos - "Rápido", decía uno de los eslóganes, tal vez el más bello, escritos en los muros- despreciaban radicalmente sus antiguas condiciones de existencia, y por tanto a quienes habían procurado mantenerlas, las estrellas de la televisión y los urbanistas. A medida que se desmoronaban las ilusiones estalinianas con sus edulcorantes diversos, de Castro a Sartre, todas las mentiras rivales y solidarias de la época caían en ruinas. La solidaridad internacional volvió a aparecer espontáneamente, muchos trabajadores extranjeros se lanzaron a la lucha y gran cantidad de revolucionarios de Europa acudieron a Francia. La participación de las mujeres en todas las formas de lucha es un signo esencial de su profundidad revolucionaria. La liberación de las costumbres dio un gran paso. El movimiento era también la crítica, todavía parcialmente ilusoria, de la mercancía (en su inepto disfraz sociológico de "sociedad de consumo") y un rechazo del arte que no se reconocía todavía como su negación histórica (en la pobre fórmula abstracta "la imaginación al poder", que ignoraba los medios para poner en práctica ese poder, para reinventarlo, y que al carecer de poder, carecía también de imaginación). El odio a los recuperadores declarado en todas partes no llegaba todavía el conocimiento teórico-práctico del modo de eliminarlos: neoartistas y neodirigentes políticos, neoespectadores del movimiento que les reclamaba. Aunque la crítica del espectáculo de la no-vida no era todavía su superación revolucionaria, la tendencia "espontáneamente consejista" de la sublevación de mayo se anticipó a casi todos los medios concretos, entre ellos la conciencia teórica y organizacional, que le hubiesen permitido traducirse en poder y ser el único poder.

Escupamos de paso sobre los comentarios degradantes y los falsos testimonios de los sociólogos, de los retirados del marxismo, de todos los doctrinarios del viejo ultraizquierdismo en conserva o del ultramodernismo rastrero de la sociedad

espectacular; nadie que haya vivido este movimiento puede decir que no contenía todo esto.

En marzo de 1966 escribimos en el nº 10 de Internationale Situationniste: *"lo que hay de aparentemente osado en muchas de nuestras afirmaciones lo enunciarnos con la seguridad de ver a continuación una demostración histórica de irrecusable peso"*. No puede decirse mejor.

Naturalmente, nosotros no profetizamos nada. Señalamos lo que estaba ya allí: las condiciones materiales de una nueva sociedad se daban desde hacía tiempo, la vieja sociedad de clases se mantenía en todas partes modernizando considerablemente su opresión y desarrollando cada vez más contradicciones, el movimiento proletario vencido volvía para lanzar un segundo asalto más consciente y total. Muchos pensaban todo esto que la historia y el presente ponían en evidencia, y algunos lo decían, pero de forma abstracta y por tanto en el vacío: sin eco, sin posibilidad de intervención. El mérito de los situacionistas consistió sencillamente en reconocer y designar los nuevos puntos de aplicación de la revuelta en la sociedad moderna (que no excluyen en absoluto, sino que por el contrario restablecen los antiguos): urbanismo, espectáculo, ideología, etc. Debido a que esta tarea se cumplió radicalmente, estuvo en disposición de suscitar a veces, o de reforzar bastante al menos, ciertos casos de revuelta práctica. Ello no quedó sin eco: la crítica sin concesiones había tenido escasos portadores en los izquierdismos de la época anterior. Si muchas personas hicieron lo que nosotros escribimos, es porque nosotros habíamos escrito esencialmente lo negativo que habíamos vivido nosotros y muchos otros antes. Lo que salió así a la luz de la conciencia en primavera de 1968 no fue otra cosa que lo que dormía en esa noche de la "sociedad espectacular" cuyos Sonidos y Luces mostraban un eterno decorado positivo. Nosotros "cohabitamos con lo negativo" según el programa que formulamos en 1962 (cf. I.S. 7). No detallamos nuestros méritos para ser aplaudidos, sino para clarificar en la medida de lo posible a otros que vayan a actuar en el mismo sentido.

Quienes cerraban los ojos a esta "crítica en lucha" no contemplaban en la forma inquebrantable de la dominación moderna más que su propia renuncia. Su "realismo" antiutópico no era más real que una comisaría de policía, como tampoco los edificios de la Sorbona son más reales que lo que hacen con ellos los incendiarios o los "katangais". Cuando los fantasmas subterráneos de la revolución total se alzarán y extendieran su poder por todo el país, todos los poderes del viejo mundo parecerían ilusiones fantasmáticas disipándose en el gran día. Sencillamente, después de treinta años de miseria que en la historia de las revoluciones no han contado más que un mes, llegó ese mes de mayo que resume treinta años.

Hacer realidad nuestros deseos es un trabajo histórico preciso, exactamente contrario a la prostitución intelectual que incorpora a cualquier realidad existente sus ilusiones de permanencia. Lefebvre, por ejemplo, citado en el número anterior de esta revista (octubre de 1967), porque aventuraba en su libro *Positions contre les technocrates* (ediciones Gonthier) una conclusión categórica cuya pretensión científica reveló, también ella, su valor en poco más de seis meses: *"Los situacionistas... no proponen una utopía concreta, sino una utopía abstracta. ¿Creen realmente que una buena mañana o una tarde decisiva las personas van a mirarse diciendo: '¡Basta! ¡Basta de trabajo y de aburrimiento! ¡Acabemos con él!' y entrarán en la Fiesta inmortal, en la creación de situaciones? Aunque esto ocurrió una vez, el 18 de marzo de 1871 al amanecer, esta coyuntura no volverá a repetirse."* De esta forma Lefebvre se atribuía influencia intelectual copiando subrepticamente ciertas tesis radicales de la I.S. (Ver en este número la reedición de nuestro panfleto de 1963: *Al basurero de la historia*), pero él reservaba al pasado la verdad de esta crítica que, sin embargo, venía del presente y no de la reflexión histórica de Lefebvre. Advertía contra la ilusión de que una lucha actual pudiese encontrar esos resultados. No vayáis a pensar que Lefebvre fue el único pensador anterior al que el acontecimiento ridiculizó definitivamente: los que se abstendían de expresiones tan cómicas como las suyas no dejaban de pensarlas. Bajo el influjo de mayo, todos los investigadores de la nada histórica han admitido que nadie

había previsto nada de lo ocurrido. Hay que hacer sitio aparte sin embargo a todas las sectas de "bolcheviques resucitados", de los que es justo decir que, en los últimos treinta años, no han dejado un solo instante de señalar la inminencia de la revolución de 1917. Pero también en eso se equivocaban: no hubo 1917, ni tampoco Lenin. En cuanto a los residuos del viejo ultraizquierdismo no trotskista, necesitaban una crisis económica mayor. Subordinaban todo momento revolucionario al retorno de la crisis y no divisaban esta crisis. Ahora que han reconocido una crisis revolucionaria en mayo, tienen que demostrar que existía en la primavera de 1968 esa crisis económica invisible. Se dedican sin miedo al ridículo a dibujar esquemas sobre el aumento del paro y de los precios. La crisis económica no es ya para ellos esa realidad objetiva y terriblemente evidente tan vivida y descrita hasta 1929, sino una especie de presencia eucarística que sostiene su religión.

Al igual que habría que reeditar toda la colección de I.S. para mostrar cuánto se engañaban estas personas antes, sería preciso escribir un grueso volumen para dar cuenta de las estupideces y confesiones veladas que han producido desde mayo. Limitémonos a citar al pintoresco periodista Gaussen, que aseguraba a los lectores de Monde el 9 de diciembre de 1966, *al escribir sobre unos situacionistas locos autores del escándalo de Estrasburgo, que tenían "una confianza mesiánica en la capacidad revolucionaria de las masas y en su aptitud para la libertad"*. Hoy, ciertamente la aptitud de Frédéric Gaussen para la libertad no ha progresado un milímetro, pero en el mismo periódico, con fecha 29 de enero de 1969, lo vemos apasionarse al encontrar en todas partes *"la sensación de que el soplo revolucionario es universal"*. *"Escolares de Roma, estudiantes de Berlín, 'enragés' de Madrid, 'huérfanos' de Lenin en Praga, contestatarios de Belgrado combaten un mismo mundo, el Viejo Mundo..."* Y Gaussen, utilizando casi las mismas palabras, atribuye a todos estos locos revolucionarios una *"creencia casi mística en la espontaneidad creadora de las masas"*.

No queremos extendernos triunfalmente sobre la ruina de nuestros adversarios intelectuales ni sobre el significado de este

"triumfo", que corresponde en realidad al movimiento revolucionario moderno, debido a la monotonía del asunto y a la luminosa evidencia del juicio que pronunció, sobre el período que acabó en mayo, la reaparición de la lucha de clases directa, reconociendo los objetivos revolucionarios actuales, la reaparición de la historia (antes era la subversión de la sociedad existente la que parecía inverosímil; ahora lo es su mantenimiento). En lugar de subrayar lo que ya se ha verificado, es más importante en lo sucesivo plantear los nuevos problemas, criticar el movimiento de mayo e inaugurar la práctica de la nueva época.

La reciente búsqueda, que sigue siendo por otra parte confusa, de una crítica radical del capitalismo moderno (privado o burocrático), no había salido en los demás países todavía de la estrecha base adquirida en un sector del medio estudiantil. Por el contrario, pese a lo que finjan creer el gobierno y los periódicos, así como los ideólogos de la sociología modernista, el movimiento de mayo no fue un movimiento de estudiantes. Fue el movimiento revolucionario proletario que volvía a surgir después de medio siglo de aplastamiento, y naturalmente desposeído de todo: su desdichada paradoja fue no poder tomar la palabra y adquirir una forma concreta más que sobre el terreno eminentemente desfavorable de la revuelta estudiantil: las calles mantenidas por los amotinados alrededor del Barrio Latino y los edificios ocupados en esa zona, que habían dependido generalmente del Ministerio de Educación. En lugar de quedarnos en la parodia histórica, efectivamente ridícula, de los estudiantes leninistas o de los estalinianos chinos que se disfrazaban de proletarios y al mismo tiempo de vanguardia dirigente del proletariado, es preciso advertir que fueron por el contrario los trabajadores más avanzados, desorganizados y divididos por todas las formas de represión, los que se vieron disfrazados de estudiantes en el imaginario tranquilizador de los sindicatos y de la información espectacular. El movimiento de mayo no fue una teoría política que buscarse a sus ejecutantes obreros: fue el proletariado que al actuar buscaba su conciencia teórica.

Que el sabotaje de la universidad por grupos de jóvenes revolucionarios, que eran en realidad notoriamente antiestudiantes en Nantes y en Nanterre (al menos los "enragés", aunque no la mayoría del "22 de marzo" que asumió tardíamente el relevo de su actividad) diese ocasión para que se desarrollasen formas de lucha directa que el descontento de los obreros, principalmente jóvenes, había adoptado ya en los primeros meses de 1968 en Caen y en Redon, he aquí una circunstancia que no es en absoluto fundamental y que no podía perjudicar en ningún sentido al movimiento. Lo que le perjudicó fue que la huelga salvaje lanzada contra toda voluntad y maniobra de los sindicatos pudiese ser luego controlada por ellos. Aceptaron la huelga que no habían podido impedir, como siempre ha hecho un sindicato ante una huelga salvaje; pero esta vez tuvieron que hacerlo a escala nacional. Y al aceptar esta huelga general "no oficial" siguieron siendo aceptados por ella. Continuaron en posesión de las puertas de las fábricas y aislaron del movimiento real a la inmensa mayoría de los obreros y a cada empresa con relación a las demás. De forma que la acción más unitaria y radical que hayamos visto en su crítica fue al mismo tiempo una suma de separaciones y un festival de vulgaridades en las reivindicaciones oficiales. Igual que habían tenido que dejar que la huelga general se afirmase por fragmentos que desembocaron prácticamente en un movimiento unánime, los sindicatos se dedicaron a liquidarla por fragmentos, imponiendo en cada rama, con el terrorismo de la manipulación y el monopolio de las relaciones, las migajas ya rechazadas por todos el 27 de mayo. La huelga revolucionaria fue reconducida así a un equilibrio de guerra fría entre burocracias sindicales y trabajadores. Los sindicatos reconocieron la huelga a condición de que ésta reconociese, con su pasividad en la práctica, que no servía para nada. Los sindicatos no "perdieron una oportunidad" de ser revolucionarios porque ni los estalinianos ni los reformistas aburguesados lo son en absoluto. Ni perdieron una oportunidad de ser reformistas con buenos resultados porque la situación era demasiado revolucionaria para jugar con ella o para que les interesase sacar partido de ella. Lo que querían manifiestamente era que acabase urgentemente a cualquier

precio. Aquí la hipocresía estaliniana, adoptada de nuevo de forma admirable por los sociólogos semiizquierdistas (cf. Coudray en *La Brèche*, Editions du Seuil, 1968) respetó extraordinariamente, sólo en momentos tan excepcionales, la competencia de los obreros, la "decisión" que se les suponía, con el más fantástico cinismo, experimentada, debatida, asumida con conocimiento de causa y reconocible de forma absolutamente unívoca: por una vez los obreros sabían lo que querían, ¡porque "no querían la revolución"! Pero los obstáculos y mordazas que acumularon los burócratas sudando angustia y mentira ante lo que supuestamente no querían los obreros constituyen la mejor prueba de su voluntad real, desarmada y temible. Únicamente olvidando la totalidad histórica del movimiento de la sociedad moderna puede gargarizarse ese positivismo circular que encuentra racional en todas partes el orden existente, porque lleva su "ciencia" al punto de considerar sucesivamente este orden del lado de la pregunta y del lado de la respuesta. Así, el propio Coudray señala que "si con los sindicatos no se puede tener más que el 5% y lo que se pide es el 5%, los sindicatos bastan". Dejando aparte la cuestión de cómo se relacionan sus intenciones con su vida real y sus intereses, lo que necesitan todos estos señores es dialéctica.

Los obreros, que tenían naturalmente -como siempre y en todas partes- excelentes motivos para el descontento, comenzaron la huelga salvaje porque percibieron la situación revolucionaria creada por las nuevas formas de sabotaje en la universidad y los fallos sucesivos del gobierno en sus reacciones. Sentían evidentemente tanta indiferencia como nosotros hacia las formas o reformas de la institución universitaria, pero no hacia la crítica de la cultura, del paisaje y de la vida cotidiana del capitalismo avanzado, crítica que se extendió tan deprisa a partir del primer roto en la vela universitaria.

Haciendo la huelga salvaje, los obreros desmintieron a los embusteros que hablaban en su nombre. En la masa de las empresas supieron llegar a tomar veridicamente la palabra por su cuenta y a decir lo que querían. Pero para decir lo que quieran es preciso que los trabajadores creen, con su acción

autónoma, las condiciones concretas, inexistentes en todas partes, que les permitan hablar y actuar. La falta casi en todas partes de este diálogo, de esta relación, así como el conocimiento teórico de los objetivos autónomos de la lucha de clase proletaria (estos dos factores sólo se desarrollan al unísono), impidieron a los trabajadores expropiar a los expropiadores de su vida real. De esta forma, el núcleo avanzado de los trabajadores, alrededor del cual tomará forma la próxima organización revolucionaria proletaria, llegó al Barrio Latino como pariente pobre del "reformismo estudiantil", producto artificial de la pseudoinformación o del ilusionismo grupuscular. Eran jóvenes obreros, empleados, trabajadores de oficinas ocupadas, blousons noirs y parados, escolares sublevados que eran a menudo hijos de obreros que el capitalismo moderno recluta para esa instrucción en rebajas destinada a preparar el funcionamiento de la industria desarrollada ("¡Estalinianos, vuestros hijos están con nosotros!"), "intelectuales perdidos" y "katangais".

Una proporción no desdeñable de estudiantes franceses y sobre todo parisinos participó en el movimiento: esto es evidente, pero que no puede caracterizarlo fundamentalmente ni ser aceptado como su principal aspecto. De 150.000 estudiantes parisinos, entre 10 y 20.000 como mucho estuvieron presentes en las horas menos duras de las manifestaciones, y sólo algunos miles en los violentos enfrentamientos callejeros. El único momento de la crisis que dependió sólo de los estudiantes -decisivo por otra parte para su extensión- fue la revuelta espontánea del Barrio Latino del 3 de mayo, tras el arresto de los responsables izquierdistas en la Sorbona. Al día siguiente de la ocupación de la Sorbona, cerca de la mitad de los que participaban en asambleas generales que habían tomado visiblemente una función insurreccional, eran todavía estudiantes preocupados por las modalidades de sus exámenes que deseaban una reforma favorable de la Universidad. Sin duda un número algo mayor de los estudiantes que participaban admitía que se planteaba la cuestión del poder, pero lo hacía casi siempre como clientela ingenua de pequeños partidos izquierdistas, como espectadores de los viejos esquemas leninistas o del exotismo del Lejano Oriente del estalinismo maoísta. Estos grupúsculos tenían en

efecto su base casi exclusiva en el medio estudiantil, y la miseria en que se mantenía era claramente legible en casi todos los panfletos que salían de ese medio: bagatelas los Kravetz, tonterías los Péninou. Las mejores intervenciones de los obreros que acudieron durante los primeros días de la Sorbona fueron a menudo asumidas por la pedante y altanera estupidez de esos estudiantes que jugaban a ser doctores en revoluciones, aunque estuviesen dispuestos a salivar y aplaudir ante los estímulos del más torpe manipulador que dijese cualquier inepticia con tal de que citase a "la clase obrera". Sin embargo, el propio hecho de que las agrupaciones recluten cierta cantidad de estudiantes es ya un síntoma enfermizo de la sociedad actual: los grupúsculos son la expresión teatral de una revuelta real y vaga que busca sus razones en las rebajas. Finalmente, el que una pequeña fracción de estudiantes se adhiriese verdaderamente a todas las exigencias radicales de mayo es un testimonio de la profundidad de ese movimiento y habla en su honor.

Aunque muchos miles de estudiantes hayan podido, como individuos, desprenderse más o menos completamente del lugar que les es asignado en la sociedad gracias a su experiencia de mayo del 68, la masa estudiantil no se ha transformado. Y no en virtud de la vulgaridad pseudomarxista que considera determinante el origen social de los estudiantes, muy mayoritariamente burgués o pequeño burgués, sino más bien debido al destino social que define al estudiante: el devenir del estudiante es la verdad de su ser. Está masivamente fabricado y condicionado para el alto, el medio o el pequeño encuadramiento de la producción industrial moderna. Por lo demás el estudiante no es sincero cuando se escandaliza al "descubrir" esta lógica de su formación que siempre ha estado abiertamente declarada. Es cierto que las incertidumbres económicas de su empleo óptimo, y sobre todo la puesta en cuestión del carácter verdaderamente deseable de los "privilegios" que la sociedad actual puede ofrecerle han jugado un papel en su desorden y su revuelta. Pero justamente por ello el estudiante suministra el ganado ávido de encontrar signos de distinción en la ideología de uno u otro de los grupúsculos burocráticos. El estudiante que sueña con ser bolchevique o

estaliniano-conquistador (es decir, maoísta) juega con dos tableros: cuenta con administrar algún pedazo de sociedad como cuadro del capitalismo por el mero hecho de haber estudiado, aunque el cambio de poder no responda a sus deseos. Y en el caso de que su sueño se realizara, se ve gloriosamente como gerente, un grado más alto como cuadro político "científicamente" garantizado. Los sueños de dominación de los grupúsculos se traducen a menudo con torpeza en la expresión de desprecio que sus fanáticos creen poder permitirse ante algunos aspectos de las reivindicaciones obreras que han calificado con frecuencia de simplemente "alimentarios". Vemos despuntar aquí, en la impotencia que haría mejor callándose, el desdén que les gustaría oponer a los izquierdistas al futuro descontento de estos mismos trabajadores el día en que ellos, especialistas autopatentados de los intereses generales del proletariado, puedan tener "en sus frágiles manos" oportunamente reforzadas de esta forma el poder estatal y la policía, como en Cronstadt, como en Pekín. Aparte de esta perspectiva de quienes son portadores de gérmenes de burocracias soberanas, no podemos reconocer nada serio a las oposiciones sociológico-periodísticas entre los estudiantes rebeldes, que se supone que rechazan la "sociedad de consumo", y los obreros, deseosos todavía de acceder a ella. El consumo en cuestión no es el de mercancías. Es un consumo jerárquico que crece para todos jerarquizándose aún más. La caída y la falsificación del valor de uso están presentes para todos, aunque de forma desigual, en la mercancía moderna. Todo el mundo vive este consumo de mercancías espectaculares y reales con una pobreza fundamental "porque no está en sí mismo más allá de la privación que se ha hecho más rica" (*La sociedad del espectáculo*). Los obreros también se pasan la vida consumiendo espectáculo, pasividad, mentira ideológica y mercantil. Pero tienen puestas menos ilusiones que nadie en las condiciones concretas que les impone, en lo que les cuesta en todos los momentos de su vida, la producción de todo ello.

Por todas estas razones los estudiantes, como capa social

también en crisis, no fueron en mayo del 68 más que la retaguardia del movimiento.

La deficiencia prácticamente general de la fracción estudiantil que decía tener intenciones revolucionarias fue probablemente, en relación con el tiempo libre que hubieran podido dedicar a la elucidación de los problemas de la revolución, lamentable pero muy secundaria. La de la gran masa de los trabajadores, amarrados y amordazados, fue por el contrario excusable pero decisiva. La definición y el análisis de los situacionistas en cuanto a los momentos principales de la crisis se expusieron en el libro de René Viénet *Enragés y situacionistas en el movimiento de ocupaciones* (Gallimard, 1968). Bastará aquí contrastar los puntos recogidos en este libro, reeditado en Bruselas en las tres últimas semanas de julio, con los documentos ya disponibles, pero no pensamos que deba modificarse ninguna conclusión. Desde enero hasta marzo, el grupo de los enragés de Nanterre (relevado tardíamente en abril por el "movimiento del 22 de marzo") emprendió con éxito el sabotaje de los cursos y los locales. La represión del Consejo de Universidad, demasiado tardía y torpe, combinada con dos cierres sucesivos de la Facultad de Nanterre, trajo consigo la revuelta espontánea de los estudiantes el 3 de mayo en el Barrio Latino. La Universidad fue paralizada por la policía y la huelga. Una semana de lucha en la calle dio ocasión a los jóvenes obreros de pasar a la revuelta, a los estalinianos, de desacreditarse cada día más con increíbles calumnias, a los dirigentes izquierdista del S.N.E. Sup. y a los grupúsculos de exhibir su falta de imaginación y de rigor y al gobierno de utilizar siempre a destiempo la fuerza y las concesiones mezquinas. En la noche del 10 al 11 de mayo, la sublevación que se apoderó del barrio que rodea la calle Gay-Lussac y resistió durante más de ocho horas con sesenta barricadas despertó a todo el país y llevó al gobierno a una capitulación mayor: retiró del Barrio Latino las fuerzas de orden y volvió a abrir la Sorbona sin poder hacerla funcionar. El período del 13 al 17 de mayo fue de ascenso irresistible del movimiento, convertido en una crisis general revolucionaria, siendo el día decisivo sin duda el 16, cuando las fábricas comenzaron a declararse a favor de la huelga salvaje. El 13, la

simple jornada de huelga general decretada por las grandes organizaciones burocráticas para acabar rápido y bien el movimiento, sacando a ser posible alguna ventaja de él, no fue en realidad más que el principio: los obreros y los estudiantes de Nantes atacaron la prefectura, y los que entraron en la Sorbona como ocupantes la abrieron a los trabajadores. La Sorbona se convirtió al instante en un "club popular" con respecto al cual el lenguaje y las reivindicaciones de los clubs de 1848 se quedaban cortos. El 14, los obreros nanteses de Sud-Aviation ocuparon su fábrica secuestrando a los directores. Su ejemplo fue seguido el 15 por dos o tres empresas, y por más a partir del 16, día en que la base impuso la huelga en Renault y Billancourt. Casi todas las empresas iban a seguirlo, y casi todas las instituciones iban a ser contestadas en los días siguientes. El gobierno y los estalinianos se dedicaron febrilmente a detener la crisis disolviendo su fuerza principal: acordaron condiciones salariales susceptibles de hacer reanudar inmediatamente el trabajo. El 27, la base rechazó en todas partes los "acuerdos de Grenelle". El régimen, al que un mes de abnegación estaliniana no había podido salvar, se vio perdido. Los propios estalinianos consideraron el 29 el desplome del gaullismo y se apresuraron a recoger contracorriente, con el resto de la izquierda, su peligrosa herencia: la revolución social a desarmar o a aplastar. Aunque De Gaulle se hubiese retirado ante el pánico de la burguesía y el rápido desgaste del freno estaliniano, el nuevo poder no hubiese sido más que la alianza antes debilitada, pero oficializada: los estalinianos hubiesen defendido un gobierno, por ejemplo Mendès- Waldeck, junto a milicias burguesas, activistas del partido y parte del ejército. Habrían intentado hacer no de Kerensky, sino de Noske. De Gaulle, más firme que los cuadros de su administración, alivió a los estalinianos anunciando el 30 que trataría de mantenerse por todos los medios: es decir, implicando al ejército y abriendo un proceso de guerra civil para mantener o reconquistar París. "Los estalinianos, encantados, se abstuvieron de llamar a mantener la huelga hasta la caída del régimen. Se apresuraron a incorporarse a las elecciones izquierdistas a cualquier precio. En tales condiciones, la alternativa inmediata se planteaba entre la afirmación autónoma

del proletariado o el fracaso total del movimiento, entre la revolución de los Consejos o los acuerdos de Grenelle. El movimiento revolucionario no podía acabar con el P.C.F. sin echar primero a De Gaulle. La forma de poder de los trabajadores que hubiese podido desarrollarse en la fase post-gaullista de la crisis, bloqueada a la vez por el viejo estado reafirmado y el P.C.F., no hubiese tenido ninguna posibilidad de ir más deprisa que su fracaso en marcha." (Viénet, op. cit.). Aunque los trabajadores la prosiguiesen obstinadamente, durante una o varias semanas comenzó el reflujó de la huelga que todos sus sindicatos le presionaban para que detuviesen. Naturalmente no había desaparecido la burguesía en Francia; sólo estaba muda de terror. El 30 de mayo volvió a surgir, junto a la pequeña burguesía conformista, para apoyar al Estado. Pero ese Estado que tan bien había defendido la izquierda burocrática, en la medida en que los trabajadores no se eliminaron la base del poder de estos burócratas imponiendo la forma de su propio poder autónomo, sólo podía caer si quería hacerlo. Los trabajadores le dieron esa libertad y sufrieron las consecuencias lógicas. La mayoría no había comprendido el sentido total de su propio movimiento, y nadie podía hacerlo en su lugar.

Si entre el 16 y el 30 de mayo se hubiese constituido en una sola fábrica una asamblea en Consejo que detenta todos los poderes de decisión y de ejecución eliminando a los burócratas, organizando su autodefensa y llamando a los huelguistas de todas las empresas a ponerse en contacto con ella, superado ese último paso cualitativo hubiese podido llevar el movimiento a continuación a la lucha final cuyas perspectivas trazó históricamente. Gran cantidad de empresas habrían seguido el camino así abierto. Inmediatamente, esa fábrica hubiese podido sustituir a la incierta y en algunos aspectos excéntrica Sorbona de los primeros días para convertirse en el centro real del movimiento de ocupaciones: se habrían reunido alrededor de esta base los verdaderos delegados de los numerosos consejos que prácticamente ya existían en algunos edificios ocupados y en todos aquellos que habrían podido imponerse en todas las ramas de la industria. Una asamblea semejante hubiese podido

entonces declarar la expropiación de todo el capital, incluido el estatal, anunciar que todos los medios de producción del país serían en lo sucesivo propiedad colectiva del proletariado organizado en democracia directa y llamar directamente - aprovechando los medios técnicos de telecomunicación- a los trabajadores de todo el mundo para que apoyasen esta revolución. Algunos dirán que esta hipótesis es utópica. Nosotros responderemos: es precisamente porque el movimiento de las ocupaciones estuvo objetivamente en varios momentos a una hora de un resultado tal por lo que sembró semejante espanto, legible para todos en la impotencia que estaba demostrando el Estado y en el pánico que invadía al partido llamado comunista, y más tarde en la conspiración de silencio que se ha hecho sobre su gravedad. Hasta el punto de que millones de testigos, presas nuevamente de la "organización social de la apariencia" que le presenta esta época como una locura pasajera de juventud -tal vez sólo universitaria- deben preguntarse si no está loca una sociedad que pudo dejar pasar así una aberración tan asombrosa.

Naturalmente, desde esta perspectiva era inevitable la guerra civil. Aunque el enfrentamiento armado no hubiese dependido ya de lo que el gobierno temiese o hiciese temer en cuanto a las eventuales malas intenciones del partido llamado comunista, sino objetivamente de la consolidación de un poder proletario directo sobre una base industrial (poder evidentemente total, y no "poder obrero" limitado a no se sabe qué pseudocontrol de la producción de la propia alienación), la contrarrevolución armada se hubiese desencadenado pronto seguramente. Pero no lo hubiese tenido fácil. Parte de las tropas se habría amotinado, los obreros habrían sabido encontrar armas y no habrían construido ya barricadas -buenas sin duda como forma de expresión política al principio del movimiento, pero claramente ridículas desde el punto de vista estratégico (y los Malraux que dicen a posteriori que los tanques hubiesen ganado la calle Gay-Lussac mucho antes que la gendarmería móvil tienen ciertamente razón en este punto, pero ¿hubiesen podido entonces ocultar políticamente los costos de semejante victoria? Ellos no se arriesgaron, en todo caso, prefirieron hacerse los muertos y no

se tragaron precisamente por humanismo esta humillación)-. La invasión extranjera hubiese seguido fatalmente a ello, piensen lo que piensen algunos ideólogos (se puede haber leído a Hegel y a Clausewitz y no ser más que Glucksmann), a partir sin duda de las fuerzas de la O.T.A.N., pero con el apoyo indirecto o directo del "Pacto de Varsovia". Pero entonces todo se habría jugado sobre el terreno a doble o nada ante el proletariado de Europa.

Tras la derrota del movimiento de las ocupaciones, tanto los que participaron como los que tuvieron que padecerlo se han planteado a menudo la pregunta: "¿Fue una revolución?". El empleo extendido, en la prensa y en la vida cotidiana, de un término cobardemente neutral -"los acontecimientos"- señala precisamente el retroceso ante la respuesta, ante la formulación siquiera de la cuestión. Hay que enfocar tal cuestión en su verdadera perspectiva histórica. El "éxito" o el "fracaso" de una revolución, referencia trivial de periodistas y gobernantes, no puede servir de criterio por la simple razón de que aparte de las burguesas nunca ha triunfado ninguna revolución: no ha abolido las clases. La revolución proletaria no se ha hecho hasta ahora en ninguna parte, pero el proceso práctico a través del cual se manifiesta su proyecto ha producido ya al menos una decena de momentos revolucionarios de extremada importancia histórica a los que se reconoce el nombre de revoluciones. Nunca se ha expresado en ellos el contenido total de la revolución proletaria, pero se trata en cada ocasión de una interrupción esencial del orden socioeconómico dominante y de la aparición de nuevas formas y nuevas concepciones de la vida real, fenómenos diversos que sólo pueden comprenderse y juzgarse en su significación de conjunto, inseparable ella misma del devenir histórico que pueda tener. De todos los criterios parciales utilizados para reconocer o no el nombre de revolución a un período problemático del poder estatal, el más perverso es seguramente el que juzga en base a si el régimen político vigente cayó o se mantuvo. Este criterio, muy utilizado después de mayo por los pensadores de izquierdas, es el mismo que permite a los informativos calificar día a día de revolución cualquier putsch militar que haya cambiado en un año el régimen de Brasil, de Ghana, de Irak o de donde sea. Pero la revolución de 1905 no

derribó al poder zarista, que sólo hizo algunas concesiones provisionales. La revolución española de 1936 no suprimió formalmente el poder político existente: surgía por lo demás de un alzamiento proletario comenzado para defender la República contra Franco. Y la revolución húngara de 1956 no abolió el gobierno burocrático-liberal de Nagy. Si tenemos en cuenta otras limitaciones dignas de ser señaladas, el movimiento húngaro fue en muchos aspectos una sublevación nacional contra una dominación extranjera, y ese carácter de resistencia nacional, aunque menos importante en la Comuna, tuvo sin embargo un papel en sus orígenes. Ésta no suplantó el poder de Thiers más que en la afueras de París. Y el soviet de San Petersburgo en 1905 no llegó siquiera a controlar la capital. Todas estas crisis, inacabadas en sus realizaciones prácticas e incluso en sus contenidos, aportaron sin embargo muchas novedades radicales y pusieron seriamente en jaque a las sociedades a las que afectaron, por lo que pueden ser calificadas legítimamente como revoluciones. En cuanto a pretender juzgar las revoluciones por la magnitud de la matanza que entrañan, esta visión romántica no merece ser discutida. Revoluciones incontestables se han afirmado con choques poco sangrientos, incluso la Comuna de París que acabaría en masacre, y muchos enfrentamientos civiles han acumulado miles de muertos sin ser en absoluto revoluciones. Generalmente no son las revoluciones las que son sangrientas, sino la reacción y la opresión que se han opuesto a ellas en un segundo momento. Es sabido que el número de muertos en el movimiento de mayo dio lugar a una polémica sobre la cual los mantenedores del orden, provisionalmente tranquilos, no dejan de insistir. La verdad oficial es que no hubo más de cinco muertos que fallecieron instantáneamente, entre ellos sólo un policía. Todos los que lo afirman añaden que es una suerte inverosímil. Lo que aumenta bastante la inverosimilitud científica es que no se admitió nunca que uno solo de los numerosos heridos graves pudiese morir en los días siguientes: esta suerte singular no se debió sin embargo a la rapidez del socorro quirúrgico, sobre todo durante la noche de Gay-Lussac. Por otra parte, si era muy conveniente en aquel momento una sencilla manipulación para subestimar el número de muertos

para un gobierno en situación desesperada, lo ha seguido siendo después por razones diferentes. Pero finalmente, en conjunto, las pruebas retrospectivas del carácter revolucionario del movimiento de las ocupaciones son tan incuestionables como lo que arrojó al rostro del mundo existiendo: la prueba de que llegó a esbozar una legitimidad nueva es que el régimen restablecido en junio nunca osó perseguir, para lograr la seguridad interior del Estado, a los responsables de acciones manifiestamente ilegales que le habían despojado parcialmente de su autoridad, o sea de sus edificios. Pero lo más evidente, para aquellos que conocen la historia de nuestro siglo, es esto: todo lo que los estalinianos hicieron por combatir sin descanso el movimiento demuestra que la revolución estaba allí.

Mientras que los estalinianos representaron, como siempre, de alguna manera el ideal de la burocracia antiobrera como forma pura, los embriones burocráticos del izquierdismo pisaban en falso. Todos trataban con ostensible cuidado a las burocracias efectivas, tanto por cálculo como por ideología (con excepción del "22 de marzo" que se contentaba con tratar bien a su propio núcleo, J.C.R., maoístas, etc.). De forma que no podían hacer otra cosa que "empujar a la izquierda" -pero sólo en función de sus propios cálculos deficientes- a un movimiento espontáneo mucho más extremista que ellos, y al mismo tiempo a los aparatos que no podían en ningún caso hacer concesiones al izquierdismo en una situación tan manifiestamente revolucionaria. Las ilusiones pseudoestratégicas también florecieron en abundancia: algunos izquierdistas creían que la ocupación de cualquier ministerio la noche del 24 de mayo habría asegurado la victoria del movimiento (y otros izquierdistas maniobran entonces para impedir un "exceso" que no entrase en su propia planificación de la victoria). Otros, que tenían el sueño más modesto de conservar una gestión "responsable" y no visceral para mantener allí una "universidad de verano", creyeron que las facultades se convertirían en bases de la guerrilla urbana (todas cayeron tras la huelga obrera sin ser defendidas, y la Sorbona, que era el centro momentáneo del movimiento en expansión, con todas las puertas abiertas y casi despoblada hacia el final de la noche crítica del 16 al 17 de

mayo, pudo ser recuperada en menos de una hora por una expedición del C.R.S.). No queriendo ver que el movimiento iba más allá de un cambio político en el Estado y en qué términos se planteaba la apuesta real (una toma de conciencia coherente, total, en las empresas), los grupúsculos trabajaban duramente contra esta perspectiva, extendiendo ilusiones apolilladas a montones, dando en todas partes el mal ejemplo de esa conducta burocrática que asquea a todos los trabajadores revolucionarios y finalmente parodiando de la forma más desafortunada todas las formas de revolución del pasado, tanto el parlamentarismo como la guerrilla al estilo zapatista, sin que esa mala película coincidiese nunca con la menor realidad. Los ideólogos tardíos de los pequeños partidos izquierdistas, adoradores de los errores de un pasado revolucionario desaparecido, se encontraban generalmente desarmados para comprender un movimiento moderno. Y su suma ecléctica adornada con ribetes modernistas, el "movimiento del 22 de marzo", combinó casi todas las taras ideológicas del pasado con los defectos del confusionismo ingenuo. Los recuperadores estaban instalados en la dirección de los mismos que manifestaban su temor a "la recuperación", considerada por otra parte vagamente como un peligro de naturaleza un tanto mística, a falta del menor conocimiento de las verdades sobre la recuperación y la organización, de lo que es un delegado y un "portavoz" irresponsable, y precisamente por ello mantenían la dirección, ya que el principal poder efectivo del "22 de marzo" fue hablar con los periodistas. Sus ridículas estrellas salían a la luz del sol para declarar a la prensa que les preocupaba convertirse en estrellas.

Los "Comités de acción" que se habían formado espontáneamente más o menos en todas partes se encontraron en la ambigua frontera entre la democracia directa y la incoherencia infiltrada y recuperada. Esta contradicción dividía interiormente a casi todos los comités. Pero la división era todavía más clara entre los dos tipos principales de organización que encubría la misma etiqueta. Por un lado hubo comités formados sobre una base local (comités de acción de barrios o de empresas, comités de ocupación de edificios que habían caído en

manos del movimiento revolucionario), o bien constituidos para cumplir ciertas tareas especializadas cuya necesidad práctica era evidente, particularmente la extensión internacional del movimiento (comités de acción italiano, magrebí, etc.). Por otro lado vimos multiplicarse comités profesionales, intento de restaurar el viejo sindicalismo, aunque casi siempre para uso de semiprivilegiados, con un carácter claramente corporativista, como tribuna de especialistas separados que querían unirse al movimiento y mantenerse como tales, sacando incluso provecho de la notoriedad ("Estados Generales del Cine", Unión de Escritores, Comité de Acción del Instituto de Inglés y demás). Los métodos era todavía más claramente opuestos que los objetivos. Allí, las decisiones eran ejecutorias; aquí, eran voces abstractas. Allí, prefiguraban el poder revolucionario de los Consejos; aquí, parodiaban a los grupos de presión del poder estatal.

Los edificios ocupados, cuando no estaban bajo la autoridad de "gerentes leales" sindicalistas, y en la medida en que no permanecieron aislados como posesión pseudofeudal de la asamblea de sus habituales usuarios universitarios (por ejemplo la Sorbona de los primeros días, los edificios abiertos a trabajadores y gente del barrio por los estudiantes de Nantes, el I.N.S.A. donde se instalaron los obreros revolucionarios de Lyon, el Instituto Pedagógico Nacional) constituían uno de los puntos más fuertes del movimiento. La lógica propia de estas ocupaciones podía llevar a los mejores desarrollos: hay que advertir, por lo demás, cómo a un movimiento paradójicamente tímido ante la perspectiva de requisar las mercancías no le inquietaba en absoluto haberse apropiado ya de parte del capital inmobiliario del estado.

Aunque se impidió finalmente que se siguiese este ejemplo en las fábricas, hay que decir también que el estilo de muchas de estas ocupaciones dejaba mucho que desear. Las rutinas mantenidas impidieron casi en todas partes ver el alcance de la situación y los instrumentos que ofrecía para la acción en curso. Por ejemplo, el número 77 de Informations Correspondance Ouvrières (enero de 1969) objeto al libro de Viénet -que había

citado su presencia en Censier- que los trabajadores que están desde hace tiempo en contacto con este boletín "no 'ocuparon': ni en la Sorbona, ni en Censier ni en ninguna otra parte; todos estaban involucrados en la huelga en su lugar de trabajo" y "en las asambleas, en la calle". "Nunca pretendieron tener, de una forma u otra, 'permanencia' en las facultades y menos todavía constituirse en 'unión obrera' ni en 'consejo', cuanto ni más 'para el mantenimiento de las ocupaciones", que ellos consideran "uno de los organismos paralelos cuya finalidad sería sustituir al trabajador". Más adelante, I.C.O. añade que ellos habían mantenido allí "dos reuniones semanales" de su grupo porque "las facultades, y particularmente Censier, más tranquila, ofrecían salas gratuitas y disponibles". De esta forma, los escrúpulos de los trabajadores de I.C.O. (a los que queremos suponer tan eficientes como modestos allí donde se involucran en la huelga, en el lugar preciso de su trabajo y en las calles vecinas) les llevaron a no ver en uno de los aspectos más originales de la crisis más que la posibilidad de sustituir su café habitual tomando prestadas salas gratuitas en una facultad tranquila. Reconocen también, pero con aire igual de satisfecho, que muchos de sus camaradas "dejaron pronto de asistir a las reuniones de I.C.O. por que no encontraban allí respuesta a su deseo de 'hacer algo'". De esta forma, 'hacer algo' se convertía automáticamente para estos trabajadores en la vergonzosa tendencia a sustituir "al trabajador", una especie de ser trabajador en sí que no existiría por definición más que en su fábrica, allí donde por ejemplo los estalinianos los obligarán a callarse y donde I.C.O. tendrá que esperar naturalmente a que los trabajadores sean puramente liberados en su lugar de trabajo (de lo contrario, ¿no se arriesgarían a sustituirse por ese verdadero trabajador todavía mudo?). Semejante elección ideológica de la dispersión es un desafío a la necesidad esencial cuya vital urgencia notaron los trabajadores en mayo: la coordinación y la comunicación de las luchas y de las ideas en base a encuentros libres, fuera de las fábricas sometidas a la policía sindical. Sin embargo I.C.O. no ha ido, ni antes ni después de mayo, hasta el final de su razonamiento metafísico. Existe, como publicación tipografiada a través de la cual algunas

decenas de trabajadores se resignan a "sustituir" por sus análisis lo que pueden hacer espontáneamente algunos otros cientos de trabajadores que no la han redactado. El número 78 de febrero nos informa de que "en un año la tirada de I.C.O. ha pasado de 600 ejemplares a 1.000". Pero ese Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones que parece conmocionar la virtud de I.C.O., simplemente ocupando el Instituto Pedagógico Nacional y sin perjuicio de sus demás actividades o publicaciones, pudo sacar gratuitamente 100.000 ejemplares gracias a un entendimiento inmediatamente obtenido con los huelguistas de la imprenta del I.P.N. en Montrouge, textos cuya tirada fue difundida, en su inmensa mayoría, entre otros trabajadores en huelga, y de los que nadie hasta el momento ha tratado de demostrar que su contenido pudiese aspirar por nada del mundo a sustituir las decisiones de ningún trabajador. Y la participación en las relaciones aseguradas por el C.P.M.O. en París y en provincias jamás se contradujo con la presencia de los huelguistas en sus lugares de trabajo (ni por supuesto en las calles). Más aún, algunos tipógrafos huelguistas del C.P.M.O. prefirieron trabajar en cualquier sitio con las máquinas disponibles que permanecer pasivos en "sus" empresas.

Si los puristas de la inacción obrera perdieron ciertamente la oportunidad de tomar la palabra en respuesta a todas las ocasiones en que fueron obligados a callarse, lo que se ha convertido entre ellos en una especie de orgullosa costumbre, la presencia de un núcleo neo-bolchevique fue mucho más nociva. Pero lo peor fue la extremada falta de homogeneidad de la asamblea que los primeros días de la ocupación de la Sorbona se encontró, si haberlo querido ni comprendido claramente, en el centro ejemplar de un movimiento que involucraba a las fábricas. Esta falta de homogeneidad social se derivaba sobre todo del aplastante peso numérico de los estudiantes, a pesar de la buena voluntad de muchos de ellos, y era agravada por una proporción bastante grande de visitantes que obedecían a una motivación simplemente turística: una base objetiva semejante es la que permite el despliegue de las más torpes maniobras de los Péninou o los Krivine. Esta ambigüedad de los participantes se añadía a la ambigüedad esencial de los actos de una

asamblea improvisada que, por fuerza, iba a representar (en todos los sentidos de la palabra, y por tanto también en el peor sentido de la misma) la perspectiva consejista para todo el país. Esta asamblea tomaba decisiones a la vez para la Sorbona -mal por otra parte, mistificadamente: no pudo siquiera llegar a ser dueña de su propio funcionamiento- y para la sociedad en crisis: quería y reclamaba, en términos torpes pero sinceros, la unión con los trabajadores, la negación del viejo mundo. Al enumerar sus faltas no olvidamos cómo fue escuchada. El mismo número 77 de I.C.O. reprocha a los situacionistas haber buscado entonces en esta asamblea el acto ejemplar que les hiciese "pasar a la leyenda", poner algunas cabezas "en el podium de la historia". Creemos que nosotros no pusimos ninguna estrella en ninguna tribuna histórica, pero también creemos que la ironía impertinente de esta "buena gente" obrera no viene a cuento. Era una tribuna histórica.

Habiendo sido derrotada la revolución, los mecanismos sociotécnicos de la falsa conciencia debían restablecerse naturalmente, intactos en lo esencial: el espectáculo choca con su negación pura, y ningún reformismo puede luego recargar ni el 7% de sus concesiones a la realidad. Para mostrar esto a los menos informados basta examinar los cerca de trescientos libros, por no contar más que la edición en Francia, que aparecieron el año siguiente al movimiento de las ocupaciones. Tal cantidad de libros no puede ser ridiculizada o censurada, como han creído necesario hacer algunos obsesos de la recuperación, que sin embargo tienen menos razones para inquietarse cuanto que no hay generalmente entre ellos nada que pueda excitar la codicia de los recuperadores. El hecho de que se hayan publicado tantos libros significa principalmente que la importancia histórica del movimiento fue profundamente percibida, a pesar de las incomprensiones y denegaciones interesadas. Lo que es criticable, de modo mucho más simple, es que de trescientos libros apenas haya diez que merezcan ser leídos, que estén constituidos por relatos y análisis que escapen a las ridículas ideologías o por compilaciones de documentos no manipulados. La subinformación y la falsificación, que dominan en toda la línea, han encontrado una aplicación privilegiada en

la forma en que se ha dado cuenta casi siempre de la actividad de los situacionistas. Sin hablar de los libros que se limitan a guardar silencio sobre este punto ni de imputaciones absurdas, hemos escogido tres estilos de contraverdad para otras tantas series de estas obras. El primer modelo consiste en limitar la acción de la I.S. a Estrasburgo, dieciocho meses antes, como desencadenamiento remoto de una crisis en la que a continuación habría desaparecido (ésta es también la posición del libro de Cohn-Bendit, que consiguió no decir una palabra sobre la existencia del grupo de los "enragés" en Nanterre). El segundo modelo, mentira esta vez positiva y no por omisión, afirma contra toda evidencia que los situacionistas habrían aceptado tener contactos con el "movimiento del 22 de marzo", con el que muchos llegan a fundirnos completamente. Finalmente, el tercer modelo nos presenta como un grupo autónomo de irresponsables y de exaltados que surge por sorpresa, a mano armada incluso, en la Sorbona y otros lugares para sembrar un desorden monstruoso profiriendo las más extravagantes exigencias.

No obstante, es difícil negar cierta continuidad en la acción de los situacionistas en 1967-68. Y parece que esta continuidad haya contrariado precisamente a quienes, a golpe de grandes entrevistas o reclutamientos, pretenden atribuirse un papel de líderes del movimiento, papel que por su parte la I.S. siempre ha rechazado: su estúpida ambición llevó a algunas de estas personas a ocultar lo que precisamente ellas sabían mejor que otras. La teoría situacionista se encontraba para muchos en el origen de la crítica generalizada que produjo los primeros incidentes de la crisis de mayo y que se desplegó con ellos. No sólo por nuestra intervención contra la Universidad de Estrasburgo. Por ejemplo, se distribuyeron 2.000 o 3.000 ejemplares de cada uno de los libros de Vaneigem y Debord en los meses anteriores, sobre todo en París, y una proporción inhabitual de los mismos fueron leídos por trabajadores revolucionarios (según algunos indicadores parece que estos dos libros fueron, al menos con respecto a su tirada, los más robados de las librerías en 1968). A través del grupo de los enragés, la I.S. puede alardear de no haber carecido de

importancia en el origen preciso de la agitación de Nanterre, que llevaron tan lejos. En fin, creemos no haber quedado por detrás del gran movimiento espontáneo de masas que dominó el país en mayo de 1968, tanto por lo que hicimos en la Sorbona como por las diversas formas de acción que llevó a cabo el "Consejo Para el Mantenimiento de las Ocupaciones". Además de la I.S. propiamente dicha y de gran cantidad de individuos que admitían sus tesis y actuaron en consecuencia, muchos otros defendieron planteamientos situacionistas, sea mediante influencia directa o inconscientemente, porque eran en gran medida las que esa época de crisis revolucionaria llevaba objetivamente consigo. Quienes lo duden sólo tienen que leer los muros (para quienes no tuviesen esta experiencia, citamos la colección de fotografías publicada por Walter Lewino La imaginación al poder, Losfeld, 1968).

Se puede afirmar por tanto que la sistemática minimización de la I.S. no es más que un detalle homólogo a la minimización actual, y normal en la óptica dominante, del conjunto del movimiento de ocupaciones. La especie de celos que han experimentado ciertos izquierdistas, y que contribuye fuertemente a esta tarea, está por lo demás completamente fuera de propósito. Los grupúsculos más izquierdistas no tienen motivos para rivalizar con la I.S., porque la I.S. no es de esos grupos que compiten en el terreno del militantismo o que pretenden dirigir el movimiento revolucionario en nombre de la supuesta interpretación "correcta" de una verdad petrificada extraída del marxismo o del anarquismo. Plantear así la cuestión es olvidar que, contrariamente a esas repeticiones abstractas en las que antiguas conclusiones siempre actuales en la lucha de clases se mezclan inextricablemente con un montón de errores o imposturas que las desgarran, la I.S. aportó principalmente un nuevo espíritu a los debates teóricos sobre la sociedad, la cultura y la vida. Este espíritu era firmemente revolucionario. Pudo vincularse en cierta medida al movimiento revolucionario real que recomenzaba. Y en la medida en que este movimiento tuvo también un carácter nuevo resultó parecerse a la I.S. y tomó parcialmente sus tesis por su cuenta, y de ninguna forma mediante un proceso político tradicional de adhesión o

seguidismo. El nuevo carácter de este movimiento práctico es legible precisamente en esta influencia, totalmente extraña a ningún papel dirigente, que la I.S. resultó ejercer. Todas las tendencias izquierdistas -incluido el "22 de marzo", que llevaba en su baratillo de leninismo, estalinismo chino y anarquismo bisuta "situacionista"- se apoyaban muy explícitamente en un extenso pasado de luchas, de ejemplos, de doctrinas cien veces publicadas y discutidas. Sin duda, estas luchas y publicaciones habían sido sofocadas por la reacción estaliniana y obviadas por los intelectuales burgueses. Pero eran sin embargo infinitamente más accesibles que las nuevas posiciones de la I.S., que jamás habían podido darse a conocer más que a través de nuestras propias publicaciones y actividades recientes. Si los raros documentos conocidos de la I.S. encontraron semejante audiencia es porque parte de la crítica práctica avanzada se reconocía en su lenguaje. Así, nos encontramos ahora en una posición bastante buena para decir lo que mayo fue esencialmente, incluso en la parte de él que sigue estando latente; para hacer conscientes las tendencias inconscientes del movimiento de las ocupaciones. Otros, que mienten, dicen que no había nada que comprender en este desencadenamiento absurdo, o describen como el todo, a través de la pantalla de su ideología, los aspectos reales más viejos y menos importantes, o prosiguen el "argumentismo" a través ahora de nuevos temas de "cuestionamiento" que se alimentan a sí mismos. Tienen de su parte los grandes periódicos y las pequeñas amistades, la sociología y las grandes tiradas. Nosotros no tenemos nada de eso, y no tenemos más derecho a la palabra que el que sacamos de nosotros mismos. Y sin embargo, lo que ellos dicen de mayo se perderá en la indiferencia y será olvidado; y lo que decimos nosotros permanecerá y será finalmente creído y retomado.

La influencia de la teoría situacionista se lee, además de en los muros, en las acciones de los revolucionarios de Nantes y en aquellas otras, de otra forma ejemplares, de los enragés en Nanterre. Se percibe la indignación que suscitaron las nuevas formas de acción inauguradas o sistematizadas por los enragés. Nanterre embarrada se convertía en "Nanterre-embriagada" porque algunos "granujas del campus" se pusieron un día de

acuerdo en que "todo lo que es discutible ha de discutirse" y porque querían "que se supiese".

En realidad, los que se encontraron entonces y formaron el Grupo de los Enragés no tenían una idea preconcebida de la agitación. Estos "estudiantes" no estaban allí más que formalmente y por las becas. Ocurría únicamente que los barrizales y las chabolas les resultaban menos odiosos que los edificios de hormigón, la palurda fatuidad estudiantil y el pensamiento retrasado de los profesores modernistas. Buscaban allí un residuo de humanidad y no encontraron más que miseria, aburrimiento o mentira en el caldo de cultura en el que chapoteaban de consuno Lefebvre y su honestidad, Touraine y el fin de la lucha de clases, Bouricaud y sus gruesos brazos, Lourau y su devenir. Conocían además las tesis situacionistas, sabían que las cabezas pensantes del ghetto les conocían, las meditaban a menudo y de ahí sacaban su modernismo. Decidieron que todo el mundo tenía que saberlo y se dedicaron a desenmascarar la mentira reservándose encontrar más tarde otros terrenos de juego: contaban con que expulsados los mentirosos y los estudiantes, la ocasión les reportaría otros encuentros, a otra escala, y que entonces "felicidad e infelicidad tomarían forma".

Su pasado, que no ocultaban (origen mayoritariamente anarquista, pero también surrealista y en algún caso trotskista), hubo de inquietar pronto a aquellos a los que primero se enfrentarían: viejos grupúsculos izquierdistas, trotskistas del C.L.E.R. o estudiantes anarquistas que englobaba Daniel Cohn-Bendit, todos disputándose la falta de futuro de la U.N.E.F. y la función de psicólogo. La elección que hicieron de expulsar a muchos sin indulgencia inútil les protegió contra el éxito que rápidamente conocieron al lado de unos veinte estudiantes; y también contra las adhesiones vagas de todos aquellos que acechaban un situacionismo sin situacionistas sobre el que llevar sus obsesiones y sus miserias. En estas condiciones, el grupo, que alcanzó a veces la quincena, estuvo casi siempre formado por media docena de agitadores. Hemos visto que eran suficientes.

Los métodos que emplearon los Enragés, en particular los sabotajes de cursos, aunque son hoy banales tanto en las facultades como en las escuelas, escandalizaron profundamente tanto a los izquierdistas como a los buenos estudiantes, organizando a veces los primeros incluso servicios de orden para proteger a los profesores de una lluvia de injurias y naranjas podridas. La generalización del uso del insulto merecido, del graffiti, de la consigna de boicot incondicional a los exámenes, la distribución de panfletos en los locales universitarios, en fin, el escándalo cotidiano de su existencia, atrajeron sobre los enragés el primer intento de represión: convocatoria de Riesel y Bigorgne ante el decano el 25 de enero, expulsión de Cheval de la residencia a primeros de febrero, prohibición de estancia (finales de febrero) y cinco años de expulsión de la Universidad francesa (principios de abril) para Bigorgne. Una agitación más marcadamente política, mantenida por los grupúsculos, comenzó a desarrollarse paralelamente.

Mientras tanto, los viejos monos de la Reserva, perdidos en el embrollo de la puesta en escena de su "pensamiento", no se inquietaron más que tardíamente. Hubo que obligarlos a hacer muecas, como Morin lamentándose, verde de rabia, bajo los aplausos estudiantiles: *"El otro día me arrojasteis al basurero de la historia... -Interrupción: "¿Y cómo has salido de allí?"- "Prefiero estar en la basura que entre quienes la manejan, y en cualquier caso, ¡prefiero estar en la basura que en los crematorios!"*. Igual que Touraine, babeando de rabia y aullando: *"Ya tengo bastante de anarquistas, y más aún de situacionistas. Por el momento soy yo el que manda aquí, y si un día lo son ustedes, tendré mis derechos entre los cuales está el del trabajo"*. Sólo un año más tarde los descubrimientos de estos precursores encontraron aplicación en los artículos de Raymond Aron y Etiemble, que protestaban por la imposibilidad de trabajar y la escalada del totalitarismo izquierdista y del fascismo rojo. Desde el 26 de enero hasta el 22 de marzo prácticamente no cesaron las interrupciones violentas del curso. Ellas mantenían una agitación permanente con vistas a la realización de varios proyectos que se malograron: publicación de un folleto a primeros de mayo e invasión y saqueo del edificio administrativo

de la facultad con ayuda de revolucionarios nanteses a primeros de marzo. Antes de ver todo esto, el decano Grappin denunció en su conferencia de prensa del 28 de marzo la existencia de *"un grupo de estudiantes irresponsables que desde hace meses perturban el curso y los exámenes y practican métodos guerrilleros en la facultad... Estos estudiantes no se vinculan a ninguna organización política conocida. Constituyen un elemento explosivo en un medio muy sensible."* En cuanto al folleto, el impresor de los enragés iba menos rápido que la revolución. Tras la crisis, tuvimos que renunciar a publicar un texto que hubiese parecido hacer profecías después del acontecimiento.

Todo esto explica el interés que tomaron los enragés en la noche del 22 de marzo y quizá su desconfianza a priori hacia el conjunto de los demás manifestantes. Mientras que Cohn-Bendit, estrella ya en el firmamento de Nanterre, hablaba con los menos decididos, diez enragés se instalaron en la sala del Consejo de la Facultad donde 22 minutos después se reunieron para el futuro "Movimiento del 22 de marzo". Sabemos (cf. Viénet) cómo y por qué se retiraron de esta farsa. Veían cada vez más claro que la policía no vendría, y que con tales personas no podrían llevar a cabo el único objetivo que se habían fijado para la noche: destruir completamente las notas de los exámenes. En las primeras horas del 23 decidieron expulsar a cinco de ellos que se negaron a abandonar la sala por miedo a "romper con las masas" estudiantiles.

Es gracioso constatar que en los orígenes del movimiento de mayo existe un ajuste de cuentas con los pensadores dúplices de la banda argumentista. Pero combatiendo a la fea cohorte de pensadores subversivos asalariados por el estado los enragés hacían algo más que ajustar una vieja cuenta pendiente. Hablaban ya como movimiento de ocupaciones que lucha por la ocupación real, por parte de todos los hombres, de todos los sectores de la vida social regidos por la mentira. Y al escribir sobre los muros de cemento "tomad vuestros deseos por la realidad" destruían ya la ideología recuperadora de "la imaginación al poder", pretenciosamente lanzada por el "22 de marzo". Es que unos tenían deseos, y otros imaginación.

Los enragés casi no volvieron a Nanterre en abril. Las veleidades de democracia directa exhibidas en los carteles del "movimiento del 22 de marzo" eran evidentemente irrealizables en esas compañías, y ellos rechazaban por anticipado la pequeña plaza que se les concedía, como amenizadores extremistas, a la izquierda de la ridícula "Comisión de cultura y creatividad". En el lado opuesto, la recuperación por parte de los estudiantes de Nanterre de algunas de sus técnicas de agitación, aunque con un problemático fin antiimperialista, significaba que comenzaba a tener lugar el debate sobre el terreno que ellos habían querido definir. Los estudiantes de París que atacaron a la policía el 3 de mayo en respuesta a la última de las torpezas de la administración universitaria, lo demostraron también: el violento panfleto de advertencia de los enragés *La rabia en el vientre*, distribuido el 6 de mayo, no pudo indignar más que a los leninistas a los que denunciaba, mientras que tomaba la medida exacta al movimiento real; en dos días de combates en las calles los amotinados le encontraron aplicación. La actividad autónoma de los enragés acabó de forma tan consecuente como había comenzado. Fueron tratados como situacionistas antes incluso de estar en la I.S., ya que los recuperadores izquierdistas se inspiraron en ellos creyendo poder ocultarlos para exhibirse ante los periodistas que los enragés habían evidentemente rechazado. El propio término "enragés", con el que Riesel dio una marca inolvidable al movimiento de las ocupaciones, adquirió tardíamente y durante algún tiempo una significación publicitaria "cohnabendista".

La rápida sucesión de las luchas en la calle en los primeros diez días de mayo reunió enseguida a los miembros de la I.S., a los enragés y algunos otros camaradas. Este compromiso se formalizó al día siguiente de la ocupación de la Sorbona, el 14 de mayo, cuando se federaron en un "Comité Enragés-I.S." que empezó a publicar ese mismo día documentos con esta firma. A ello siguió una expresión autónoma más amplia de las tesis situacionistas en el interior del movimiento, pero no se trataba de plantear los principios particulares a partir de los cuales queríamos modelar el movimiento real: al decir lo que pensábamos, decíamos lo que éramos, mientras tantos otros se

disfrazaban para explicar que había que seguir la política correcta de su comité central. Esa misma tarde la asamblea general de la Sorbona, abierta efectivamente a los trabajadores, empezó a organizar su poder sobre la marcha, y René Riesel, que había afirmado las tesis más radicales sobre la propia organización de la Sorbona y sobre la extensión total de la lucha iniciada, fue elegido en el primer Comité de Ocupación. El día 15 los situacionistas presentes en París dirigieron una circular a provincias y al extranjero: A los miembros de la I.S., a los camaradas que se han declarado de acuerdo con nuestras tesis. Este texto analizaba brevemente el proceso en curso y sus desarrollos posibles por orden de probabilidad decreciente - agotamiento del movimiento en caso de permanecer limitado "a los estudiantes antes de que la revolución antiburocrática haya conquistado el medio obrero"; represión; o, finalmente, '¿revolución social?'. Comportaba también un ajuste de cuentas de nuestra actividad hasta el momento y llamaba a continuación a hacer todo lo posible "por dar a conocer, apoyar y extender la agitación". Proponíamos como temas inmediatos en Francia: "la ocupación de fábricas" (acababa de conocerse la ocupación de Sud-Aviation, ocurrida la víspera por la tarde) la 'constitución de consejos obreros', el cierre definitivo de la Universidad y la crítica completa de todas las alienaciones". Hay que señalar que era la primera vez, desde que la I.S. existía, que pedíamos a alguien hacer algo, ni siquiera a los más próximos a nuestras posiciones. Nuestra circular tampoco quedó sin eco, particularmente en las ciudades donde el movimiento de mayo se imponía con más fuerza. El día 16 por la tarde la I.S. lanzó una segunda circular exponiendo los desarrollos de la jornada y previendo "una prueba mayor de fuerza". La huelga general interrumpió esta secuencia, que fue retomada con otra forma el 20 de mayo por los emisarios que el C.M.D.O. enviaba a provincias y al extranjero.

El libro de Viénet describe con detalle cómo el Comité de Ocupación de la Sorbona, reelegido en bloque por la asamblea general del día 15 por la tarde, vio desaparecer de puntillas a la mayoría de sus miembros, que se doblegaron a las maniobras y los intentos de intimidación de una burocracia informal que

intentaba volver a recuperar subrepticamente la Sorbona (U.N.E.F., M.A.U., J.C.R., etc.). Los enragés y los situacionistas se encontraron por tanto con la responsabilidad del Comité de ocupación los días 16 y 17 de mayo. Al no aprobar finalmente la asamblea general del día 17 los actos con los que ese comité había ejercido su mandato, ni desaprobarlos tampoco (los manipuladores impidieron el voto de la asamblea), declaramos de inmediato que abandonábamos la universidad desfalleciente, y todos los que se agrupaban alrededor de ese comité de ocupación vinieron con nosotros y llegaron a constituir el núcleo del Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones. Conviene advertir que el segundo comité de ocupación, elegido después de nuestra partida, siguió en funcionamiento, idéntico a sí mismo y del modo glorioso que sabemos, hasta el retorno de la policía en junio. Nunca más se planteó la cuestión de reelegir cada día en asamblea delegados revocables. Este comité de profesionales llegó después a suprimir rápidamente las asambleas generales, que no eran a sus ojos más que una fuente de problemas y una pérdida de tiempo. Por el contrario, los situacionistas pueden resumir su acción en la Sorbona con una sola fórmula: "todo el poder para la asamblea general". También resulta gracioso escuchar hablar ahora del poder situacionista en la Sorbona, cuando la realidad de ese "poder" consistió en recordar constantemente el principio de la democracia directa aquí mismo y en todas partes, en denunciar de forma ininterrumpida a los recuperadores y a los burócratas, en exigir de la asamblea general que asumiese sus responsabilidades decidiendo y haciendo ejecutar todas sus decisiones.

Nuestro Comité de ocupación suscitó la indignación general de los manipuladores y de los burócratas por su actitud consecuente. Aunque defendimos en la Sorbona los principios y los métodos de la democracia directa, estábamos sin embargo desprovistos de ilusiones acerca de la composición social y el nivel general de consciencia de esta asamblea: evaluamos la paradoja de una delegación más firme que sus mandantes en esa voluntad de democracia directa y vimos que no podía durar. Pero estábamos ocupados sobre todo en poner al servicio de la huelga salvaje que comenzaba los medios, no despreciables, que

nos ofrecía la posesión de la Sorbona. El Comité de ocupación lanzó el 16, a las 15 horas, una breve declaración mediante la que llamaba "a la ocupación inmediata de todas las fábricas de Francia y a la formación de consejos obreros". El resto de cuanto se nos ha reprochado no fue casi nada en comparación con el escándalo que causó en todas partes -salvo entre los "ocupantes de base"- ese "temerario" compromiso de la Sorbona. Sin embargo, en ese momento estaban ocupadas dos o tres fábricas, parte de los transportistas de los N.M.P.P. trataban de impedir la distribución de periódicos y varios talleres de Renault, como llegamos a saber dos horas después, lograban interrumpir el trabajo. ¿Y en nombre de qué, individuos sin cargo alguno pretendían dirigir la Sorbona si no eran partidarios de la toma por parte de los trabajadores de todas las propiedades del país? Creemos que pronunciándose de esta forma la Sorbona ofreció una última respuesta manteniéndose al nivel de un movimiento cuya continuación asumían felizmente las fábricas, es decir, al nivel de la respuesta que ellas ofrecían a las primera luchas limitadas al Barrio Latino. Ciertamente, esta llamada no iba contra la intención de la mayoría de quienes estaban entonces en la Sorbona e hicieron tanto por difundirla. Por otra parte, al extenderse las ocupaciones de fábricas, hasta los burócratas izquierdistas se hicieron partidarios de algo en lo que no habían osado comprometerse la vigilia, aunque sin renegar de su hostilidad a los consejos. El movimiento de las ocupaciones no tenía realmente necesidad de la aprobación de la Sorbona para extenderse a otras empresas. Pero además, como en ese momento cada hora contaba para unir a todas las fábricas en la acción emprendida por algunas mientras los sindicatos intentaban en todas partes ganar tiempo para impedir la interrupción general del trabajo, y como una llamada a este derecho alcanzó gran difusión, incluso radiofónica, nos pareció sobre todo importante mostrar, con la lucha que comenzaba, el máximo al que debía tender a continuación. Las fábricas no llegaron a formar Consejos, y los huelguistas que empezaban a acudir a la Sorbona no descubrieron ciertamente el modelo.

Podemos pensar que esta llamada contribuyó a abrir aquí y allá algunas perspectivas de lucha radical. En todo caso figura

ciertamente entre los hechos de esa jornada que inspiraron más temor. Sabemos que el Primer Ministro hizo difundir a las 19 horas un comunicado afirmando que el gobierno "en presencia de intentos anunciados o sugeridos por grupos extremistas de provocar una agitación generalizada", haría lo que fuese preciso para mantener 'la paz civil' y el orden republicano "puesto que la reforma universitaria no sería más que un pretexto para sumir al país en el desorden". Se convocaron a 10.000 reservistas de la gendarmería. La "reforma universitaria" no era efectivamente más que un pretexto también para el gobierno, que enmascaraba bajo esta honorable necesidad, tan bruscamente descubierta por él, su retroceso ante la revuelta del Barrio Latino.

Al ocupar el I.P.N. de la calle Ulm, el Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones hizo lo que pudo durante la continuación de una crisis en la que, desde que la huelga fue general y se inmovilizó a la defensiva, ningún grupo revolucionario organizado existente tenía ya medios para contribuir de forma notable. Reuniendo a los situacionistas, a los enragés y a otros treinta a sesenta revolucionarios consejistas (de los cuales menos de la décima parte eran estudiantes), el C.M.D.O. aseguró gran cantidad de contactos en Francia y fuera del país, dedicándose particularmente, hacia el final del movimiento, a dar a conocer su significación a los revolucionarios de otros países, que no podían dejar de inspirarse en él. Publicó, con una tirada cercana a los 200.000 ejemplares en algunos casos, unos cuantos carteles y documentos, entre los principales Informe sobre la ocupación de la Sorbona el 19 de mayo, Por el poder de los Consejos obreros el 22, y Llamada a todos los trabajadores del día 30. El C.M.D.O., que no había sido dirigido ni jerarquizado por nadie, "acordó disolverse el 15 de junio (...) El C.M.D.O. no había buscado obtener nada para sí, ni siquiera reclutamientos con vistas a una existencia permanente. Sus participantes no separaban sus objetivos personales de los objetivos generales del movimiento. Eran individuos independientes que se habían agrupado para una lucha sobre bases determinadas y en un momento preciso, y que volverían a hacerse independientes después de ella". (Viénet, op. cit.). El C.M.D.O. había sido "un vínculo, no un poder".

Algunos nos han reprochado, en mayo y después, criticar a todo el mundo y no presentar como aceptable más que la actividad de los situacionistas. Esto no es exacto. Aprobamos el movimiento de masas en toda su profundidad e iniciativas notables de decenas de miles de individuos. Aprobamos la conducta de algunos grupos revolucionarios que conocimos en Nantes y en Lyon, así como los actos de todos los que estuvieron relacionados con el C.M.D.O. Los documentos citados por Viénet evidencian que aprobamos parcialmente muchas declaraciones de los comités de acción. Muchos grupos o comités que siguieron siendo desconocidos para nosotros durante la crisis hubiesen tenido nuestra aprobación de haber tenido información sobre ellos -y es todavía más patente que, ignorándolos, no pudimos criticarlos-. Dicho esto, cuando se trata de los pequeños partidos izquierdistas y del "22 de marzo", de Barjonet o de Lapassade, sería sorprendente que se esperase de nosotros ninguna aprobación cortés cuando se conocen nuestras posiciones anteriores y cuando puede constatarse cuál ha sido en este período la actividad de las personas en cuestión.

Tampoco hemos pretendido que ciertas formas de acción que revistió el movimiento de las ocupaciones -con excepción tal vez del empleo de viñetas críticas- fuesen de origen directamente situacionista. Por el contrario, vemos el origen de todas ellas en luchas obreras "salvajes", y algunos números de nuestra revista las han citado desde hace muchos años especificando de dónde venían. Fueron los obreros los primeros que atacaron la sede de un periódico para protestar contra la falsificación de la información concerniente a ellos (en Lieja en 1961), que quemaron coches (en Merlebach en 1962) y comenzaron a escribir sobre los muros las fórmulas de la nueva revolución ("Aquí acaba la libertad" sobre un muro de la fábrica Rhodiaceta en 1967). A cambio podemos señalar, como preludeo evidente de la actividad de los enragés en Nanterre, que el 26 de octubre de 1966 en Estrasburgo fue por vez primera atacado un profesor de universidad y expulsado de su silla: esta fue la suerte que los situacionistas hicieron sufrir al cibernético Abraham Moles en su curso inaugural.

Todos nuestros textos publicados durante el movimiento de las ocupaciones demuestran que los situacionistas nunca propagaron ilusiones en ese momento acerca de las posibilidades de triunfo total del movimiento. Sabíamos que ese movimiento revolucionario, objetivamente posible y necesario, había partido subjetivamente de muy abajo: espontáneo y desorganizado, ignorando su propio pasado y la totalidad de sus objetivos, volvía de medio siglo de aplastamiento y encontraba ante él a todos sus vencedores todavía en su lugar, burócratas y burgueses. Una victoria duradera de la revolución era poco factible en nuestra opinión entre el 17 y el 30 de mayo. Pero como esa posibilidad existía, la señalamos como el máximo en juego a partir de cierto punto alcanzado por la crisis, y mostramos que merecía ciertamente la pena. A nuestros ojos el movimiento era ya una gran victoria histórica ocurriese lo que ocurriese, y pensábamos que sólo la mitad de lo que se había producido hubiese sido un resultado muy significativo.

Nadie puede negar que la I.S., opuesta igualmente en esto a todos los grupúsculos, se negó a toda propaganda en su favor. Ni el C.M.D.O. enarboló la "bandera situacionista" ni ninguno de nuestros textos de esa época habló de la I.S. excepto para responder al desvergonzado envite del frente común lanzado por Barjonet el día siguiente a la reunión de Charléty. Y entre las múltiples siglas publicitarias de grupos con vocación dirigente no pudo verse una sola inscripción que evocase a la I.S. trazada sobre los muros de París, de los cuales nuestros partidarios eran sin embargo los principales dueños.

Creemos, y presentamos esta conclusión sobre todo a los camaradas de otros países que conozcan crisis de esta naturaleza, que estos ejemplos muestran lo que pueden hacer en la primera fase de la reaparición del movimiento revolucionario proletario unos cuantos individuos coherentes en lo que respecta a lo esencial. No había en mayo en París más que una decena de situacionistas y de enragés, y ninguno en provincias. Pero la feliz conjunción de la improvisación revolucionaria espontánea y de una especie de aura de simpatía existente alrededor de la I.S. permitieron coordinar una acción bastante amplia, no solamente

en París, sino en muchas grandes ciudades, como si se hubiese tratado de una organización preexistente a escala nacional. Con más amplitud incluso que esta organización espontánea, una especie de vaga y misteriosa amenaza situacionista fue percibida y denunciada en muchos lugares, siendo sus portadores algunos cientos, acaso miles de individuos que los burócratas y los moderados calificaban de situacionistas o, con mayor frecuencia, según la abreviación popular que apareció en esa época, de situs. Nos consideramos honrados por el hecho de que este término de "situ", que parece haber tenido su origen peyorativo en el lenguaje de algunos medios estudiantiles de provincias, no sólo sirviese para designar a los participantes más extremistas del movimiento de ocupaciones, sino que comportase también ciertas connotaciones que evocan al vándalo, al ladrón, al granuja.

No pensamos que no hemos cometido errores. Los enumeramos aquí para instrucción de los camaradas que puedan encontrarse ulteriormente en circunstancias similares.

En la calle Gay-Lussac, donde nos encontramos espontáneamente en pequeños grupos, cada uno de estos grupos reunió a decenas de personas conocidas o que nos conocían de vista y venían a hablar con nosotros. Después cada uno, en el admirable desorden que presentaba este "barrio liberado" mucho antes incluso del inevitable ataque de la policía, se alejó hacia tal "frontera" o cual preparativo de defensa. De forma que, no sólo todos permanecieron más o menos aislados, sino que a menudo nuestros propios grupos no pudieron unirse. Fue un grave error por nuestra parte no pedir que permaneciésemos agrupados. En menos de una hora, un grupo que hubiese actuado así hubiese producido inevitablemente un efecto de bola de nieve, reuniendo a todos los barricadistas que conocíamos -cada uno de nosotros encontró más amigos de los que se encuentran por azar en un año en París. Hubiéramos formado así una banda de doscientas o trescientas personas que se conocen y actúan en conjunto, lo que faltó precisamente en esta lucha dispersa. Sin duda, la relación numérica con las fuerzas que rodeaban el barrio, alrededor del triple que los sublevados, por no hablar de la

superioridad de su armamento, condenaba de todas formas esta lucha al fracaso. Pero un grupo semejante podía permitirse cierta libertad de maniobra, ya sea para realizar una contracarga sobre un punto del perímetro atacado, ya sea instalando barricadas al este de la calle Mouffetard, zona bastante mal guarnecida por la policía hasta muy tarde, para abrir una vía de escape a todos los que quedaron atrapados (escapando algunos cientos gracias a la suerte y al precario refugio de la Escuela Normal Superior).

En el Comité de ocupación de la Sorbona hicimos, a la vista de las condiciones y de la precipitación del movimiento, más de lo que podíamos hacer. No puede reprochárse nos no haber hecho más por modificar la arquitectura de este triste edificio que ni siquiera tuvimos tiempo de recorrer. Es cierto que había todavía allí una capilla cerrada, pero llamamos a los ocupantes con carteles -y también Riesel en su intervención en la asamblea general del 14 de mayo- a destruirla lo antes posible. Por otra parte, "Radio Sorbona no existe como aparato emisor, y no puede por tanto reprochárse nos no haberlo empleado. Por supuesto no proyectamos ni preparamos el incendio del edificio el 17 de mayo, como decía el rumor que siguió a algunas oscuras calumnias de los grupúsculos. Este dato basta para mostrar hasta qué punto hubiera sido desatinado el proyecto. No vamos a dispersarnos más en detalles, sea cual sea la utilidad que pueda reconocérseles. Así, es pura fantasía cuando Jean Maitron afirma que "el restaurante y la cocina de la Sorbona... estuvieron hasta junio controlados por 'situacionistas'. Muy pocos estudiantes entre ellos. Muchos jóvenes sin trabajo." (La Sorbonne par elle-même, Editions Ouvrières, 1968). De todas formas tenemos que reprocharnos este error: los camaradas encargados de enviar a imprenta los panfletos y declaraciones que emanaban del Comité de ocupación, el 16 de mayo a partir de las 17 horas, sustituyeron la firma "Comité de ocupación de la Sorbona" por "Comité de ocupación de la Universidad autónoma y popular de la Sorbona" sin avisar a nadie. Se trataba de una regresión de cierto alcance, puesto que la Sorbona no tenía a nuestros ojos otro interés que el de un edificio tomado por el movimiento revolucionario, y esta firma

podía hacer creer que reconocíamos el lugar todavía como Universidad, aunque fuese "autónoma y popular", cosa que nosotros despreciamos en todo caso y que era bastante molesto parecer que aceptábamos en tal situación. Una falta de atención menos importante se cometió el 17 de mayo cuando se difundió un panfleto emanado de los obreros de base venidos de Renault con la firma "Comité de ocupación". El Comité de ocupación había hecho ciertamente bien suministrando sin censura medios de expresión a estos trabajadores, pero había que precisar que este texto estaba redactado por ellos y únicamente editado por el Comité de ocupación; y tanto más cuanto estos obreros, al llamar a continuar las "marchas sobre Renault", todavía admitían en ese momento el argumento mistificante de los sindicatos sobre la necesidad de mantener cerradas las puertas de la fábrica para que no pudiese sacar pretexto y provecho de su apertura un ataque de la policía.

El C.M.D.O. olvidó mencionar en cada una de sus publicaciones "impreso por los obreros en huelga", lo que ciertamente hubiese sido ejemplar, perfectamente de acuerdo con las teorías que evocaban, y hubiese proporcionado una réplica excelente de la habitual marca sindical de los impresores. Error aún más grave: aunque se hizo un uso excelente del teléfono, dejamos completamente de lado la posibilidad de servirnos de los telégrafos que permitían llegar a numerosas fábricas y edificios ocupados de Francia y enviar noticias a toda Europa. Particularmente dejamos de lado el circuito de observatorios astronómicos, accesible y utilizable al menos a partir del Observatorio ocupado de Meudon.

Pero dicho esto, y si se trata de formular un juicio sobre lo esencial, reunidas y consideradas todas estas iniciativas de la I.S., no vemos en qué punto mereció ser censurada.

Citemos ahora los principales resultados del movimiento de las ocupaciones hasta el momento. En Francia este movimiento fue vencido y de alguna forma aplastado. Es sin duda el punto más notable y el que presenta mayor interés en la práctica. Parece que nunca una crisis social de semejante gravedad había

acabado sin que una represión viniese a debilitar, más o menos duraderamente, la corriente revolucionaria, como especie de contrapartida de lo que debe esperar pagar la experiencia histórica que en cada momento ha sido llevada a existir. Sabemos que no se mantuvo ninguna represión específicamente política, aunque naturalmente, además de los numerosos extranjeros expulsados administrativamente, muchos cientos de sublevados se viesan condenados en los meses siguientes por delitos llamados "de derecho común" (aunque más de un tercio del efectivo del Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones fue arrestado en diversos enfrentamientos, ninguno de sus miembros cayó en esta rúbrica, al haber sido muy bien conducido a finales de junio el movimiento de retirada del C.M.D.O.). Todos los responsables políticos que no supieron escapar al arresto al acabar la crisis fueron liberados tras unas semanas de detención, y ninguno fue citado ante un tribunal. El gobierno tuvo que decidir este nuevo retroceso nada más que para obtener una apariencia de apertura universitaria tranquila y una apariencia de exámenes en otoño de 1968. La única presión del Comité de acción de los estudiantes de medicina obtuvo esa importante concesión a finales de agosto.

La amplitud de la crisis revolucionaria desequilibró gravemente "lo que fue atacado de frente... la economía capitalista que funciona" (Viénet), no ciertamente por el aumento absolutamente soportable y consentido de los salarios, ni tampoco por la interrupción total de la producción durante semanas, sino sobre todo porque la burguesía francesa perdió su confianza en la estabilidad del país: lo que -unido a los demás aspectos de la actual crisis monetaria en los intercambios internacionales- supuso la evasión masiva de capitales y la crisis del franco en noviembre (las reservas de divisas del país cayeron de 30 millardos de francos en 1969 a 18 millardos un año después). Tras la devaluación tardía del 8 de agosto de 1969, Le Monde comenzaba a darse cuenta al día siguiente de que "el franco, como el general, había 'muerto' en mayo".

El régimen "gaullista" no era más que un detalle menor en esta puesta en cuestión general del capitalismo moderno. Sin

embargo el poder de De Gaulle recibió, él también, un golpe mortal en mayo. A pesar de su restablecimiento en junio -objetivamente sencillo, como dijimos, puesto que la verdadera lucha se había perdido en otra parte-, De Gaulle no podía hacer desaparecer, como responsable del Estado que había sobrevivido al movimiento de las ocupaciones, la mancha de haber sido responsable del estado que había sufrido el escándalo de su existencia. De Gaulle, que no hacía más que envolver con su estilo personal todo lo que ocurría -y no era otra cosa que la modernización normal de la sociedad capitalista- había pretendido reinar por el prestigio. Éste sufrió en mayo una humillación definitiva, tan subjetivamente sentida por él como objetivamente constatada por la clase dominante y los electores que le plebiscitan indefinidamente. La burguesía francesa busca una forma de poder político más racional, menos caprichosa y soñadora, más inteligente a la hora de defenderse de las nuevas amenazas cuyo surgimiento ha constatado con estupor. De Gaulle quería hacer desaparecer la pesadilla persistente, "los últimos fantasmas de mayo", ganando el 27 de abril ese referéndum anunciado el 24 de mayo que la revuelta había anulado la misma noche. El "poder estable" que tropezó y que notaba que no había recuperado su equilibrio, se empeñaba imprudentemente en ser rápidamente confirmado con un rito de adhesión ficticia. Los eslóganes de los manifestantes del 13 de mayo de 1968 estaban justificados: De Gaulle no alcanzó su onceavo aniversario, no por la oposición burocrática o pseudorreformista, sino porque al día siguiente se vio que la calle Gay-Lussac desembocaba directamente en todas las fábricas de Francia.

Un desorden generalizado, que cuestionó de raíz todas las instituciones, se instaló en la mayor parte de las facultades y sobre todo en las escuelas. Aunque limitándose a lo más urgente el estado salvó más o menos el nivel de enseñanza en las disciplinas científicas y en las escuelas superiores, el año universitario 1968-69 se perdió completamente y los títulos se devaluaron, aunque estén lejos todavía de ser despreciados por la masa estudiantil. Una situación semejante es incompatible a la larga con el funcionamiento normal de un país industrial

avanzado y produce una caída en el subdesarrollo creando un "cuello de botella" cualitativo en la enseñanza secundaria. Aunque la corriente extremista no tuvo en realidad más que una pequeña base en el medio estudiantil, parece que tuviese la fuerza suficiente para mantener un proceso de continua degradación: a finales de enero, la ocupación y el saqueo del rectorado de la Sorbona y numerosos incidentes bastante graves que le siguieron mostraron que el simple mantenimiento de la pseudoenseñanza constituye un tema de considerable inquietud para las fuerzas de mantenimiento del orden.

La agitación esporádica de las fábricas que acogieron la huelga salvaje y donde se implantaron grupos radicales más o menos conscientemente enemigos de los sindicatos trajo consigo, a pesar de los esfuerzos de los burócratas, numerosas huelgas parciales que paralizan fácilmente empresas cada vez más concentradas, en las cuales se aumenta siempre la interdependencia entre diferentes operaciones. Estas sacudidas no permiten olvidar a nadie que el suelo no ha vuelto a ser sólido en las empresas, y que las formas modernas de explotación revelaron en mayo a la vez el conjunto de sus medios asociados y su nueva fragilidad.

Tras la erosión del viejo estalinismo ortodoxo (legible en las pérdidas de la C.G.T. en las recientes elecciones sindicales), llega para los viejos partidos izquierdistas el turno de las maniobras facciosas: casi todos hubieran querido volver a comenzar mecánicamente el proceso de mayo para repetir sus errores. Infiltraron fácilmente lo que quedaba de los comités de acción y estos no dejaron de desaparecer. Los propios partidos izquierdistas estallan en numerosos matices hostiles, manteniéndose cada uno firme en una tontería que excluye gloriosamente todas las de sus rivales. Sin duda, los elementos radicales, que se hicieron numerosos después de mayo, están todavía dispersos, sobre todo en las fábricas. La coherencia que necesitan adquirir está todavía, al no haber sabido organizar una verdadera práctica autónoma, alterada por antiguas ilusiones o por la verborrea, e incluso a veces por una malsana admiración "prosituacionista" unilateral. Su único camino,

evidentemente difícil y largo, está por tanto trazado: la formación de organizaciones consejistas de trabajadores revolucionarios federados en base a la democracia total y la crítica total. Su primera tarea teórica será combatir y desmentir en la práctica la última forma de ideología que el viejo mundo le opondrá: la ideología consejista, tal como la ha expresado en una tosca primera forma, al final de la crisis, el grupo "Revolución Internacional" implantado en Toulouse, que proponía simplemente -no sabemos por otra parte a quién- elegir consejos obreros por encima de las asambleas generales, que de esta forma sólo tendrían que ratificar los actos de esta sabia neodirección revolucionaria. Ese monstruo leninista-yugoslavo, retomado después por la "organización trotskista" de Lambert, es casi tan extraño actualmente como el uso del término "democracia directa" por los izquierdistas cuando estaban imbuidos de "diálogo" refrendario. La próxima revolución no reconocerá como consejos más que las asambleas generales soberanas de la base, en las empresas y en los barrios, y sus delegados siempre revocables que dependen únicamente de ellas. Una organización consejista no defenderá nunca otro objetivo: necesita expresar en actos una dialéctica que supere los términos fijos y unilaterales de espontaneísmo y organización abierta o subrepticamente burocratizada. Debe ser una organización que marche revolucionariamente hacia la revolución de los consejos, que no se disperse tras la declaración de la lucha ni se institucionalice.

Esta perspectiva no se limita a Francia, sino que es internacional. Es el sentido total del movimiento de las ocupaciones, que tendrá que comprender en todas partes cómo el ejemplo de 1968 desencadenó o elevó la gravedad de los problemas a través de Europa, América y Japón. Los acontecimientos inmediatos más notables que siguieron a mayo fueron la sangrienta revuelta de los estudiantes mexicanos, que pudo romperse en un relativo aislamiento, y el movimiento de los estudiantes yugoslavos contra la burocracia y por la autogestión proletaria, que involucró parcialmente a los obreros y puso en grave peligro el régimen de Tito: pero la intervención rusa en Checoslovaquia, más que las concesiones afirmadas por la clase

dominante, llegó poderosamente en auxilio del régimen, permitiéndole unir al país ante el temor a la invasión de una burocracia extranjera. La mano de la nueva Internacional empezó a ser denunciada por la policía de varios países, que creían descubrir las directivas de los revolucionarios franceses tanto en México, en verano de 1968, como en Praga, en la manifestación antirrusa del 28 de marzo de 1969; y el gobierno franquista justificó explícitamente a primeros de año su recurso al estado de excepción por el riesgo de que la agitación universitaria evolucionase hacia una crisis general de tipo francés. Hace mucho tiempo que Inglaterra conocía huelgas salvajes, y uno de los objetivos principales del gobierno laborista era evidentemente prohibirlas; pero no cabe duda de que fue la primera experiencia de huelga general salvaje lo que llevó a Wilson a desplegar tanta prisa y tanta saña para arrancar ese año una legislación represiva contra este tipo de huelga. Este arribista no dudó en arriesgar en el "proyecto Castle" su carrera y la propia unidad de la burocracia político-sindical laborista, ya que aunque los sindicatos son enemigos directos de la huelga salvaje, tuvieron miedo de perder protagonismo al perder el control sobre los trabajadores después de dejar en manos del Estado el derecho a intervenir, sin pasar por su mediación, contra las formas reales de la lucha de clases. Y el 1º de mayo la huelga antisindical de 100.000 estibadores, tipógrafos y metalúrgicos contra la ley que les amenazaba, por primera vez desde 1926, una huelga política en Inglaterra: como debe ser, esta forma de lucha reapareció contra un gobierno laborista.

Wilson tuvo que desacreditarse renunciando a su proyecto más querido y transfiriendo a la policía sindical la responsabilidad de reprimir en lo sucesivo el 95% de los acuerdos de trabajo constituidos en Inglaterra por las huelgas salvajes. En agosto, la huelga salvaje ganada después de ocho semanas por los fundidores de las acerías Port-Talbot "demostró que la dirección del T.U.C. no está preparada para ese papel". (Le Monde, 30-8-1969).

Reconocemos el nuevo tono con el que la crítica radical pronuncia en lo sucesivo a través del mundo su declaración de

guerra a la vieja sociedad, desde el grupo extremista mexicano Caos, que llamaba en verano de 1968 al sabotaje de los Juegos Olímpicos y de "la sociedad de consumo espectacular" hasta las inscripciones en los muros de Inglaterra y de Italia; desde el grito de una manifestación en Wall Street lanzado por la A.F.P. el 12 de abril -"Stop the Show"- en esa sociedad americana cuyo "declive y caída" señalamos en 1965 y cuyos responsables confiesan ahora ser "una sociedad enferma" hasta las publicaciones y actuaciones de los Ácratas de Madrid.

En Italia, la I.S. aportó cierta ayuda a la corriente revolucionaria a finales de 1967, momento en que la ocupación de la Universidad de Turín dio la salida a un vasto movimiento con algunas ediciones, malas aunque rápidamente agotadas (en Feltrinelli y De Donato) y con la acción radical de algunos individuos, aunque la actual sección italiana de la I.S. no se constituyese formalmente hasta enero de 1969. La lenta evolución de la crisis italiana desde hace veintidós meses -lo que se ha llamado "el mayo rampante"- se hundía sobre todo en 1968 en la constitución de un "movimiento estudiantil" mucho más atrasado y aislado aún que en Francia -con la ejemplar excepción de la ocupación del hotel de la ciudad de Orgosolo, en Cerdeña, por estudiantes, pastores y obreros unidos. Pero las luchas obreras comenzaron lentamente y se agravaron en 1969, a pesar de los esfuerzos del partido estaliniano y de los sindicatos que agotaban sus recursos para fragmentar la amenaza concediendo huelgas de un día a escala nacional por categorías o huelgas generales de un día por provincias. A primeros de abril la insurrección de Battipaglia, seguida de los motines de las prisiones de Turín, Milán y Genes, elevaron la crisis a otro nivel y redujeron aún más el margen de maniobra de los burócratas. En Battipaglia, después de que saliese la policía los trabajadores siguieron siendo dueños de la ciudad durante veinticuatro horas, apoderándose de las armas, sitiando a la policía refugiada en sus cuarteles y conminándola a rendirse, cortando los caminos y las vías férreas. Aunque la llegada masiva de refuerzos de los carabinieri recuperó el control de la ciudad y de las vías de comunicación, todavía existía un esbozo de consejo en Battipaglia que pretendía

reemplazar a la municipalidad y ejercer el poder directo de los habitantes sobre sus propios asuntos. Aunque las manifestaciones de apoyo en toda Italia, encuadradas por los burócratas, siguieron siendo platónicas, los elementos revolucionarios de Milán consiguieron atacar violentamente a esos burócratas y asolar el centro de la ciudad, chocando fuertemente con la policía. En esta ocasión los situacionistas italianos retomaron los métodos franceses de la forma más adecuada.

En los meses siguientes, los movimientos "salvajes" de Fiat y de los obreros del norte mostraron, más que la descomposición total del gobierno, hasta qué punto está cerca Italia de una crisis revolucionaria moderna. El giro tomado en agosto por las huelgas salvajes de la Pirelli de Milán y de la Fiat de Turín señala la inminencia de un enfrentamiento total.

Es fácilmente comprensible la principal razón que nos ha llevado a tratar aquí juntas la cuestión del sentido general de los nuevos movimientos revolucionarios y la de su relación con las tesis de la I.S. Antes, a los que querían reconocer el interés de algunos aspectos de nuestra teoría les disgustaba que suspendiésemos toda verdad a un retorno de la revolución social y juzgaban esta última "hipótesis" increíble. Diversos activistas que giran en el vacío, pero alardean vanidosamente de seguir siendo alérgicos a toda teoría actual, planteaban a propósito de la I.S. la estúpida cuestión: "¿cuál es su acción práctica?". Al no comprender, ni siquiera un poco, el proceso dialéctico de encuentro entre el movimiento real y "su propia teoría desconocida", todos prefirieron ignorar lo que creían que era una crítica desarmada. Ahora esta crítica se arma. El *"amanecer que, con un relámpago, dibuja de repente la forma del nuevo mundo"*, se vio en estos meses de mayo en Francia, con las banderas rojas y las banderas negras mezcladas en la democracia obrera, y continuó en todas partes. Y si hemos escrito, en alguna medida, nuestro nombre sobre el retorno de este movimiento, no es por conservar ningún instante ni por extraer ninguna autoridad. Ahora estamos seguros del resultado satisfactorio de nuestras actividades: la I.S. será superada.